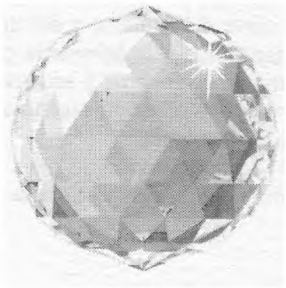
Omraam Mikhaël Aïvanhov

Los secretos del libro de la naturaleza

2ª. Edición



Colección Izvor
No. 216

EDICIONES PROSVETA

El lector comprenderá mejor ciertos aspectos de los textos del Maestro Omraam Mikhael Aïvanhov presentados en este volumen, si tiene en cuenta que se trata de una Enseñanza estrictamente oral.

CONTENIDO

I EL LIBRO DE LA NATURALEZA 2
II EL DÍA Y LA NOCHE 5
III LA FUENTE Y LA CIÉNAGA 13
IV EL MATRIMONIO, SÍMBOLO UNIVERSAL 17
V EL TRABAJO DEL PENSAMIENTO: EXTRAER LA QUINTAESENCIA 26
VI EL PODER DEL FUEGO 30
VII CONTEMPLAR LA VERDAD DESNUDA 35
VIII LA CONSTRUCCIÓN DE LA CASA 39
IX EL ROJO Y EL BLANCO 43
X EL RÍO DE LA VIDA 47
XI LA NUEVA JERUSALÉN Y EL HOMBRE PERFECTO 51
XII LEER Y ESCRIBIR 58

I EL LIBRO DE LA NATURALEZA

Desde tiempos inmemoriales se ha considerado al hombre como un resumen del universo. Ha sido representado en los templos antiguos como la llave capaz de abrir las puertas del Palacio del Gran Rey, porque todo lo que existe en el universo como materia y energía se encuentra, en un grado menor, en el hombre. Por esta razón llamamos al universo «macrocosmos» - gran mundo -, y al hombre «microcosmos» - pequeño mundo -; y Dios es el nombre del Espíritu sublime que ha creado el gran mundo y el pequeño mundo, el que los ha vivificado y mantiene su existencia.

Para vivir y desarrollarse, este microcosmos que es el hombre debe permanecer en contacto y en unión permanente con el macrocosmos, la naturaleza; debe intercambiar incesantemente con ella, y a estos intercambios les llamamos vida. La vida no es otra cosa que los intercambios ininterrumpidos entre el hombre y la naturaleza. Si éstos son obstaculizados, sobreviene la muerte. Todo lo que comemos, bebemos y respiramos, es la vida de Dios mismo. No hay nada en el cosmos que no sea vivificado y animado por el Espíritu divino. Todo vive, todo respira, todo palpita y comulga con esta gran corriente que brota de Dios e inunda el universo, desde las estrellas hasta la más diminuta partícula. San Pablo decía: «Vivimos y nos movemos en Dios, tenemos nuestra existencia en El».

El intercambio es la clave de la vida. La salud o la enfermedad, la belleza o la fealdad, la riqueza o la pobreza, la inteligencia o la estupidez, etc..., dependen de la forma en que el hombre realice estos intercambios. Todo es alimento, respiración, intercambios sin fin. Cuando comemos, realizamos intercambios en el mundo físico; cuando experimentamos sentimientos, los realizamos en el mundo astral; y cuando pensamos, los realizamos en el mundo mental. Como consecuencia de la manera de alimentarse, de respirar, etc... muchas personas obstruyen los canales de su organismo; el intercambio normal entre la naturaleza y ellos mismos no puede realizarse correctamente, y en consecuencia caen enfermos. Lo mismo sucede respecto al intelecto y al corazón. Si el intelecto y el corazón no reciben pensamientos luminosos y sentimientos cálidos de forma correcta, y si no rechazan los pensamientos y sentimientos negativos como se rechaza la ceniza y los desperdicios, las personas perecen.

Para ser feliz y vivir plenamente, el género humano debe aprender a realizar correctamente los intercambios y, sobre todo, a abrir su corazón a la naturaleza, a sentir que está ligado a ella, que forma parte de ella. Aquél que abre su corazón a esta corriente divina que atraviesa el universo, realiza el intercambio perfecto, despertándose un nuevo intelecto en él, gracias al cual empieza a captar las cuestiones filosóficas más sutiles. Si le preguntamos: «¿Sabe usted que tal filósofo ha escrito lo que usted dice?», No, lo desconoce, pero no es necesario que lo sepa. Lo que verdaderamente conoce es el intercambio, porque lo vive y lo siente. Está muy bien decir que tal pensador ha escrito esto o aquello, pero está mucho mejor aportar pruebas extraídas de la propia experiencia. En lugar de leer libros, es preferible unirse con la única fuente verdaderamente inagotable e inmortal: la naturaleza. De ahora en adelante, debemos aprender a extraer citas del gran libro de la naturaleza, en el que todo está inscrito, pues los hombres perecerán, y debido a sus imperfecciones, todos ellos se habrán equivocado de alguna manera, mientras que la naturaleza permanecerá eternamente viva y verídica.

Un gran Maestro, un gran Iniciado es un ser que conoce la estructura del hombre y de la naturaleza, así como los intercambios que debe realizar con ella mediante sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos. Por esta causa, los orientales afirman que se aprende más permaneciendo cinco minutos junto a un verdadero Maestro, que veinte años en la mejor

universidad del mundo. Al lado de un Maestro se aprende la ciencia de la vida, porque todo gran Maestro lleva con él la verdadera vida.

La gran diferencia entre los estudios que se hacen en la Universidad y los de una Escuela iniciática, es que en la Universidad se aprende todo lo que es externo a la vida, y después de varios años de estudios no se ha producido cambio alguno, manteniéndose las mismas debilidades y las mismas imperfecciones. Naturalmente, quizá nos hayamos convertido en sabios distinguidos, célebres; quizá hayamos aprendido a manipular instrumentos, a hacer citas, a servirnos de la lengua, e incluso a ganar mucho dinero, pero las posibilidades de deformar la mentalidad de los demás también han aumentado. Por el contrario, aquél que estudia la ciencia iniciática experimenta, después de cierto tiempo, una profunda transformación en sí mismo: su discernimiento, su fuerza moral han aumentado, siendo una bendición para los demás.

Estudiar en la Universidad es como analizar un fruto en el laboratorio con la ayuda de procedimientos físicos y químicos; es aprender qué elementos componen la piel, la pulpa, las pepitas, el jugo, pero sin llegar a saborear jamás el fruto, sin llegar a descubrirlo con la ayuda de los instrumentos naturales que Dios ha puesto a nuestra disposición, sin llegar a experimentar los efectos. La Ciencia iniciática quizás no os enseñe nada sobre la composición física del fruto, pero os enseñará cómo comerlo, y vosotros, poco después, os daréis cuenta de que todos vuestros engranajes internos se han puesto en actividad, se han vivificado, equilibrado. Entonces podréis lanzaros a estudiar el gran libro de la naturaleza; descubriréis en él los aspectos físicos, químicos, astronómicos, mucho mejor explicados que en las obras de los universitarios, y veréis cómo están ligados entre sí.

Es útil profundizar en ciertas disciplinas, pues cada una de ellas nos revela un aspecto del universo y de la vida, pero debido a la manera que se estudia actualmente, sólo se profundiza en el lado muerto de las cosas. Un día nos daremos cuenta que hay que vivificar las ciencias, es decir, reerncontrarlas en todas las esferas de la existencia. Entonces, por ejemplo, las fórmulas matemáticas, las formas y las propiedades geométricas hablarán otro lenguaje, y descubriremos que nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos están regidos por las mismas leyes. Esto es lo que yo considero la verdadera ciencia. De momento conocemos demasiada astronomía, demasiada anatomía, demasiadas matemáticas..., sin unir estas ciencias entre sí, y sobre todo sin unirlas con el hombre, con su vida.

Os daré un ejemplo. Creéis conocer las cuatro operaciones: suma, resta, multiplicación, y división. Pero en realidad no las conocéis en tanto no sepáis que la suma en nosotros es el corazón. Sí, el corazón sólo sabe sumar, siempre añade y, a menudo, lo mezcla todo. El que resta es el intelecto. En cuanto a la multiplicación, es la actividad del alma, y la división la del espíritu. Considerad al hombre a lo largo de toda su existencia. Cuando es muy pequeño lo toca todo, lo coge y se lo lleva a su boca. La infancia es la edad del corazón, de la primera operación, la suma. Cuando el niño se convierte en un adolescente y su intelecto empieza a manifestarse, rechaza todo lo que es inútil, perjudicial o desagradable: está restando. Más tarde, se lanza a la multiplicación, y entonces su vida se llena de mujeres, niños, casas, agencias, adquisiciones de todo tipo... Finalmente, envejece y piensa que pronto se va a ir al otro mundo; entonces hace su testamento, distribuyendo sus bienes entre unos y otros: divide.

Empezamos acumulando, a continuación despreciamos muchas cosas. Lo que es bueno debemos plantarlo para multiplicarlo. Aquél que no sabe plantar los pensamientos y sentimientos, no conoce la verdadera multiplicación. Mientras que aquél que sabe plantar, pronto ve como florece la cosecha, y a continuación puede dividi,r, distribuir los frutos recolectados. En la vida nos enfrentamos continuamente con las cuatro operaciones. Algo se debate en nuestro corazón

que no conseguimos sustraer; o bien nuestro intelecto rechaza un verdadero amigo con el pretexto de que no es sabio ni tiene una posición elevada. A veces multiplicamos lo que es malo y desperdiciamos lo que es bueno. Así pues, debemos comenzar por estudiar las cuatro operaciones dentro de la misma vida. Después podremos abordar las potencias, las raíces cuadradas, los logaritmos... Pero actualmente tenemos que conformarnos con estudiar las cuatro primeras operaciones, pues hasta ahora no hemos aprendido a sumar y a restar correctamente. A veces adicionamos con pillos rematados y otras veces sustraemos de nuestra cabeza un buen pensamiento, un ideal elevado, porque el primero que llega nos dice que con tales ideas, ciertamente, nos moriremos de hambre.

Todo lo que vemos a nuestro alrededor, todo lo que necesitamos para vivir, todo lo que hacemos tiene un sentido muy profundo. Incluso nuestros gestos cotidianos contienen grandes secretos, pero hay que saber descifrarlos. El Maestro Peter Deunov decía: «La naturaleza entretiene a los hombres vulgares, enseña a los discípulos, y sólo desvela sus secretos a los sabios». En la naturaleza todo tiene una forma, un contenido y un sentido. La forma es para la gente vulgar, el contenido para los discípulos y el sentido profundo para los sabios, para los Iniciados.

La naturaleza es el gran libro que hay que aprender a leer. Es la gran reserva cósmica con la que tenemos que estar en comunicación. ¿Cómo establecer esta conexión? Es muy simple: se trata del secreto del amor. Si amamos la naturaleza, no para nuestro placer o distracción, sino porque ella es el gran Libro escrito por Dios, brota en nuestro interior un manantial que limpia todas nuestras impurezas, liberando los canales que están obstruidos y provocando un cambio, gracias al cual a1canzaremos la comprensión, el conocimiento. Cuando viene el amor, los seres y las cosas se abren como flores. Por eso, si amamos la naturaleza, ella hablará en nosotros, porque también nosotros formamos parte de ella.

Jakob Boehme, un gran místico alemán, era zapatero... Sin duda había merecido este privilegio en una encarnación anterior, pero un día fue iluminado súbitamente por una luz tan potente que le pareció insoportable: todos los objetos a su alrededor se habían vuelto luminosos. Enloquecido, abandonó su casa y huyó al campo, pero en plena naturaleza fue todavía peor porque las piedras, los árboles, las flores, la hierba, todo era luz y ¡él hablaba a través de esta luz!... Muchos clarividentes y místicos han pasado por la misma experiencia y saben que en la naturaleza todo está vivo y lleno de luz.

A medida que cambian nuestras ideas sobre la naturaleza, modificamos nuestro destino. Si pensamos que la naturaleza está muerta, disminuye la vida en nosotros; si pensamos que está viva, todo lo que contiene, piedras, plantas, animales, estrellas..., vivifica nuestro ser y aumenta la fuerza de nuestro espíritu.

II EL DÍA Y LA NOCHE

I

La naturaleza se manifiesta de muchas maneras: mediante el buen tiempo, la lluvia, la niebla, la nieve... La sucesión de estaciones - primavera, verano, otoño e invierno - y los cambios que ello comporta son como un lenguaje que hay que descifrar. Existe el día y la noche, la actividad y el reposo, la vigilia y el sueño; en todos los niveles encontramos las mismas alternancias. El día no representa otra cosa que la actividad, y la noche el reposo. Evidentemente, durante la noche, cuando dormimos, también realizamos un trabajo, pero se trata de un trabajo diferente que no tiene lugar en el consciente, sino en otra región que llamamos subconsciente.

Así pues, el día corresponde al consciente y la noche al subconsciente. El primero es el despertar y la actividad, y la segunda, el sueño y la pasividad. También podemos decir que el día representa el consumo - pues con la actividad se sobreentiende que hay gasto -, y la noche la recuperación, el restablecimiento. El consumo - o gasto de energía no dura mucho si no hay una recuperación, es decir, si no restablecemos nuestras fuerzas y recargamos nuestras baterías. Ahora bien, para recargarse hay que limpiarse y, precisamente, la actividad que realiza durante la noche el subconsciente está ligada a otras muchas, siendo la primera de todas ellas la limpieza: ciertos elementos perjudiciales y tóxicos desaparecen a fin de que la vías respiratorias, circulatorias y eliminatorias se liberen y todos los fluidos sanguíneos, nerviosos, etc..., puedan circular de nuevo.

El hombre realiza un gasto considerable de material y energía para estar activo, consciente y vigilante. No podéis imaginaros la cantidad de energía que consume el cerebro para mantenerse consciente, así como para permanecer despierto, ¡la energía que precisa, es increíble! Si se agotan las fuerzas y los materiales que le permiten mantenerse despierto, el hombre suele dormirse durante el día para poder recuperar lo que le falta, y a veces le bastan dos o tres minutos para sentirse restablecido y con las baterías recargadas.

El día y la noche los encontramos en todas partes y bajo diferentes formas. ¿Qué son la primavera y el verano? El día. ¿Y el otoño y el invierno? La noche. De noche la naturaleza entra en reposo, acumulando nuevas fuerzas para que la primavera y el verano den otra vez sus frutos. Por este motivo en los árboles y las plantas la actividad cambia segúnlas estaciones. Durante el otoño e invierno, el trabajo tiene lugar en las raíces y no alcanza al tronco ni a las ramas: el árbol no tiene hojas, flores, ni frutos. Corresponde al trabajo del subconsciente. Mientras que durante la primavera y el verano, la actividad cobra fuerzas y se sitúa más arriba, lo que corresponde al trabajo del consciente. Luego, una vez más, la actividad vuelve a disminuir y así sucesivamente.

Esta alternancia la encontramos en cada mes, en donde también encontramos el día y la noche: durante catorce días la luna crece, lo cual corresponde al día, y luego, durante los otros catorce días, la luna mengua, lo cual corresponde a la noche. Cuando la luna está creciente, la actividad se desplaza hacia lo alto, hacia el cerebro, y el hombre puede permitirse el gastar y producir más, ser más activo y enérgico. Cuando la luna está menguante, la actividad se desplaza hacia el vientre, el estómago, y los órganos sexuales; en este momento el hombre ya no es tan poderoso con su cerebro, pero si lo es con el subconsciente, es decir, es más sensual, come más, duerme más...

Así pues, un mes consta de quince días de claridad y quince de oscuridad. También en una jornada hay un día y una noche, e incluso en una hora encontramos el día y la noche.

El día es la vigilia, la actividad y el consumo de energía, pero de no existir la noche para prepararlo, aquél no existiría. Pongamos un ejemplo: ¿Qué es la gestación? Una noche. El niño

pasa nueve meses en esta noche: no es consciente, no ve nada, y, al mismo tiempo, tampoco a él le ve nadie, e incluso su propia madre apenas lo siente moverse. Como podéis comprobar la existencia es una noche que dura nueve meses y un día que dura noventa años, y en el intervalo habrán otros días y otras noches. Naturalmente todo lo que acabamos de comentar hay que entenderlo simbólicamente.

En el Génesis está escrita: «Hubo una tarde y hubo una mañana: primer día... Hubo una tarde y hubo una mañana: segundo día...» La tarde equivale a la noche y la mañana al día. ¿Por qué el Creador empezó por la noche? Porque no puede haber un día si antes no ha habido una noche. El día no prepara nada, sólo consume y malgasta lo que ha sido preparado y amasado durante la noche.

Antes de que aparezca el sol, la luna y las estrellas, se necesita una preparación en la oscuridad, en las tinieblas, en la noche. Según la Ciencia iniciática, la noche prepara la llegada del día, y las tinieblas la de la luz. Observad el carbón: es negro, y esta oscuridad precede a la llama que brotará de él. Así pues, en primer lugar existen las tinieblas, y a través de ellas surgirá la luz, pues son aquéllas las que preparan el nacimiento de la luz.

Las tinieblas representan la materia desorganizada, el caos, el trabajo del subconsciente, antes de que surja algo en la conciencia bajo la forma de luz, comprensión, entendimiento. Hay que saber trabajar con estas nociones, y el mejor momento de hacerlo con el subconsciente es cuando el cielo está cubierto y no hay sol. Hay días que conseguís tener éxito en vuestro trabajo espiritual con el consciente y con el supraconsciente porque el sol brilla y las condiciones atmosféricas y las corrientes electromagnéticas son favorables. Sin embargo, cuando estas condiciones son diferentes, ya no podéis hacer el mismo trabajo, y entonces tenéis que cambiar de actividad. Y puesto que este tiempo nublado y pesado corresponde a la noche, deberéis detener la actividad de vuestro cerebro y descender al plexo solar.

El plexo solar es la sede del subconsciente, mientras que el corazón lo es del consciente. El subconsciente está unido al cosmos, a la inmensidad, y representa el aspecto colectivo; por lo tanto, cuando os sumergís en él entráis en la vida universal, en el océano de la vida universal, os unís y os fusionáis con ella; a través del plexo solar vibráis con la inmensidad. Y cuando queréis convertiros en un individuo consciente, libre, separado, ascendéis de nuevo al cerebro. El cerebro individualiza a los seres humanos y el plexo solar los hace ingresar en la colectividad; con el plexo solar hacéis el trabajo correspondiente a la noche.

Durante el día os individualizáis, os sentís completamente desligados de los demás, e incluso podéis llegar a oponeros a ellos, a combatirlos. Por el contrario, durante la noche ya no tenéis vida individual, entráis en la vida universal, en la vida cósmica y os fundís con la inmensidad, extrayendo de ella fuerzas para restableceros, exactamente como hacen los peces, que en los mares y en los océanos nadan y se nutren de los materiales disueltos en ellos. Los seres humanos emergen y se sumergen en el océano cósmico, y esta alternancia es lo que llamamos el día y la noche, el consciente y el subconsciente, la vigilia y el sueño.

Los alquimistas comprendieron enseguida que las tinieblas preceden a la luz. Cuando hablan de «la luz salida de las tinieblas», dan por supuesto que es el resultado de un gran trabajo previo que se hace en la oscuridad. Y si se puede trabajar en la oscuridad, ello significa que la oscuridad en realidad no existe. Efectivamente, durante la noche reina una luz deslumbrante que los ojos físicos no pueden percibir porque es una luz astral. Lo que resulta tenebroso para algunos es luminoso para otros, y siempre coexisten en el mismo instante la luz y las tinieblas.

Se puede decir que la luz es hija de las tinieblas, porque es el niño que sale del seno de su madre y no a la inversa. La luz jamás ha parido la oscuridad porque ésta la rechaza, pero la

oscuridad sí ha parido la luz. ¿De qué forma? Eso es un misterio: por medio del movimiento. Sin movimiento la luz no aparece. En primer lugar hay que frotar, golpear, originar un movimiento que produzca calor, y seguidamente este calor será el que se transforme en luz. Transponiendo este concepto al ser humano, puede decirse que la voluntad es la que origina el movimiento, y éste, a su vez, origina el calor, es decir, el amor; después, al intensificarse, el amor resplandece en forma de luz, inteligencia y sabiduría.

En un principio se encuentra la voluntad o el movimiento. La voluntad es algo oscuro, son las tinieblas. En ellas hay una actividad que no vemos y que produce calor, que tampoco vemos pero que sentimos. Finalmente, al intensificarse el calor aparece la luz. Este es exactamente el proceso de la creación. Está escrito en el Génesis; «y El Espíritu de Dios se movía sobre las aguas». El agua representa la materia sobre la cual el Espíritu de Dios iba a trabajar. Este movimiento del Espíritu produjo el calor y éste se transformó en luz, como lo demuestran las siguientes palabras: «¡Que exista la luz! ». Dios ha creado el mundo con la voluntad - el movimiento -, y con el amor y la sabiduría - el calor y la luz -. De la misma forma puede crear el hombre, pues el movimiento se halla en el plexo solar bajo la forma de vida, el calor está en el corazón bajo la forma de amor y la sabiduría en el cerebro bajo la forma de inteligencia. Por otra parte, si tenemos en cuenta la trinidad hindú: Brahma, Vishnúy Shiva, vemos que los Rishis de la India que penetraron en las profundidades de la creación, han situado a Brahma - El Creador - en la región del plexo solar, Vishnú - el Conservador - en el corazón, y Shiva - el Destructor - en el cerebro.

Como podéis ver, ¡cuántas materias nos quedan por profundizar!

II

Hay un mundo iluminado en el que todo se distingue claramente: formas, colores, dimensiones, distancias, peligros... y hay otro mundo oscuro donde todo esto se difumina en beneficio de otras realidades. Y el hombre, que pasa una larga noche en el seno de su madre donde se forma y se prepara para salir al exterior, repite toda su vida esta alternancia: tan pronto despierta y sale de la noche, como se duerme y entra de nuevo en la noche. Y si Moisés ha escrito en el Génesis: «Hubo una tarde y hubo una mañana: primer día», se debe a que en el lenguaje esotérico, la tarde, o la noche, precede al día, es decir, a la manifestación.

La manifestación es el día; y la preparación, construcción y formación en la oscuridad y el caos, es la noche. La noche precede al día, y las creaciones más importantes se elaboran en la oscuridad. Entonces, ¿cómo se entiende que los Iniciados en la filosofía moral hayan asociado la noche al principio del mal y el día al principio del bien? ¿Por qué las tinieblas han sido siempre el símbolo del Infiemo y la maldad, y la luz el del bien, del Cielo? En realidad todo constituye una sola forma, un aspecto exacto, aunque limitado.

Cuando el sol sale por la mañana, todo se vuelve visible y preciso en el limitado espacio que ilumina: podéis informaros, orientaros, trabajar, calcular e investigar. Pero cuando se oculta, todo se difumina, y entonces no distinguís las formas ni los colores, pero veis la inmensidad, el espacio infinito, multitud de estrellas... Es tan grande y tan vasto que casi os hace perder la cabeza. Vuestra alma emprende el vuelo, se sumerge en esta inmensidad y se fusiona con otras existencias. La paz y la serenidad se apoderan de vosotros, porque ante esta inmensidad lo insignificante desaparece, y finalmente penetráis en la vida universal.

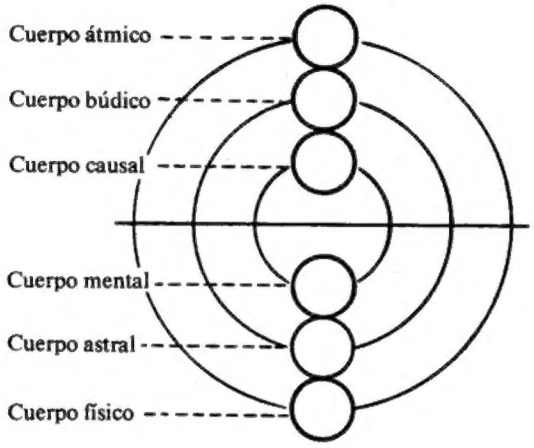
¿Es necesario menospreciar el valor del sol porque haya otros muchos soles en el universo? No, pero tenemos que aprender el lenguaje de la naturaleza. ¿Cuál es la función del sol? La de individualizarnos, iluminarnos para que podamos estudiar y trabajar en beneficio de nuestra evolución, pues si no existiera sería imposible el hacerlo porque nos perderíamos en la inmensidad. El sol es absolutamente indispensable para poder individualizamos y ser conscientes. El sol, la luna y las estrellas están representados en nosotros mismos. El sol está en nuestra inteligencia en forma de luz, y en nuestros sentimientos en forma de amor. En nuestro organismo está representado por el corazón, que es el centro de donde emana y se distribuye por la sangre para alimentar los órganos, a semejanza del Sol que nutre los planetas. Pero el verdadero centro de nuestra vida es el plexo solar, porque de él proviene la vida. Los rusos llaman a este lugar «jivot», que en búlgaro quiere decir «vida». Para ellos, «jivot» es toda la región del vientre, estómago y plexo solar. En el Evangelio se dice que cuando el hombre se purifique y se convierta en el Templo de Dios vivo, «de su seno brotarán manantiales de agua viva». El agua viva sale del plexo solar, y de ahí recibe también el niño la vida de la madre a través del cordón umbilical.

Si tomamos el Sol como símbolo del intelecto es porque el intelecto representa para nosotros la facultad capaz de iluminar las cosas, hacémoslas ver y comprender. Sin esta luz que proyecta somos ciegos, y si somos ciegos podemos desorientamos y perdemos. El intelecto representa en nosotros el sol en forma de entendimiento, comprensión, claridad y sabiduría. El intelecto es nuestro sol, pero, de momento, un sol que no siempre nos ilumina correctamente.

¿Qué papel desempeña el intelecto? Al igual que el sol, tiene la propiedad de individualizar las criaturas, separarlas de la colectividad y de la inmensidad, para hacerlas conscientes y capaces de estudiar. Por consiguiente es útil, pero al mismo tiempo, corta nuestros lazos con la verdadera realidad - la inmensidad -. Podemos decir que destruye la realidad, porque nos la oculta; exactamente igual que el sol, el cual al impedimos abrazar la inmensidad con las otras estrellas, sólo nos permite ver una pequeña porción de tierra.

Por el momento, y tal como se manifiesta en ciertos pensadores, filósofos y hombres de ciencia, el intelecto es un asesino de la realidad. El es quien nos impide ver y comprender lo esencial, y cuanto más se fían de él, más se apartan del cosmos y de la inmensidad. ¿,Eso será así eternamente? No, porque en los proyectos de la Inteligencia cósmica el desarrollo del intelecto sólo es una etapa. Es evidente que la Inteligencia sabe que si el hombre sólo desarrolla el intelecto, se aislará de todo y terminará por volverse materialista, descreído y ateo. Pero también sabe que esto será pasajero, pues este intelecto inferior que mantiene sujeto al hombre al aspecto yerto, mecánico y muerto de la naturaleza, está unido al intelecto superior o cuerpo causal.

Recordad el esquema que representa al hombre con sus seis cuerpos: físico, astral, mental inferior, mental superior, búdico y átmico. En el centro se sitúan el cuerpo mental inferior - «manas», como le llaman los teósofos - y el mental superior o cuerpo causal; ambos están unidos. Por esto y gracias a sus actividades, el intelecto inferior terminará un día por despertar al intelecto superior. El hombre necesita poseer un intelecto que le permita desarrollarse como individuo y dominar el mundo material. Si viviese constantemente sumergido en la vida colectiva y universal, sería incapaz de trabajar en la materia. Este es el peligro que acecha a los místicos cuando no saben trabajar en ambas esferas y sólo se entregan al mundo nebuloso y lunar. Evidentemente experimentan algunas alegrías y éxtasis, pero sus trabajos terrestres perecen y también su cuerpo físico. Para poder desarrollarse armónicamente hay que trabajar en los dos planos.



El sol nos impide ver el resto de la creación, la cual, sin embargo, existe; en el universo encontramos incluso soles mucho más grandes y poderosos que el nuestro. El sol es necesario e indispensable, y aunque su luz nos impida ver la inmensidad, no hay que reprochárselo, porque este trabajo corresponde al intelecto. En un pasado lejano, cuando el intelecto de los seres humanos no estaba desarrollado y su conciencia tampoco estaba despierta en el plano físico, su vida era más bien psíquica, astral, habitaban en medio de los espíritus, se desdoblaban fácilmente y visitaban las regiones invisibles en las que veían las almas de los muertos y se comunicaban con ellas. Pero luego, la Inteligencia de la naturaleza decidió desarrollar el intelecto de los seres humanos, y actualmente este intelecto está tan desarrollado que la intuición, la clarividencia y el misticismo han quedado difuminados. Naturalmente algunos han conservado estas creencias, este contacto con las regiones sutiles, pero la mayoría está completamente al margen de todo ello porque trabaja mucho más con el intelecto.

Sin embargo, este intelecto que ahora ensombrece el mundo divino tiene la posibilidad de avanzar y de llegar un día a alcanzar y a unirse con la inteligencia superior, la inteligencia pura y sublime de las causas primeras. En este momento preciso, el hombre conocerá al mismo tiempo el mundo objetivo, concreto y material, y el mundo invisible, sutil, espiritual y divino. No hay

que eliminar el intelecto porque de entre todas las facultades que Dios nos ha dado, ésta es precisamente la que nos permitirá reencontrarlo. Si no tuviéramos esta inteligencia, aunque sea mediocre y limitada, jamás podríamos encontrar nada.

Dios ha dado este intelecto a los seres humanos para que puedan encontrarlo; y no sería difícil si tuvieran un poco de buena voluntad. Tomemos un ejemplo: cuando se ha cometido un crimen, o unos atracadores han desvalijado un banco, la policía acude buscando indicios y tomando las huellas digitales. ¿Por qué? Sencillamente porque está absolutamente convencida de que todo acto, toda obra tiene un autor. Siguiendo el mismo razonamiento, ¿por qué los seres humanos no reconocen que si existe un universo con unas leyes, con un orden, con una armonía, es porque también hay un autor? ¡Ah, no! Cada cosa tiene su autor, pero la naturaleza con los océanos, las montañas, los soles, las constelaciones, y todos los seres vivos,¡no tiene autor...! Como veis, éste es un razonamiento inconsistente.

No hay que subestimar el intelecto; nunca he querido disminuir su valor, sino sólo explicar cómo se manifiesta por ahora y en qué límites debe permanecer, sin desconocer su rol que es inmenso, pues gracias a él podemos descubrir al Creador, al Señor. Pero hay que obrar con lógica: si creemos que cada crimen tiene un responsable y la naturaleza toda no lo tiene, caemos en un absurdo total. ¡Para ciertas cosas las personas son incrédulas y para otras son de una credulidad impresionante! No creen en el Creador, ni en la Inteligencia cósmica, ni en el mundo divino, ni en la justicia, ni en la bondad, y sin embargo creen que cosecharán frutos sin haber plantado y sembrado nada. Si conociéramos la reencarnación y sus leyes, sabríamos que no hay que esperar, que hay que preparar el terreno para obtener lo que se pide, y que si hubiéramos trabajado en encarnaciones anteriores, tendríamos todo lo que deseamos en la vida.

Como podéis ver, los seres humanos no creen en la Inteligencia divina, pero sí en la estupidez, en el azar y en el absurdo. Algunos materialistas creen que los átomos se han armonizado entre ellos por azar, de manera que han creado cerebros inteligentes. Pero preguntad a un labrador si es el azar quien gobierna la naturaleza: os responderá que no se cosechan higos en las cepas de los viveros, ni ciruelas en los cardos. Y si sabe esto, también sabe que la inteligencia produce inteligencia, y el absurdo produce absurdo. Entonces, ¿cómo se entiende que los sabios puedan creer que un azar estúpido, insensato y caótico haya creado un mundo tan inteligentemente organizado? ¡Verdaderamente, es inaudito!

III

La alternancia del día y la noche nos enseña que el hombre debe vivir en los dos mundos, es decir, desarrollar su intelecto y distinguir bien los detalles en el plano físico, pero sin permanecer exclusivamente en dicho plano, ya que entonces nunca llegaría a ser completo al faltarle la inmensidad del corazón y del alma. El hombre sabio sabe que debe comulgar con la colectividad de las almas del universo y trabajar al mismo tiempo en el plano físico. Vive en el plano divino y en el físico al mismo tiempo; así se beneficia de la riqueza de ambos mundos. En mi opinión un materialista no es un hombre inteligente, porque no ha estudiado bien las cosas: ha contado sólo con su intelecto, y como éste es el asesino de la realidad, la verdadera realidad se le escapa.

Pero no me interpretéis mal, no quiero restarle importancia al sol. Nuestro sol está unido al sol espiritual, y a través de él podemos comunicar con este sol espiritual. Del mismo modo, nuestro sol, el intelecto, está unido al sol del plano causal, que es la sabiduría universal, el conocimiento absoluto. Así pues, nuestro sol es una etapa, una puerta, un grado. Sin embargo, no se os ocurra decir: «Si esto es así, ya no iré al sol porque oculta la realidad». No la oculta, sólo lo hace para aquéllos que no saben ir más allá.

Si el día pone de manifiesto la importancia de la tierra, de los detalles, de lo pequeño, la noche pone de manifiesto su insignificancia. ¿Tenéis problemas, inquietudes? Contemplad las estrellas por la noche y sentiréis que, poco a poco, todo lo negativo empieza a desaparecer, que os volvéis nobles, generosos, indulgentes y que incluso os reís de las ofensas y vejaciones que os hacen. Cuando el hombre consigue desligarse de esta ínfima realidad que es la tierra y se lanza a la inmensidad, se convierte en algo grande y se fusiona con el Espíritu cósmico.

Pero, a continuación, tiene que regresar y reemprender sus tareas, ya que no puede desaparecer del todo porque debe permanecer en la tierra y cumplir con sus obligaciones. Si no disponéis de tiempo para contemplar las estrellas, cuanto menos, antes de dormiros, confiaros al Señor y decidle: «Señor, haz que comprenda y que pueda visitar los esplendores de tu Creación». Así, durante la noche iréis muy lejos y no permaneceréis estancados en la tierra.

El hombre no está hecho para quedarse agazapado en la tierra, sino para, viajar a otros planetas, a otras estrellas, pues para el alma no hay obstáculos. Evidentemente el cuerpo es demasiado denso y no puede volar por el espacio, pero para el alma no hay impedimentos, ni barreras. Para que pueda viajar sólo necesita que sus ataduras con el cuerpo no sean muy fuertes. El alma permanece prisionera y no puede emprender el vuelo si los apetitos, los deseos y las ansias la retienen al cuerpo físico.

Suponed ahora que debido a las condiones atmosféricas desfavorables - cielo nuboso, plomizo - no llegáis a meditar. ¿Qué tenéis que hacer? Ya que las condiciones no son favorables, tenéis que variar de actividad: en lugar de mantenerla en el cerebro, en el consciente, debéis trasladarla al subconsciente. Os dejáis llevar por este océano cósmico de amor y beatitud, os entregáis a Dios confiadamente y decís: «Señor, me dejo transportar a este océano de luz, tengo confianza en Ti». Y manteniendo sólo una ligera vigilancia en el intelecto para evitar que nada malo se introduzca en él, os abandonáis, nadáis en un océano de alegría y experimentáis la beatitud. En días parecidos esto es lo que hay que hacer, no dormirse, sólo dejarse arrullar, pero vigilando de vez en cuando lo que pasa en nuestro interior, sin pensar en nada.

Está dicho en los Libros sagrados que aquél que consigue detener el pensamiento saboreará la beatitud y la inmortalidad. Saber interrumpir el pensamiento es la cosa más difícil de todas. Ciertamente es muy difícil conseguir simultáneamente el silencio total en la cabeza y permanecer

alerta; no pensar en nada pero sin llegar a dormirse; sentir solamente sin pensar. Sentimos y comprendemos al mismo tiempo y no sabemos bien cómo y por qué, pero comprobamos que no es por medio del cerebro. Este no es el único órgano capaz de comprensión. Los fisiólogos quizás no lo hayan descubierto todavía, pero yo os digo que el cerebro que conocemos no es el único órgano excepcionalmente preparado para comprender; existen otros.

Si comparáis el plexo solar y el cerebro, comprobaréis que están formados por la misma materia gris y blanca, pero dispuestos a la inversa: en el cerebro la materia gris está en la superficie y la blanca en la parte interna, mientras que en el plexo solar es al revés. Gracias a la materia gris el hombre comprende y gracias a la blanca, siente. La materia gris del cerebro nos empuja a comprender el aspecto externo de la existencia, mientras que la misma materia en el plexo solar nos lleva a comprender el aspecto espiritual, profundo e interno de la vida.

La luz y las tinieblas son dos principio divinos. No hay nada negativo en la noche, como tampoco lo hay en el día. El mal sólo existe en la cabeza de los hombres, porque no pueden entenderlo todo, pero en la naturaleza el mal no existe. Las tinieblas desempeñan su cometido, al igual que la luz, y no olvidéis nunca en vuestro trabajo espiritual que las tinieblas son las que originan la luz.

III LA FUENTE Y LA CIÉNAGA

Escuchad a la diminuta fuente cuando nos dice: «Sed como yo, vivos, burbujeantes, y no os convirtáis en ciénagas ». Hay que escucharla porque si nuestra fuente interna se agota, se producen fermentaciones, y cuando éstas existen, aparecen los mosquitos, las moscas y toda clase de bichos, y entonces no se puede hacer nada porque, aunque intentéis espantarlos, se reproducen continuamente. La única solución consiste en desecar la ciénaga y dejar que la fuente mane, porque allí donde fluye una fuente no existe putrefacción, todo es vivo y puro.

Os he hablado a menudo de la fuente, y no sólo del pequeño manantial de las montañas, sino también de otra mucho más poderosa: el sol, la única fuente. Desgraciadamente, cuando observamos a los seres humanos, y según se desprende de sus razonamientos y actitudes, nos damos cuenta de que nunca se han preocupado de la fuente, de este punto que vibra, que brota, que proyecta. No comprenden lo que puede aportades el estudiar la imagen de la fuente. Dirán: «Pero, ¿qué puede aportarnos el pensar en esa imagen de la fuente?» ¡Desgraciados! Pueden ser grandes eruditos, pero no se han dado cuenta de lo esencial. Tampoco han entendido que toda la orientación de su existencia y de sus actos depende de la imagen que se hayan formado en su cabeza. ¿Han elegido imágenes vivas y burbujeantes como la fuente, o muertas como la ciénaga? En mis observaciones diarias he descubierto que todo depende de la elección que el hombre haya hecho, simbólicamente, entre la fuente y la ciénaga; esta elección revela su comprensión de la vida.

A menudo oímos quejarse a las personas de que todo les va mal. ¿Y por qué todo les va mal? Porque no han entendido que deberían dar preponderancia en su intelecto y en su alma a lo que es más puro y más divino, es decir, a la fuente, para que ésta al fluir los purifique y haga crecer todas las simientes divinas. Sin embargo, en sus pensamientos y deseos los hombres no sienten esta necesidad esencial de un centro, de una fuente, de un sol, de un espíritu o de un amor. Se han obsesionado con cosas insignificantes y no pueden ni quieren comprender. Chapotean sin cesar en aguas estancadas y polucionadas, repletas de toda clase de bichos, y se burlan de la filosofía de los Iniciados, la cual hace hincapié continuamente en la importancia mágica de esta unión con la fuente. ¿Cómo pueden pensar que les va a ayudar todo aquello que se pudre, enmohece o disgrega?

Algunos se preguntan por qué contemplamos la salida del sol. Es un símbolo para hacemos comprender que en todos los ámbitos de la vida tenemos que unirnos al sol, es decir, a la fuente. Pero, ¡Intentad convencer a todos estos seres «inteligentes» de que vayan a contemplar la salida del sol! Tienden naturalmente hacia todo lo que está muerto, estancado, polucionado, y cuando llegan las desgracias, no entienden por qué. Y eso les sucede porque no han tomado la fuente como modelo, porque han retenido las impurezas dentro de ellos.

Cuando pregunto a alguien si ha visto una fuente y qué es lo que sucede en sus proximidades, me contesta que sí, naturalmente, que la ha observado, cuando en realidad no se ha fijado en absoluto. Por este motivo me gusta formular las siguientes preguntas: «¿Qué hay alrededor de una fuente? - Plantas, vegetación. - ¿y qué más? - Insectos, pájaros, animales. - ¿Alguna otra cosa? - También hay hombres que se han instalado junto a ella. - Muy bien, pero, ¿qué sucede cuando la fuente se seca? En primer lugar desaparece la hierba, luego los animales, y mucho más tarde los hombres. Los últimos en desaparecer son los árboles. ¿Habéis comprendido el significado de todo este proceso? - Naturalmente, es muy sencillo -. Entonces, ¿por qué habéis dejado agotar vuestra fuente? - ¿Qué fuente?, no lo comprendo...»

Ya lo veis, siempre creemos comprenderlo todo, pero sólo se trata de una ilusión. Y todavía puedo continuar preguntando: - «Os hablo de la fuente que fluye en vuestro interior, ¿por qué la

habéis dejado secar? - Pero, ¿de qué fuente se trata? Yo no he dejado secar ninguna fuente. - Sí, habéis dejado secar vuestra fuente: ya no sentís amor. Alguien os ha humillado, herido, robado o engañado un poquitín, y vosotros habéis exclamado: «¡Basta! No vale la pena ser bueno, generoso y caritativo, los hombres no lo merecen». Por consiguiente vuestra fuente ya no fluye, y pensáis haber ganado porque ya nadie puede engañaros o heriros, cuando en realidad lo habéis perdido todo. Si es necesario, dejaos engañar, pero, ¡que la fuente no se seque jamás! Y aunque alguien os humille, engañe o robe, no es nada en comparación con la bendición de poseer una fuente que, al fluir, nos lo da todo, lo limpia todo, lo repara todo».

Los seres humanos necesitan de esta filosofía de la fuente, que es la más maravillosa y verídica de todas la filosofías. Cuando un individuo decide no amar nunca más porque ha sufrido una pequeña injusticia, se puede decir que ya está acabado, que está muerto. Y si está muerto, ¿qué ha ganado? ... ¡El razonamiento de los seres humanos es fantástico! ¿Y ellos tienen que instruirme? ¿Qué puedo aprender? Prefiero instalarme junto a una fuente y permanecer horas enteras escuchándola, mirándola, tocándola, hablándole. Después pensaré en esa otra fuente que es el sol, y en todas las fuentes del universo, hasta llegar a la única y verdadera fuente que es el mismo Dios, y finalmente intentaré unirme a ella para comprender lo esencial, porque junto a una fuente se puede llegar a comprender todo.

Meditad intensamente sobre esta metáfora a fin de estructurar vuestra vida en esta única fuente que es Dios y su más perfecto representante en la tierra, el sol. Trabajad cada día sobre esta imagen e imitad esta fuente, el sol, para poder alimentar, dar calor, vivificar y resucitar a todas las criaturas. Y no me digáis que es imposible, irrealizable e incluso estúpido, porque si pensáis así es que no habéis entendido nada. Lo importante no es que vuestro ideal sea realizable, sino que al hacer este trabajo interno se producirán grandes transformaciones en vosotros. El sol es inmensamente grande y poderoso y el hombre no puede seda tanto como él, pero en su ámbito, a otro nivel, también puede convertirse en un sol. En lugar de tomar constantemente, de ser como un agujero, como un pozo sin fondo, una ciénaga, llevando la descomposición a todas partes, el hombre podría dar, purificar y vivificar. Realmente es un ideal realizable, pero hay que querer estudiarlo, experimentarlo, verificarlo.

Desgraciadamente cuanto más avanzo, más constato que los seres humanos no han comprendido el aspecto mágico, el poder y la extraordinaria ciencia que encierra la fuente. Si lo hubieran comprendido, sabrían extraer de sí mismos algo puro y vivo. Pero los hombres siguen taciturnos, encerrados en sí mismos, crispados, preocupados en resolver sus asuntos con los procedimientos y métodos de la ciénaga..., cuando ésta no puede arreglar nada. La ciénaga sólo sirve para prolongar la vida de los renacuajos y de todos los bichos que pululan en sus aguas.

En esta agua que no se renueva nunca, sus desgraciados habitantes se ven obligados a respirar y tragar todos sus desechos. Exactamente lo mismo ocurre con los seres humanos, ya que una gran ciudad e incluso el mundo entero no es otra cosa que una ciénaga. Todos los individuos que pululan en su interior se ven obligados a absorber los excrementos de los demás. Los que saben librarse de ello, de vez en cuando aspiran un sorbo de pureza, pero los demás se dejan intoxicar, ahogar, envenenar. La atmósfera de una ciudad es la de una ciénaga, y si fueseis clarividentes, veríais cómo las personas tragan porquerías, se devoran entre sí, y no saben cómo escapar a todo esto, ni tan siquiera durante unos minutos. ¡No entiendo cómo pueden burlarse de nuestra filosofía solar! ¿Qué queréis que os diga? Peor para ellos si prefieren quedarse en la ciénaga. Algún día comprenderán.

Después de todo esto, ¿qué conclusión se puede sacar de todo lo que os he dicho? La de que todos los malentendidos, desgracias y sufrimientos se deben a que el hombre no está conectado,

unido al Cielo ni a la fuente, y cuando lo está únicamente lo está durante dos o tres minutos, y luego todo se interrumpe y de nuevo se conecta... a la ciénaga. No quisiera molestaros, ya que estoy hablando en general, pero es cierto que en lugar de estar conectados con la fuente que purifica, sana e ilumina, los seres humanos están unidos a la ciénaga – que puede ser un hombre, una mujer o un grupo de personas -, y beben de ella. La prefieren en lugar de la fuente porque temen su opinión. ¿Qué dirán los renacuajos que viven en la ciénaga? Si alguno de estos renacuajos hablara mal de ellos, ¿que podría sucederles?

Quizás estéis algo molestos por mis palabras, pero no estoy aquí para alabaros sino que debo deciros la verdad. Sé muy bien que no es agradable oír semejantes cosas, pero si hoy os sentís apesadumbrados por mis palabras, debéis saber que si no os advierto de estas cosas, sucederá que un día os sentiréis el doble, el triple, o cien veces más afligidos por la realidad. Porque con la ignorancia, las desgracias aparecen por todas partes, mientras que si estáis advertidos e iluminados, al menos podréis escapar por «la escalera de servicio» y vuestros enemigos se marcharán con las manos vacías.

Así pues, reflexionad sobre estas dos imágenes: la de la fuente y la de la ciénaga. Cuando finalmente sintáis el deseo de amar, de sacrificaros, de ayudar a los demás y de dar en lugar de tomar, ello significará que la fuente ya fluye. Y una vez que ha empezado a fluir, las flores y los árboles crecen, los pájaros cantan, es decir, que espíritus fantásticos se han instalado en vuestro interior, en vuestro cerebro, en vuestro corazón, en vuestra voluntad, y se alimentan de dicha fuente. En este preciso momento os enriquecéis y vuestra apariencia es la de una región floreciente, con su pueblo y su civilización. Sí, y todo ello porque la fuente fluye. Esta imagen simbólica es la que hay que comprender.

A nadie le gusta permanecer junto a una fuente seca. Cuando se agota esta fuente en el hombre, entonces no hay creación, ni poesía, ni música, ni alegría, ni nada de nada; es el vacío, el desierto, porque no hay agua ni amor. En el mundo, por todas partes sólo vemos desiertos ambulantes...

Así se explica el miserable estado en que se encuentran lo seres humanos, su angustia, su vacío interior. Quizás sean muy inteligentes, pero han dejado secar su fuente porque jamás han pensado en dar, irradiar o amar. Cuando veo a seres cuya fuente se ha secado o que nunca hafluído, sé que su destino será miserable, porque nada se aposentará en ellos, ningún ángel, ningún espíritu, ni la belleza, ni esplendor alguno, ¡Nada!

Bienaventurados aquéllos que han comprendido y se han decidido a cambiar, porque a ellos todo les será explicado, ya que son suficientes las dos imágenes, la de la ciénaga y la de la fuente, para explicarlo todo. Si os quedáis estancados, sin ímpetu, sin inspiración ni alegría, sabed que habéis dejado secar la fuente que debía circular en vosotros. Sucede que no os dais cuenta y continuamente estáis criticando a los demás... Dejad a los otros en paz, abrid vuestra fuente, limpiadla, y entonces el agua brotará, porque cada criatura ha nacido para ser una fuente. Cuando el Señor envió al hombre sobre la tierra, lo preparó para ello, pero éste ha dejado acumular tanta basura en su interior que su fuente está obstruída; por eso reina el desierto, el vacío. y no hay nada peor que el vacío, estar en el desierto o ser un desierto.

¿Empezáis por fin a comprender la imagen de la fuente? Esta no es otra que la de la vida y el amor, y el amor es todopoderoso, porque toda inspiración, toda alegría nace de él. No hay mayor verdad. Sé muy bien que muchas personas, a pesar de todas las verdades que escuchan desde hace años, se encuentran en un estado lamentable; y esto les sucede porque no tienen ningún método de trabajo. A pesar de lo que se les diga, cualesquera que sean las verdades que pudieran ayudarles, no experimentan nada, no recuerdan nada. Si por lo menos se plantearan cada día una verdad para estar finalmente en contacto con ella... Pero no, una hora después todo está olvidado.

Por esta razón, tales criaturas están predestinadas a vivir indefinidamente en ciénagas o desiertos. Y son los únicos culpables de cuanto les sucede, porque aunque se les diga cómo deben actuar para desarrollarse, no comprenden ni recuerdan nada.

Reconozco que os he hablado a menudo de la fuente, pero se debe a que necesitáis que os repitan muchas veces las mismas cosas. El sol salió ayer, pero era para ayer, y hoy tiene que salir otra vez. El agua que fluye, aparentemente siempre es la misma y, sin embargo, se renueva constantemente. Por eso os repito desde hace años que cada día tenéis que lograr que vuestra fuente fluya. Abridla, limpiadla, y os convertiréis en una tierra tan fértil que incluso acudirán reyes a saborear los frutos de vuestro jardín. Pero tengo que repetir una y otra vez estos mismos consejos. Después de tantos años, ¿por qué todavía no habéis plantado ni cosechado nada, si vosotros mismos sois un terreno increiblemente rico? Vuestro cerebro, ¿qué es vuestro cerebro? Es el terreno más apropiado. Pues bien, precisamente esta tierra es la que tenéis que cultivar, sembrar y regar.

Tenéis que conectar directamente con la Fuente celestial mediante el pensamiento y la oración. Puesto que somos una imagen del Señor - el microcosmos parecido al macrocosmos -, también poseemos una fuente en nosotros mismos que está esperando que se den las condiciones adecuadas para empezar afluir. Así pues, al unimos a la Fuente celestial ponemos en marcha nuestro propia fuente, con lo cual todas nuestras células son regadas, se vivifican, y fluye la vida divina. Gracias a esta fuente que es el amor, que es la vida, que es el agua viva, nos convertimos en un instrumento perfecto en manos del Señor.

IV EL MATRIMONIO, SÍMBOLO UNIVERSAL

Tanto el cine como el teatro, las novelas, las canciones o la poesía, tratan siempre del amor. Del amor y del matrimonio. Sobre este tema no hay discusión: los hombres y las mujeres llegan a la tierra con la necesidad de amar y, además, la mayoría de ellos sienten la necesidad de unirse en matrimonio con la persona que aman. Evidentemente, amor y matrimonio no van siempre juntos; a veces hay amor sin matrimonio, y otras, matrimonio sin amor. Sin embargo, y de una manera general, un hombre y una mujer que se aman tienden a casarse para vivir siempre juntos y cuidarse mutuamente. Así pues, normalmente, los hombres y las mujeres se aman y se casan.

Ahora planteo esta pregunta: «Está claro que vuestra principal preocupación es el amor y el matrimonio, pero, ¿cómo lo habéis comprendido? ¿Porqué tenéis que casaros?.. O, más bien, sin tener en cuenta el matrimonio, ¿por qué pensáis que tenéis que establecer contacto con otro ser, uniros a él y, aunque sólo sea durante unos segundos, formar un solo ser con él?...» ¿Quién sabrá responder? Muy pocos. Pocos se planteanceste dilema; ya que es así, no hay que romperse la cabeza. Pero, he aquí que los Iniciados, que tienen la costumbre de reflexionar sobre todas las manifestaciones de la existencia profundizando en ellas, han descubierto que esta tendencia tan natural y extendida de buscar a otro ser para unirse a él, encierra uno de los grandes secretos del universo. El hombre sería una divinidad si comprendiera el significado de esta tendencia y supiera utilizarla en sus trabajos espirituales.

La tradición nos enseña que en el origen el ser humano fue creado macho y hembra. Así pues, el hombre es al mismo tiempo hombre y mujer, y toda mujer es, a la vez, mujer y hombre. Ser hombre o ser mujer es solamente la mitad, y cada uno tiene que encontrar su otra mitad complementarla. ¿Dónde? Dentro de uno mismo, y esto es lo que ignoramos. Para cada hombre y para cada mujer, el verdadero matrimonio es la unión interna con la otra mitad de su ser, y no la unión externa con otra mujer u otro hombre. Este es el verdadero matrimonio: encontrar la otra mitad de sí mismo, atraerla, fusionarse con ella y convertirse finalmente en un ser completo para realizar el trabajo mágico.

La mayoría de matrimonios que se realizan en la tierra no son más que experiencias o ensayos con más o menos éxito, mientras estamos esperando poder realizar el verdadero matrimonio que es de orden espiritual. Este verdadero matrimonio está representado en la India mediante el símbolo del «lingam». Ya conocéis este símbolo, el cual nos enseña que los dos principios - el masculino representado por la línea vertical, y el femenino por la base horizontal - jamás deben estar separados en el ser humano. Cada hombre y cada mujer tienen que llegar a realizar interiormente la unión de estos dos principios. Naturalmente, ello es muy difícil y la mayoría de las veces, cuando el hombre y la mujer se unen físicamente, en realidad están separados: en su alma, en su cabeza, están separados. El hecho de que estén físicamente separados no tiene importancia; lo importante es que cada uno realice en símismo el matrimonio de los principios masculino y femenino.

Si sois capaces de comprender los misterios del matrimonio, comprenderéis todos los secretos de la vida. El matrimonio está muy extendido, pero muy pocos conocen su sentido profundo. La gente se casa para distraerse, porque se aburre, porque ansía placeres, porque es pobre y desea enriquecerse, o porque es incapaz de desenvolverse en la vida cotidiana y necesita una criada o una ayuda de cámara que le asista. ¿En qué han convertido los seres humanos el matrimonio? Es mejor olvidarlo.

Para mí el matrimonio es un acto tan sublime que no estoy muy seguro de haberlo profundizado totalmente. Lo que sí sé es que el matrimonio espiritual permite realizar grandes cosas. El hombre posee la fuerza y la quintaesencia, pero mientras no esté casado internamente,

no puede condensar esta quintaesencia para hacerla visible, tangible y real en el campo físico: le falta el factor capaz de proporcionar la materia para realizar las cosas, el principio femenino. Y la mujer que tiene todos los materiales, si no está casada interiormente, no tiene la llama, la chispa capaz de abrasarlo todo; por mucha materia que posea, si no le prende fuego está muerta y estancada, pues le falta el espíritu. Esto no lo olvidéis nunca.

II

El matrimonio es una cuestión muy amplia que podemos estudiar por todas partes en la naturaleza. Así la química, la física, la astronomía, la botánica, la anatomía, la psicología, etc., nos hablan sin cesar del matrimonio. Tomemos por ejemplo el agua, que es un elemento indispensable para la vida en el universo. El agua no es otra cosa que el hijo nacido de la unión de un padre, el oxígeno, y de una madre, el hidrógeno: H_2O. ¿Por qué la unión del 1 (O) Y del 2 (H_2)...? Porque el 1 es el número del principio masculino y el 2 del femenino.

Consideremos también el ejemplo de la palabra. ¿Cómo se produce en el hombre la palabra: por medio de sus brazos, piernas, orejas, nariz, vientre? No; se produce mediante la boca, y está formada por la lengua y por los labios; y cuando la lengua y los dos labios se ponen en movimiento, producen la palabra articulada. La lengua es el principio masculino y los dos labios el femenino. De esta manera el principio masculino y el principio femenino alumbran un hijo: la palabra. ¡Ved la fantástica ciencia que encierra esta página del gran libro de la naturaleza viviente!

Si los filósofos hubieran reflexionado sobre los mecanismos de la palabra, sobre los elementos que entran en juego para que el hombre pueda proferir sonidos articulados, habrían podido descubrir, por analogía, en primer lugar que Dios encierra en sí los dos principios por medio de los cuales ha creado a su Hijo, el Verbo, y que este Hijo ha puesto en movimiento todas las criaturas. Porque la palabra no es insensata, la palabra no existe sin razón, está destinada a alguien con algún objeto. San Juan dijo: «En un principio era el Verbo». El Verbo representa el movimiento, el hijo.

Ahora quiero explicaros lo esencial de lo que quiero que comprendáis. Así como Dios ha creado el mundo por medio de la Palabra, de la misma manera los hombres crean la vida en el plano físico, es decir, abajo. En la boca los dos principios siempre están juntos. Para poder hablar es preciso que los dos labios y la lengua estén juntos para producir sonidos. No consiguiréis articular palabra alguna sin poner la lengua y los labios en movimiento. En Dios los dos principios están juntos, unidos; nunca están separados, y por esto Dios crea continuamente. Mientras que los seres humanos actúan como si los dos principios estuviesen separados, poseyendo los hombres Únicamente el principio masculino y las mujeres el principio femenino; pero como quiera que para crear la vida es preciso unirlos, de ahí se derivan todas las dificultades y complicaciones.

Aquellas criaturas que no desarrollan en sí mismas los dos principios masculino y femenino, no están hechas realmente a imagen de Dios, y no alcanzan la plenitud. Evidentemente no me refiero a la posesión de los dos principios en el plano físico, sino en el espiritual: el principio del amor y el principio de la sabiduría unidos simultáneamente. Sólo tienen la verdad y poseen la fuerza aquellos seres que han realizado la unión de los dos principios en sí mismos. Y, ¿quiénes son estos seres? Son los verdaderos Maestros, los verdaderos Iniciados que han comprendido la santa trinidad del Amor, la Sabiduría y la Verdad. Estos seres se manifiestan realmente como representantes y guías de Dios, y viven plenamente. Estos son los modelos a seguir.

La palabra que no está llena de amor y de inteligencia no puede realizar absolutamente nada, no puede actuar sobre la materia para darle forma. Las palabras vacías, sin sentido, el hablar por hablar, no pueden dar ningún fruto. Todo esto nos obliga a estudiar y a esforzamos para que nuestras palabras afecten al mundo entero, a toda la creación, al mundo visible y al invisible, y pongan en movimiento a los hombres, a los ángeles, a los arcángeles, a los espíritus y a los

elementos. Por consiguiente, es necesario que en esta palabra exista tanto la inteligencia y la luz, como el calor y el amor, la plenitud del amor. En este preciso momento las palabras se vuelven poderosas. El hecho de que al hablar a vuestros amigos, a vuestro marido o a vuestra mujer, o bien a vuestros hijos, no obtengáis resultados, quiere decir simplemente que vuestras palabras no son suficientemente cálidas y luminosas.

Todos vosotros, todos nosotros llevamos en nosotros mismos, en nuestra boca, símbolos de una importancia cósmica. Todo el mundo tiene boca, pero la utilizamos continuamente para quejarnos en lugar de utilizarla para dar gracias día y noche de poseerla. Además, esta boca tiene una lengua, y hay que esforzarse y no hacer tonterías con ella, porque se dice que aunque no tiene huesos, los tritura. Cuando no se es inteligente, ni sabio, ni razonable, ni bueno, machacamos los huesos de los demás mediante nuestra lengua; basta con mover la lengua para desunir familias, ahorcar personas, masacrarlas. ¡Esto es lo que sucede con la boca y con la lengua!

Ha llegado el momento de tomar conciencia de que al darnos la boca y la lengua, Dios nos ha dado algo precioso, y tendríamos que decirle: «Señor Dios, perdóname por no haber comprendido hasta ahora los tesoros que Tú has puesto en mi boca, por no haber comprendido que al pronunciar palabras puedo imitarte, volverme como Tú, y ser cada día un reflejo de Ti. No me he dado cuenta y, por consiguiente, con mis palabras he sido torpe: he dicho cosas insensatas, he herido a las personas, los he trastornado y, precisamente, lo he echado todo a rodar con este instrumento que Tú me has dado. En lugar de hacer el bien, de consolar, de aliviar, de dirigir y guiar a los demás, en lugar de vivificarlos y resucitarlos, de elevarlos y proyectarlos hacia Ti, el Señor, el Creador, los he puesto por los suelos y los he envilecido. Perdóname, Señor, y enséñame a utilizar mi boca y mi lengua para hacer el bien, iluminar y dar calor a los demás, y no utilizarlas sólo para comer, beber y decir tonterías sin ton ni son.»

La boca es un órgano tan extraordinario y poderoso que tenemos que cuidar de no dejar escapar palabras venenosas, sino que éstas deben ser constructivas, educativas, vivificantes. E incluso si regañáis o fustigáis a alguien, debéis hacerlo sólo con la finalidad de iluminar y ayudarle. De esta manera os creáis un porvenir indescriptiblemente hermoso.

En los Evangelios está escrito: «Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado», es decir, tu porvenir será bueno o malo, luminoso o tenebroso, celestial o infernal, según las palabras que hayas proferido durante tu existencia.

Así pues, las palabras son tan importantes para la construcción de nuestro porvenir, que es necesario reflexionar y meditar toda la vida sobre este tema. Hay que tener en cuenta la importancia de la palabra, y, al abrir la boca, cuidar de que siempre sea para bien.

Aún puedo ir más lejos al profundizar en esta idea para enseñaros que todo está íntimamente relacionado, que en el universo existe una ley de correspondencia absoluta. El sol habla..., y su verbo es la luz que se derrama sobre la tierra, sobre las plantas, sobre los animales y las personas. Porque el sol invisible que actúa sobre el sol visible produce la luz y ésta se transforma en calor. Supongamos ahora que la lengua corresponde al padre, los dos labios a la madre, y la palabra al niño; entonces, lo que el padre da a la madre, es el verbo que vitaliza, que anima. La ley es idéntica: de la misma manera que el sol invisible actúa sobre el sol visible, el cual a su vez actúa sobre la tierra para fertilizarla, de la misma manera que el hombre fertiliza a la mujer, así también la palabra fertiliza las almas y los corazones. Se trata de la misma ley. Así pues, el que habla se convierte en el padre, el que escucha en la madre, y así nacen los hijos....

Llegados a este punto, diréis: «Entonces, ¿pueden los hombres convertirse en madres? Naturalmente, porque aquél que escucha es como si fuera una mujer. Basta un cambio de

polarización. Cuando una mujer habla a su marido, está adoptando la polaridad masculina, y el marido que la escucha toma la polaridad femenina, y así nacen los hijos. Los hijos son los sentimientos, las emociones, las decisiones y los actos. El mismo principio se aplica en cualquier circunstancia, en cualquier nivel y en todos los planos. Infaliblemente siempre se trata de la misma ley. Hay que saber hacer malabarismos entre uno y otro plano.

Tenéis que intentar ampliar un poco vuestra manera de ver las cosas. Si os quedáis cristalizados en ciertos conceptos, jamás comprenderéis la plenitud de la vida, pues todo está interrelacionado. «Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo».

Muchos espiritualistas repiten esta frase sin comprenderla realmente, porque desconocen a qué corresponden las palabra «abajo» y «arriba». Para comprenderlas es necesario reemplazarlas por otras que representen imágenes, criaturas, existencias o mundos... ¿Qué podemos poner en lugar de la palabra «abajo»? Abajo, por ejemplo, puede ser el sexo, la tierra, la mujer, la materia o el infierno, y arriba, el cerebro, el cielo o el sol, el hombre, el espíritu... Lo que sucede es que Hermes Trismegisto ha mantenido el secreto, no lo ha precisado, y a nosotros nos corresponde encontrarlo.

Pero lo más extraordinario de todo esto es que ha añadido: «Para hacer el milagro de una sola cosa». Efectivamente, «Lo que está abajo es como lo que está arriba, lo que está arriba es como lo que está abajo, para hacer el milagro de una sola cosa». Así pues, abajo y arriba producen algo conjuntamente, producen «una única cosa», el hijo y, ¿qué es esta única cosa? Hermes Trismegisto tampoco lo ha explicado. La lengua y los dos labios son dos cosas que se unen para hacer el milagro de una única cosa, que puede ser el Verbo. Pero lo que sí es cierto es que se necesitan dos para producir esta única cosa: el principio masculino y el femenino, lo que está arriba y lo que está abajo. Cuando un hombre y una mujer quieren tener un hijo, es necesario que uno se coloque arriba y el otro abajo. El que está debajo es como aquél que está arriba; la diferencia estriba en la posición. Y, ¿para qué? Para producir el milagro de una sola cosa: el hijo.

Así pues, reflexionad sobre esas cosas e intentad no pasaros la vida sin comprender nada, inmersos en el sueño de la inconsciencia. A partir de ahora vivid una vida sensata, abandonando todo lo que os ata a las regiones inferiores, todas estas sensaciones y ocupaciones que no os aportan nada. Tomad lo esencial y ¡poneos a trabajar!

III

«Todo lo que está abajo es como lo que está arriba». Estas palabras de Hermes Trismegisto nos revelan que el matrimonio antes de existir abajo, entre los seres humanos, ya existía arriba. Porque arriba, continuamemte se está realizando una unión, un intercambio entre los principios cósmicos masculino y femenino, que en el plano físico se refleja bajo la forma del matrimonio. Esto es lo que nos revela la Ciencia Iniciática. En el Génesis se dice: «En un principio Dios creó el cielo y la tierra». El cielo y la tierra son dos símbolos que hay que interpretar, así como la relación existente entre ellos; son los símbolos de los dos principios, emisor y receptor, masculino y femenino. Estos dos principios se unen, y de dicha unión nacen. los hijos. Todo lo que veis, e incluso lo que no veis, es una creación resultante de los dos principios. Todo lo que se produce en la tierra es hijo de esta unión de la tierra y el cielo. Si la tierra rompe los lazos y no está unida al cielo, éste no le da su energía ni su impulso, y entonces se convierte en un desierto.

El cielo y la tierra, los principios masculino y femenino, existen ya como realidades en los sublimes reinos de las alturas, y se reflejan a continuación en todas las regiones y en todos los planos, incluso en el plano físico. Por todas partes vemos la unión de dos principios, masculino y femenino, y que esta unión origina una fuerza, una energía. Cuando queréis enchufar un aparato eléctrico, utilizáis una toma macho y otra toma hembra, pero, ¿os habéis dado cuenta de que cada una está polarizada? Hay dos y dos... Efectivamente, cada cosa, cada ser posee en sí los dos polos. La tierra, el cielo, el hombre, la mujer, tienen cada uno dos polos. Así pues, cuando se unen se convierten en cuatro, lo cual hace que las fuerzas circulen y nazcan los hijos. Pero sin este contacto, sin esta unión, sin esta fusión, sin este intercambio, nada se produciría.

Ahora bien, si trasladamos esta cuestión al campo de la vida interna, nos daremos cuenta de que mientras el hombre no establezca contacto con esa realidad que lo sobrepasa - el cielo, el mundo divino -, permanecerá solo. Y si permanece solo, será estéril, improductivo, y un día desaparecerá sin dejar rastro. Vosotros podéis replicarme: «Pero si tenemos mujer (o marido), y tenemos hijos...» Pero eso sucede en el plano físico y no basta. El verdadero matrimonio consiste en llegar a conocer la manera de trabajar con los dos principios en todos los campos. Si se han cumplido todas las condiciones en el plano físico y material, naturalmente que se obtienen ciertos resultados: una muchedumbre, una gran prole, pero en otros campos somos estériles y estamos solos, porque no hemos comprendido que esta ley del matrimonio hay que realizarla en todas las regiones: en el plano astral, en el mental, etc...

«Todo lo que está abajo es como lo que está arriba, y todo lo que está arriba es como lo que está abajo». Arriba está el orden divino, abajo está el plano físico. Todo lo que encontramos en el plano material corresponde a una verdad en el plano espiritual. Los Iniciados han ocultado esta verdad bajo el símbolo de la serpiente que se muerde la cola. Este es el símbolo del verdadero matrimonio. Y, ¿cómo puede serlo, - diréis -, una serpiente que se traga su propia cola? Pues sí, porque el verdadero matrimonio del ser humano consiste en la fusión de la cabeza y la cola. El otro matrimonio no es sino un reflejo de ello.

En su conciencia, el hombre está separado de sí mismo, por consiguiente debe descubrir esta parte que no conoce y unirse a ella. Esta idea también está expresada en la frase que encontramos grabada en el frontispicio del templo de Delfos : «Conócete a ti mismo», pero muy pocos han comprendido el sentido de esta inscripción. Un día leí la explicación que daba un profesor de la Sorbona de ella, y verdaderamente me quedé estupefacto: ni siquiera los más eruditos la comprenden; explican esta frase como si fueran niños, despojándola de su autenticidad, de su profundidad.

Conocerse a sí mismo no significa conocer nuestro carácter, con sus cualidades y sus defectos, o conocer los límites de la condición humana. Si sólo fuera esto, incluso los niños serían capaces de conocerse. Así pues, en la frase «Conócete a ti mismo», ¿qué significa este «ti mismo»? ¿Los brazos? ¿Las piernas? ¿El cerebro? No. ¿Los sentimientos? ¿Los pensamientos? Tampoco. Tú mismo, uno mismo es una parte de Dios, una chispa, un espíritu inmortal, algo indefinible, muy lejano, muy alto... Aquí es donde el hombre debe encontrarse para conocerse, en esta entidad que es inmortal, que es omnisciente, que es todopoderosa: su Yo superior, que es una parcela de Dios... y tomar conciencia de que depende de El, que forma parte de El, que no existe como existencia y actividad separada de El. Entonces descubre que todo lo que pensaba y sentía era una ilusión, algo irreal, que la realidad es este Yo, este Sí mismo interno que es el propio Dios, y que obtendrá energía, luz y amor del Eterno si se esfuerza por unirse a El, por sentir que forma parte de El, que es uno con El y su conciencia se funde con el Eterno. Entonces ya no se sentirá como algo aislado, pequeño, doliente, sino que se sentirá como Dios mismo.

Ya os he explicado que mientras el hombre se identifique con su cuerpo físico será vulnerable, débil, mortal como el cuerpo físico, y todo lo que le suceda a este cuerpo le afectará. Pero si deja de identificarse con su cuerpo físico, con sus impulsos instintivos, y se identifica con el centro del universo, con la fuente de la vida, con el Creador, se alejará cada vez más de la debilidad, de la vejez, de la enfermedad y de la muerte, acercándose a Aquél que es inmortal, omnisciente, omnipotente. Por esta razón los Iniciados insisten tanto en este «Ti mismo », pues mientras el hombre se conforme con saber lo que no es, jamás alcanzará lo que aspira: la libertad, la paz, la felicidad. Conocerse es fundirse con la inmensidad de Dios.

Entended bien que cuando los Iniciados de la antigua Grecia decían: «Conócete a ti mismo», no preconizaban conocer todas nuestras debilidades y limitaciones, pues las debilidades, lagunas y vicios no son «uno mismo». Esto es lo que tenemos que tener muy claro.

Evidentemente, esta fusión con Dios no puede hacerse rápidamente. Aún a lo largo de toda una vida algunos no llegan a poseer esta conciencia superior, gracias a la cual sienten que son uno con el Eterno. De vez en cuando tienen un destello, una iluminación, pero al día siguiente se sienten de nuevo aislados, débiles, desgraciados. El que ha realizado esta fusión se siente en paz e iluminado, se siente inmortal... Ha llegado a un grado de conciencia tan elevado y amplio, que considera a todas las criaturas como si formaran parte de él mismo, y entonces ya no tiene enemigos, no puede hacer daño a nadie, ama a todos los seres porque siente que él mismo es quien vive en todas las criaturas. Obedece a una moral superior. Ese también es el sentido de la fórmula «Conócete a ti mismo».

Para llegar a este estado de conciencia se necesita una ascesis. En la India, se le llama Jnani yoga. Para alcanzar la conciencia de su identidad con Dios, los yoguis hindús utilizan la fórmula «yo soy El». Meditando largo tiempo sobre esta frase, -el yogui acaba por tomar conciencia de que su yo no existe, que él no es otra cosa que «El», el Señor... El es único, todopoderoso, la única realidad.

Profundicemos ahora en el significado de la palabra «conocer». Se puede leer en la Biblia que Adán conoció a Eva, y nació Caín... ¿Acaso no la conocía antes? Abraham conoció a Sarah y nació Isaac... El conocimiento supone un contacto: Es la aproximación de los dos polos que quieren fundirse, o, si lo preferís, saborearse. Porque, ¿qué hacen los niños cuando son pequeños? Cogen todo lo que cae en sus manos y se lo ponen en la boca; de esta manera aprenden a conocer las cosas. Para el niño, el órgano del conocimiento no es el cerebro sino la boca; quiere probarlo todo. Vosotros mismos, ¿qué hacéis para conocer un olor, un sonido, una imagen o un

pensamiento? Lo dejáis entrar en vuestra nariz, en vuestras orejas, en vuestros oídos o en vuestra cabeza. Así pues, el conocimiento no es otra cosa que dejar penetrar en nuestro órgano el objeto que queremos conocer. La misma ley se aplica para el nacimiento de los hijos. El conocimiento se realiza, pues, mediante la penetración: algo nos penetra para fusionarse con nosotros.

Al fusionamos con un objeto o con un ser, vibramos en armonía y en la misma longitud de onda que él. Supongamos que tenéis dos diapasones de la misma longitud. Cuando hacéis vibrar uno de ellos, el otro responde porque vibra en la misma longitud de onda. Pues bien, para conocerse a sí mismo, para conocer este ser divino que está en nuestro interior, hay que llegar a vibrar en la misma longitud de onda que él. Esta condición es indispensable para que haya conocimiento.

Tomemos de nuevo el símbolo de la serpiente que devora su cola; ello significa que ha unido los dos polos, el masculino y el femenino, porque quiere conocerse. Pero imaginad que la serpiente es muy larga: 500, 1000, 10000 metros... Un día, mientras se pasea, se encuentra con una cola, se pregunta qué puede ser, y la muerde. ¡Y queda muy sorprendida al descubrir que es su propia cola! Al igual que los gatitos, los cuales juegan con su propia cola y cuando la muerden chillan, porque se dan cuenta de que es la suya. El hombre es un ser cuya realidad sobrepasa en mucho la apariencia física: lo que deambula por aquí abajo, por la tierra, es su cola, pero su cabeza, ¿dónde está? Mientras que los dos polos - la cabeza y la cola - permanezcan separados en su interior, tendrá que conformarse con reptar por el suelo.

La cola debe encontrar la cabeza y unirse a ella; la cola, el yo inferior, debe unirse a la cabeza, el Yo superior, que está arriba, en el cielo. En este momento se establece el contacto y se origina una circulación armoniosa y constante de energías. En el hombre encontramos la serpiente en la columna vertebral, es la serpiente Kundalini, la cual, una vez despertada, asciende a lo largo de la columna vertebral. Cuando finalmente se reúnen los dos polos, es decir, cuando Kundalini, que está abajo, se ha unido en lo alto con el espíritu universal, Shiva, el hombre se conoce a sí mismo y alcanza la plenitud.

«Conócete a ti mismo». «A ti mismo» no es la cola que se mueve demasiado en el plano físico, sino que es la cabeza, el espíritu que está en lo alto. El auténtico matrimonio es el verdadero conocimiento. Pero el hombre todavía no ha realizado esta unión en sí mismo; sólo la realiza en cuanto a su parte externa: por todas partes establece conexiones, lazos, coloca circuitos en las fábricas, en las administraciones, en la política, en la economía, por todos lados excepto en su fuero interno, al que no sabe conectar nada, y por esto se siente incompleto.

La mayor realización a la que puede aspirar el ser humano es la de unir el yo inferior con el Yo superior, la cola con la cabeza. Indudablemente la cola posee algunas cualidades, cuanto menos tiene la facultad de moverse. Pero la cabeza tiene mucho más: los ojos, las orejas, la boca, la nariz, el cerebro. Por consiguiente, si podemos unimos a nuestro Yo superior que posee estas facultades tan desarrolladas, conoceremos todo lo que él conoce, veremos lo que él ve, oiremos lo que él oye y seremos perfectos. Pero mientras continuemos separados y sólo seamos una cola que se mueve, estas riquezas nos estarán vedadas.

Hay que unir la cola a la cabeza, es decir, unir «los dos extremos». Los Iniciados desde hace siglos han lanzado esta fórmula al mundo, pero los hombres no han comprendido el sentido; sólo lo aplican en el aspecto material, y cuando a final de mes el dinero empieza a escasear, comentan que no pueden unir los dos extremos. En realidad estos dos extremos son la cola y la cabeza de la serpiente. Poder unidos es conseguir desarrollar sucesivamente todos los chacras, desde el chacra Muladara, el más bajo, hasta el chacra Sahasrara, el más alto, a fin de conseguir la unidad. Mientras no consigamos unir ambos extremos, continuaremos en la miseria y sufriremos privaciones. Y esto es tan cierto en el plano espiritual como en el físico.

Todos los poderes de la creación se encuentran en el matrimonio. ¿Acaso habéis visto algún hombre o alguna mujer que hayan alumbrado solos un niño? No, porque se necesitan dos. Por este motivo todos aquellos que no se casen con el Cielo, no podrán ser nunca creadores y se quedarán solteros. Hay que casarse, pero con el Cielo, para tener muchos niños. En el Génesis se dice: «Creced y multiplicaos» Lo que sucede es que los hombres sólo han comprendido esta prescripción en el plano físico. Cada mandato tiene como mínimo tres interpretaciones, pero los seres humanos se conforman con conocer sólo las cosas en el plano físico, y ahí está el error: no querer ir más lejos. Hay que crecer y multiplicarse en el mundo de los pensamientos y de los sentimientos, para poder poblar la tierra día y noche de pequeñas criaturas luminosas y aladas que influirán en el mundo entero para la realización del Reino de Dios...

Hay que pensar en el matrimonio, pero allá arriba. Esta es la nueva filosofía, la nueva comprensión.

Si vamos a la salida del sol por la mañana, es porque el sol es un centro, el centro de nuestro sistema solar, y mirándolo nos dirigimos hacia nuestro propio centro. Nuestro Yo, nuestro verdadero Yo, no vive aquí; está muy lejos de nuestro cuerpo, habita en el sol. Pero mantiene lazos con nuestro yo ilusorio, aquí, en la tierra, y si conseguimos establecer conscientemente comunicación entre ellos, nuestro pequeño yo resulta atraído por el sol, y enconces vive gozoso, en la luz. Por eso, recordadlo, os he dado determinados ejercicios para que los practiquéis a la salida del sol. Os imagináis, por ejemplo, que estáis en el sol y que desde allá arriba miráis hacia la tierra, y sonreís, diciendo: «Estás allá, mi pobre amigo, ¡si supieras lo bien que se está aquí!» De esta manera se establece un vínculo entre vuestro yo inferior y vuestro Yo superior, con lo cual restablecéis la conexión con vosotros mismos, reencontrándoos. Si hacéis este ejercicio durante años, conseguiréis recibir las cualidades de vuestro Yo superior. Y puesto que vuestro Yo superior es inmortal y conoce la historia del mundo, podrá comunicárosla. Al ser libre, os dará sus poderes. Al estar sumergido en un océano de felicidad, os dará una felicidad indescriptible.

Cuando los hombres y las mujeres se funden, sienten una inmensa alegría, pero no alcanzan a saber lo que significa esta alegría. Pero, precisamente, esta alegría es un testimonio de la veracidad del método: «unir los dos extremos». Cuando el hombre ha conseguido unir los dos extremos, ha conseguido reencontrarse, se siente colmado. Y entonces le invade una alegría, una dilatación de una naturaleza mucho más sutil. Se trata del éxtasis del que hablan los santos, los yoguis, los Iniciados que han conseguido alcanzarlo.

Ved que, en pocas palabras, os he transmitido el secreto del matrimonio. Debéis casaros, pero no solamente con criaturas externas a vosotros, porque entonces perderéis vuestras energías. Debéis casaros con vosotros mismos, para que vuestras energías se multipliquen.

V EL TRABAJO DEL PENSAMIENTO: EXTRAER LA QUINTAESENCIA

Hoy querría detenerme sobre la cuestión del trabajo que podéis realizar con el pensamiento. Sé muy bien que la mayoría de personas no practican esta actividad, no se dedican a concentrarse y a meditar, porque consideran que esto es inútil. ¿Por qué perder un tiempo precioso que podríamos emplear en ocupaciones mucho más importantes? Los seres humanos están tan acostumbrados a trabajar en lo superficial, que resulta difícil dirigirlos hacia otra concepción de la vida. No se imaginan que en el trabajo con el pensamiento hay unas posibilidades fantásticas que ninguna otra actividad puede proporcionar.

Veamos algunas imágenes. Cuando se extrae hierro o cobre de un mineral se necesitan toneladas y toneladas de este mineral para obtener cierta cantidad de metal; el resto es la ganga, la tierra que debemos desechar. Asimismo, para obtener algunos litros de esencia de rosas de Bulgaria, son necesarios vagones de pétalos. Por consiguiente, es tan preciosa, que un litro de esencia de rosas vale una fortuna. En cierta manera todos los trabajos de los seres humanos consisten, en general, en remover la ganga, la materia más basta, mientras que el trabajo con el pensamiento permite extraer la quintaesencia. Si no sabéis trabajar con el pensamiento para concentraros, controlaros, dominaros, orientar vuestras energías y dirigirlas hacia regiones superiores, todo lo que podréis obtener será parecido a los vagones de material que estorban, y con los que nada puede hacerse mientras no aprendáis a extraer de ellos la quintaesencia.

Por este motivo los Iniciados trabajan tanto para obtener esta quintaesencia, que es algo imponderable que da gusto y sentido a las cosas. Incluso admitiendo que poseéis todas las riquezas de la tierra, si no tenéis esta quintaesencia, que se encuentra en el plano mental, os sentiréis pobres, vacíos, inquietos e insatisfechos. No es la cantidad de materia lo que da sentido a la vida, sino su calidad, su quintaesencia. Por desgracia todas las actividades humanas consisten en romper piedras, en acumular mineral, simbólicamente hablando, sin llegar a extraer la quintaesencia, pues para obtenerla es necesario realizar otro tipo de actividad.

Las personas trabajan y ganan dinero, pero por más que hagan siempre se quejan de que falta algo. Precisamente lo que les falta es esta quintaesencia, este algo infinitesimal que da sentido a la vida. Se lanzan únicamente sobre la cantidad, mientras que la quintaesencia sobreentiende la calidad. Todo el mundo se orienta hacia la cantidad, la producción, el consumo, sin preocuparse de la calidad. La cantidad es el mundo físico, las piedras, la tierra. La calidad es el mundo espiritual, el mundo divino.

Unicamente en las Escuelas iniciáticas se enseña a los discípulos a buscar la quitaesencia. Una Escuela iniciática es como una destilería. Y, ¿qué se destila en ella? Todo lo que el hombre ha vivido y ha acumulado en cuanto a pensamientos, sentimientos y sensaciones; todas las experiencias que ha tenido, incluyendo estupideces y sufrimientos. En una Escuela iniciática el discípulo aprende a extraer la quintaesencia de su existencia, es decir, aprende a asimilar unas lecciones, obtener una sabiduría, comprender cómo actúan las leyes y porqué en determinado campo ha conseguido éxitos mientras en otro sólo ha cosechado fracasos.

Un Iniciado es un ser que ha conseguido extraer la quintaesencia de su propia vida. Es como si fuera un frasquito del que emana un perfume inagotable. Cuando un Iniciado ha encontrado la quintaesencia de su vida, de su ser, ha encontrado lo más precioso y lo más puro que pueda existir: la quintaesencia de toda la creación, Dios. La quintaesencia es lo más perfecto que podemos encontrar. Es una fragancia, algo precioso, que despide olor e irradia de una manera inagotable. Un solo gramo de esta preciosa materia es capaz de esparcir partículas y más partículas por el espacio sin que ella misma disminuya en absoluto. La quintaesencia del hombre es su espíritu.

Los eruditos se maravillan de lo que descubren, pero jamás se han asombrado de ellos mismos... y, sin embargo, constituyen una quintaesencia más preciosa que un trozo de uranio o plutonio. Hay que asombrarse y maravillarse de uno mismo sabiendo que ya hace tiempo que somos plutonio o radio, o sea un elemento inestimable que irradia desde hace miles de millones de años y que continuará irradiando durante milenios. Qué lástima que sea sólo el mundo externo el que atraiga a los seres humanos: son como niños que no tienen conciencia de su mundo interno y exploran continuamente el terreno a su alrededor.

Cuando el hombre abandona el trabajo del pensamiento, que es el único capaz de ordenar y orientar su vida, poco a poco desciende al Infierno, porque el Infierno también está en él. El hombre contiene en sí mismo el Infierno y el Cielo, y de él depende el que vaya hacia uno o hacia otro. ,Pero como el hombre quiere ser libre e independiente porque «quiere vivir su vida», la mayoría de las veces se dirige hacia el Infierno, hacia el desorden y el caos. No os dejéis influir por todos los ignorantes que quieren alejaros de la vida espiritual, persuadiéndoos de que de este modo seréis felices. ¡Es imposible! Escuchad más bien a los Iniciados que os aconsejan orar y meditar cada día. Naturalmente, también tenéis que continuar trabajando en el mundo, desempeñando vuestro oficio, ganando dinero, pero no rechacéis por completo el único medio que puede llevaros a una vida más sensata y más rica.

Continuamente constato que las personas trabajan contra ellos mismos: han suprimido todo lo que es esencial, todo lo que podía orientarlos hacia una vida espléndida al darles sabiduría y control, es decir, el trabajo del pensamiento. Para obtener grandes resultados hay que empezar atrabajar desde muy joven en este sentido, con paciencia y con tenacidad.

Removiendo las entrañas de la tierra se extraen miles de toneladas de piedra y de tierra: eso es lo más fácil. Lo más difícil es extraer lo que contiene este elemento. El trabajo del pensamiento también es difícil. La mayoría de la gente se imagina que sus meditaciones darán resultado inmediatamente, pero al no constatar resultados inmediatos, abandonan esta práctica. ¿Por qué tienen tanta prisa? Hace falta tiempo, mucho tiempo, para extraer lo más valioso. Tenéis que comprender bien lo siguiente: desde el preciso momento en que habéis empezado este trabajo ya no debéis deteneros, sino que tenéis que dedicar cada día algunos minutos, como mínimo, a la meditación, y si es posible una hora o dos. En realidad, sería menester poder dedicarle días enteros. Algunos minutos es muy poco, pues, ¿qué quintaesencia puede extraerse en este espacio de tiempo?

Observad estos países pobres, incluso desérticos, en los que se han descubierto fantásticas riquezas subterráneas: petróleo, gas natural, oro, diamantes... Del mismo modo, si el más desheredado y desgraciado de los hombres puede comprender estas verdades e inicia en su vida este proceso de selección y destilación, conseguirá sacar de sus fracasos, desgracias y estupidez, una quintaesencia o sabiduría: descubrirá las leyes, comprenderá los designios de la Providencia y encontrará su camino para el futuro.

Así pues, creedme: si conseguís extraer la quintaesencia de vuestra vida, os convertiréis en algo valioso. De la misma manera, aquel país tan pobre que un día encuentra una mina de diamantes, se vuelve rico gracias al subsuelo, repleto de piedras preciosas. Incluso si vosotros fueseis el ser más abandonado y desgraciado del mundo, podríais volveros archimillonarios, reyes de talo cual virtud, cualidad o sabiduría.

El pensamiento es el medio más eficaz que existe para vivir la vida divina, pero con la condición, evidentemente, de concentrarse únicamente en cosas positivas. Porque todo el mundo piensa, pero, ¿de qué manera? Es como si uno se acerca a un montón de estiércol y empieza a removerlo: entonces éste desprende un olor nauseabundo. Los seres humanos a menudo piensan así:

remueven la basura, y ¡todo apesta! Todo el mundo piensa, no existe nadie que no piense. Los humanos, aún cuando no estén concentrados, piensan, pero piensan mal. Yo no digo que las personas tengan que esforzarse en pensar, pues ya piensan, porque el pensamiento es lo primero y lo preside todo. También piensan los perezosos, pero su pensamiento flota como hoja arrastrada por el viento. Otros piensan en cómo engañar, robar, sisar o asesinar. Seguro que su pensamiento trabaja, pero esto no es verdaderamente pensar.

Para pensar de verdad, ante todo hay que saber sobre qué pensar y luego cómo hacerlo. Cuando hablo del pensamiento, hablo de un instrumento que tenemos que utilizar para acercarnos al mundo divino: un mundo de luz, de certeza y de paz. Si el pensamiento no nos acerca al mundo divino, nos acercará al Infierno. En realidad el pensamiento está ligado tanto al uno como al otro, y por esto tenéis que esforzaros en arrancarlo de todos los poderes inferiores a los que está sujeto, orientándolo hacia el Cielo. De lo contrario vivís en el Infierno, y aunque consigáis éxitos y seáis bien acogidos en recepciones suntuosas donde os saluden las más grandes personalidades, continuáis viviendo en el Infierno. Mientras que si sabéis orientar vuestro pensamiento hacia el mundo divino, aunque estéis aislados, experimentáis una alegría inmensa, porque el cielo y la tierra están en vuestro interior, os pertenecen. Naturalmente, aquél que os vea podrá pensar: «Verdaderamente está loco: no sabe por qué está tan contento». Pero, ¿qué importa lo que digan los demás? El hombre ha sido creado para poder vibrar en consonancia con el Cielo y con el Infierno. El Señor no lo ha limitado. Y cuando hay personas que dicen: «Si Dios existiera impediría que las personas cometieran crímenes», yo les respondo que son unos ignorantes, pues la grandeza de Dios estriba precisamente en haber dado a los seres humanos la libertad de convertirse en malhechores. Si El lo hubiera impedido, todos seríamos unos robots, unos autómatas. ¿Cuál sería la grandeza de Dios si no tuviéramos ninguna libertad? Todos cantaríamos la misma canción y ello carecería de interés. Por esto Dios ha dicho: «Sería muy aburrido si los hombres hiciesen siempre las mismas cosas, hagámosles un poco libres». Y ahora, El asiste al espectáculo... Sí, porque se trata de un teatro.

Naturalmente vais a contestarme: «Ud. se contradice, porque nos ha dicho varias veces que el Señor no se fija nunca en lo que hacen los seres humanos». Claro que El no los observa, ya sabe de antemano de lo qué son capaces, entonces, ¿para qué vigilarlos? Conoce tan bien lo que puede esperar de ellos, que no se sorprende en absoluto. Nunca se puede sorprender al Señor, ya que sabe con antelación lo que puede pasar. Por esto ha tomado su equipaje y se ha trasladado allá arriba, donde se ocupa de otras recepciones, dejando a los seres humanos en libertad para romperse la cabeza.

Bien, dejemos de lado esta cuestión. Lo que quiero que comprendáis por encima de todo es la importancia que tiene este hábito de no dejar pasar un solo día sin concentraros en temas elevados, pues en este instante estáis desencadenando fuerzas de orden superior y entráis en comunicación con las regiones más puras, de las que captáis una ayuda, un sostén. ¿Realmente son tan grandes las ventajas obtenidas? Son inmensas. En primer lugar mejora vuestra salud, pues dejáis de perder cantidad de energía en peleas externas einternas. A continuación, os limpiáis de elementos impuros y os enriquecéis con elementos nuevos, más espirituales. Finalmente las entidades que habitan en los planos superiores os conocen más y mejor, porque continuamente estáis proyectando rayos luminosos tan poderosos que estas entidades empiezan a darse cuenta de que, en medio de las tinieblas de la tierra, hay un ser que hace señales, y se sienten obligadas a preocuparse de él.

Es muy importante que nos acostrumbremos a esta práctica de la meditación. Claro está que no os aconsejo vivir como los yoguis, que meditan todo el día; pero cortar los lazos con el Cielo sólo para ganar dinero, o hacer negocios, tampoco es recomendable. Como podéis ver, los

consejos que os doy son los mejores. Podéis ganar dinero, hacer amistades, y todo lo que queráis, pero dedicad también un poco de tiempo en conseguir la quintaesencia. Porque aún admitiendo que poseáis el mundo entero, si no tenéis esta quintaesencia, os preguntaréis: «¿Qué puedo hacer con todo esto? Me siento agobiado», y seréis desgraciados. No os servirá de nada haber conquistado el mundo si no tenéis la quintaesencia.

Y recordad que esta quintaesencia sólo se obtiene por medio del pensamiento. Por ejemplo, cuando os encontráis en dificultades, sois desgraciados y habéis perdido lo que poseíais, aún os queda el pensamiento. En tal caso, trabajad con él, concentradlo, dirigidlo hacia el Cielo para poneros en comunicación con las entidades superiores, y siempre experimentaréis una mejora.

Por medio de la oración y de la meditación se puede encontrar todo. Algunas personas eran tan desgraciadas que querían desaparecer, suicidarse, pero han orado una y otra vez, y con ayuda del pensamiento se han puesto en comunicación con mundos tan extraordinarios, que han comprendido que en realidad no habían perdido nada, y no les habían causado ningún mal. Se sentían de nuevo ricos y dichosos. Poseer la quintaesencia consiste precisamente en esto.

VI EL PODER DEL FUEGO

Todo el mundo tiene sus manías, y yo también las tengo. No hay excepciones. Siempre repito la misma frase: «Lo que está abajo es como lo que está arriba...», y las mismas palabras sobre el gran libro de la naturaleza viviente. Pero, verdaderamente, se trata de una idea fija muy útil, y os lo puedo probar al demostraros una vez más que esta frase constituye para mí una clave.

Recuerdo que cuando era joven, tenía 13 ó 14 años, me encantaba ensayar todo tipo de oficios. Lógicamente no duraba mucho tiempo en ellos: algunos días o algunas semanas, yeso ocurría durante las vacaciones, cuando terminaba la escuela, porque prefería contratarme en algún sitio y aprender diferentes oficios, a jugar con los demás niños... y así fue como me convertí en sastre. No fue por mucho tiempo, duró sólo un día, pues, sinceramente, el oficio de sastre no me gustó: ¡me dormí enseguida! Lo único bueno es la postura, la llamada «sentada de sastre », que consiste en sentarse con las piernas cruzadas un poco como los yoguis, en la posición de loto. Pero yo me dormía porque coser no es nada apasionante: ¡no se acaba nunca! Y además me pinchaba los dedos. Entonces me dije que este oficio no era para mí, y al acabar la jornada lo dejé.

De todos modos, el haber cosido durante todo un día deja huella, y a lo largo de toda mi vida he continuado cosiendo a mi manera. No se trata de que vaya a abrir una tienda para ganar dinero, pero sí que me coso mis propios trajes. ¿Estáis sorprendidos? Pues bien, visito ciertos almacenes que conozco, escojo las mejores telas, y me hago yo mismo lo trajes, las americanas, los abrigos más hermosos... Los trajes los encargo a otros o los compro, pero me he dado cuenta de que la ropa interior sólo la puedo escoger yo, y lo hago a mi gusto. De este modo soy mi propio sastre... Ahora, espabilaos para interpretar todo esto.

Hay un oficio en particular que ha dejado huella en mí. A menudo, cuando paseaba, pasaba por delante del taller de un herrero, y me impresionó tanto el ver cómo este hombre daba martillazos sobre un hierro incandescente hasta darle la forma requerida, que quise trabajar con él; me gustó y permanecí en su taller varias semanas; pero, al llevar sandalias, las chispas que saltaban del fuego me quemaban los pies descalzos y me salieron ampollas: empecé con el fuelle ayudando al herrero, y jamás podré olvidar el espectáculo de las chispas saltando, ¡era magnífico!

De este trabajo en casa del herrero he sacado una lección para demostraros cómo utilizo la clave de la analogía. Todo el mundo sabe que para forjar el hierro hay que ponerlo al fuego y esperar a que se ponga al rojo, y después incandescente. Generalmente no nos entretenemos en descifrar el gran secreto iniciático que se esconde detrás de este fenómeno. Sin embargo, una de las páginas más importantes del libro de la naturaleza viviente se concreta en esta pregunta: ¿cómo puede la llama comunicar al hierro su calor, e incluso su luz? Es un misterio. El hierro se vuelve exactamente como el fuego, luminoso, radiante, ardiente; aquello que antes era gris, mate, frío y duro, se transforma y adquiere nuevas propiedades...

El hombre también es comparable a un metal, como el hierro, por ejemplo, y sólo el contacto con el fuego puede volver lo resplandeciente, ardiente, cálido. Es evidente que estoy hablando del fuego espiritual y no del físico, ya que hay varias clases de fuego. Unicamente los místicos conocen este contacto con el fuego espiritual: se trata de un calor, de un amor, de un éxtasis, de una clase de vida intensa. Este fuego es una vida que os quema y transforma en otro ser... Así como el fuego físico tiene la propiedad de volver al hierro lo suficientemente flexible y maleable como para darle nuevas formas, del mismo modo el fuego celeste, que es el amor divino, puede sumergir al hombre en un estado espiritual en el que se liberará de su antigua forma, dura, opaca y fea, para recibir otra nueva, luminosa, radiante.

Los verdaderos místicos, los verdaderos profetas e Iniciados, han conocido siempre este secreto. Han sabido encontrar el verdadero fuego, que es el del alma y del espíritu, y al sumergirse en él han conseguido llegar a un estado de perfecta maleabilidad, golpeándose hasta darse una nueva forma. Finalmente bañaban el metal para fijar definitivamente dicha forma. Este es un detalle que tampoco se ha sabido interpretar. Después de calentar el hierro al rojo vivo, hay que sumergirlo en agua fría para que su nueva forma se vuelva dura y resistente, y esto mismo también sucede en el mundo espiritual. El agua fría son las adversidades, las dificultades. El fuego lima los metales, y el agua los endurece, mientras que referido a la tierra el fenómeno es al revés: el agua la torna más blanda y el fuego la reseca. Es un aspecto más del lenguaje del libro de la naturaleza viviente.

Existen varias clases de fuego, que podemos clasificar en tres categorías: el fuego físico, visible, que consume y devora los objetos; el fuego astral, que nos quema y nos atormenta, como por ejemplo el fuego del amor humano puramente pasional, sexual; y finalmente el fuego divino, el fuego del sol que no consume, que no hace sufrir, sino que nos da la luz, la alegría, el éxtasis y la sublime sensación de estar en comunicación con el mismo Dios. Este es el fuego celeste. Mientras que el fuego pasional, que los seres humanos conocen perfectamente porque les quema y consume, a menudo sólo es una llamarada; y, sin embargo, aman este fuego que los hace sufrir, adelgazar, arrancarse los cabellos... Muy pocos saben ir más allá para sumergirse en el fuego que inunda las regiones superiores. Yo conozco este fuego porque en varios momentos de mi existencia, Dios me ha concedido la dicha de poder gozar de este fuego celeste.

Para poder transformamos, remodelar nuestro temperamento, nuestras tendencias, nuestros hábitos, incluso nuestra herencia, debemos atraer, llamar a este fuego celeste, suplicarle que descienda sobre nosotros y soplar, soplar sin cesar sobre él para que haga que nos fundamos. A continuación debemos pedir a alguien que nos modele, o bien modelamos nosotros mismos, siempre y cuando seamos lo bastante conscientes para hacerlo. De este modo es como interpreto yo el oficio del herrero.

Yo he verificado personalmente todo lo que os cuento, por esto puedo indicaros de qué manera llegaréis a transformaros completamente: debéis prepararos intensamente, es decir, rogar, suplicar para atraer el fuego celeste, y cuando éste entre en vuestro interior, experimentaréis tal efervescencia que os derretiréis. Después de semejantes momentos ya no tendréis interiormente la misma forma, e incluso físicamente, poco a poco, os transformaréis, y llegaréis a moldearos un nuevo semblante.

Os repito que he experimentado todo cuanto os digo. He tenido la dicha, el privilegio de haber conocido, de haber probado este fuego, y entonces he comprendido que el fuego podía fundir y cambiar las antiguas formas. Por este motivo, deberíais desear únicamente este fuego celeste, pensar en él, y contemplado hasta que acuda a abrazar y conmover vuestro corazón, vuestro ser. No confiéis en las lecturas y las explicaciones porque no sirven para nada mientras no se encienda el fuego que os haga vibrar, temblar, haciendo de vosotros un ser vivo como el sol. Porque el sol es un fuego y por esta razón cada mañana debéis acudir a verlo para restablecer el contacto con el fuego celeste. Si os unís al sol, os dejáis abrazar por él con todo vuestro amor e inteligencia, las llamas empezarán a rodearos ya brotar de vosotros. El Espíritu Santo no es otra cosa que el fuego sagrado del sol.

Hay que tener en cuenta al sol, pues sólo él puede comunicaros este fuego, incendiaros, haceros arder y brillar. Dedicaos cada día al sol, conscientemente, hasta que llegue el fuego divino capaz de revela ros todas las cosas. Todos los Iniciados dicen lo mismo: si no alcanzáis este fuego, no conseguiréis nada. Hay que llegar a este fuego sin el temor de quemarse, porque no

quema, sino que transforma. En realidad sí que quema, pero sólo los desechos, las impurezas, y no lo que es puro, noble y divino. Un fuego no daña a otro fuego, no puede destruir lo que es de su misma naturaleza.

Si leéis a Ezequiel, a san Juan u a otros profetas, veréis que cuentan cómo purificó Dios sus labios con un carbón ardiente o haciéndoles tragar un pequeño libro... Se trata siempre de lo mismo, aunque adopte distintas formas: se puede recibir un espíritu - llamadlo Espíritu Santo, si queréis - por medio de la respiración o del aire. Los hindús dicen que es una especie de «prana» celeste, otros dicen que es el fuego o la luz... No importa como se le llame; se trata de un espíritu que el hombre recibe del aire al respirar. Por este motivo ciertas Enseñanzas Iniciáticas dan tanta importancia a la respiración; la inspiración y la espiración son el principio y el fin, son el mismo Dios, la vida eterna. La vida empieza con la primera inspiración, y cuando el hombre muere se dice que «expira». Así pues, tenéis que comprender perfectamente la importancia de la respiración y estar muy atentos.

Por ejemplo, al comer, ¿tenéis el hábito de respirar correctamente? No; las personas enferman porque hablan, gesticulan, tragan y respiran mal cuando comen... La nutrición no puede hacerse correctamente sin una respiración armoniosa. Es otra cosa que no habéis tomado muy en serio; y, sin embargo, es muy importante no hablar durante las comidas para que podáis respirar correctamente, pues por medio de la respiración atraéis elementos sutiles y acumuláis reservas para toda la jornada. Realizad algunas respiraciones profundas durante las comidas; aparentemente puede parecer poco interesante, pero es un método que encierra grandes secretos. ¡Pero las personas están tan alejadas de todo esto! Por ello yo aconsejo a todos los que abordan nuestra Enseñanza que no se sorprendan, que no critiquen ni comparen nuestros métodos con la instrucción que han recibido en el mundo. Que tengan paciencia y estudien, y cuando se haga la luz, quedarán deslumbrados al ver la riqueza de nuestra Enseñanza y de nuestras prácticas: parecen insignificantes, pero en realidad permiten el acceso a otras posibilidadesdistintas de las que conocían hasta ahora.

Como podéis comprobar mi filosofía no proviene de la lectura, sino de la experiencia. Todo lo que os revelo lo he practicado ininterrumpidamente, y aún hoy en día estoy dispuesto para conocer, probar y abordar otras verdades con la esperanza de enseñároslas algún día. Confiad en mí y decidíos de una vez por todas a conocer, sentir y poseer el poder del fuego celeste. Para ello concentraos más profundamente en el Sol, en el fuego que invade el universo. Intentad comprender su naturaleza, de qué modo acude a nosotros para cq,nmovernos intensamente, y cómo puede comunicamos sus propiedades. Hay que llegar a absorberlo par:a que con su calor haga fundir las viejas formas endurecidas y las podamos remodelar. En ciertos niveles hay que trabajar con el agua porque ésta sabe modificar lo que hay de pétreo y de térreo en nosotros; pero con todo lo que es metálico, hay que utilizar el fuego.

Aprended a valeros del poder del fuego. Demasiado a menudo los seres humanos se dejan abrasar y atormentar por el otro fuego, el astral, que desprende gran cantidad de humo y deja muchas cenizas. El fuego celeste no produce humos ni desechos, sólo produce luz, calor y vida. Por desgracia, los hombres y las mujeres prefieren siempre desencadenar el fuego devastador del plano astral, y entonces dicen: «Me quemo, me quemo...» Por otra parte, nadie duda ni se extraña cuando les preguntamos qué es este fuego, pues todos lo conocen. Sin embargo, en cuanto al fuego celeste, no encontraréis muchos candidatos que sepan de qué se trata.

Existen tres tipos de fuego; en realidad hay miles, pero para simplificar los clasifico en tres categorías: el fuego físico, que no distingue los buenos de los malos, sino que quema todo y a

todos; el fuego astral, o infernal, que siente una gran predilección por las personas desbordantes de pasión, de deseos, de codicia y de maldad; y sobre las que está dispuesto a abalanzarse en cualquier momento para consumidas, porque para él se trata de un alimento apetecible; en cambio no tiene ningún poder sobre los seres unidos a Dios o a los ángeles. En cuanto al fuego celeste, busca aquellos que son absolutamente puros y luminosos, y cuando los encuentra, avanza sobre ellos, los abraza, convirtiéndolos en hijos de Dios, hermosos, luminosos y resplandecientes como el Sol.

Por consiguiente el fuego físico no elige: le da igual que alguien sea justo o injusto, no le preocupa; lo quema, eso es todo. Los otros dos fuegos sí que eligen. El fuego divino no desciende sobre cualquiera. Sí, se trata de una especie de rayo; aquellos que reciben la gracia, las bendiciones de Dios, son fulminados por un rayo divino. Se habla del flechazo en el amor: «En el mismo momento en que la vi, he sentido el flechazo», dice el joven, y, desgraciadamente, desde entonces su destino está ya trazado: tendrá que sufrir, llorar, e incluso quizás llegará a cometer un asesinato, etc... ¿Para qué este flechazo? Para aprender ciertas cosas gracias al sufrimiento. También otros reciben un flechazo, pero en este caso se trata de un flechazo celeste, y también están continuamente a punto de llorar, pero de éxtasis. ¡Cuántos santos y místicos han recibido esta gracia! Al leer su biografía veréis cómo san Juan de la Cruz, la pequeña Santa Teresa, y tantos otros han recibido un flechazo de Cristo; también algunos poetas o artistas lo han sentido. En mi opinión no existe nada más precioso, más raro, más maravilloso. Ninguna gracia puede compararse al flechazo celeste del fuego sagrado, no existe nada más elevado.

Pero no lo sabemos o comprendemos todo porque hayamos recibido este flechazo; el fuego celeste no nos vuelve de golpe omniscientes y todopoderosos, simplemente nos da la posibilidad de transformamos, y nos corresponde a nosotros el trabajar con él para desarrollarnos perfectamente, idealmente... El mayor contratiempo que pueda sucedernos, la pérdida más terrible que podamos sufrir, es llegar a perder esta gracia o Espíritu Santo. Muchos ocultistas, místicos o iniciados han poseído este fuego y lo han perdido de un modo u otro; algunos lo han reconquistado, ¡pero a costa de cuántos sufrimientos, lágrimas, arrepentimientos y trabajos! Este fuego es tan consciente que podríamos decir que se siente «vejado» cuando la persona ha sido tan negligente hasta el punto de dejado escapar... Esta debe humillarse, llorar y suplicar largo tiempo para que aquél consienta en volver; pero si consiente, se aferra tan fuerte, hunde tan profundamente sus raíces en el interior del ser humano, que ya no lo abandona jamás.

He estudiado muchos casos, he vivido numerosas experiencias, y cada día dialogo sin cesar con el fuego... tanto interiormente como exteriormente sólo me interesa el fuego. He sentido predilección por él desde que nací; pero, mientras que en mi infancia incendiaba los graneros, más tarde comprendí que ya no tenía que preocuparme del fuego externo y que ante todo debía iluminar mi corazón, y a continuación el de los demás.

Ahora os doy el siguiente consejo: contemplad diariamente la salida del sol sabiendo que hay en él una chispa, una llama con la que podéis encender vuestro corazón. Al igual que la mañana de Pascua en las Iglesias ortodoxas. En esta mañana la Iglesia está llena, el pope enciende un cirio y pasa la llama al fiel más cercano, éste a su vez enciende el cirio del vecino, y así sucesivamente hasta que toda la Iglesia se ilumina. Por consiguiente, un solo cirio ha encendido todos los demás: es simbólico. El Sol también es un cirio con el que podemos encender nuestro propio cirio. A veces tardamos años en conseguirlo porque interiormente hace viento o llueve, pero un buen día, de pronto, conseguimos encenderlo y empieza a desprender un poco de luz. En aquel momento, el vecino advierte que hay algo con lo que iluminarse, y acude también él a encender su cirio, después acude un segundo, un tercero, etc..., y así, de este modo, un día el mundo entero puede estar repleto de cirios encendidos.

Os daré un ejemplo más prosaico: el de un hombre que saca chispa con el eslabón para encender su cigarrillo. Consideremos este ejemplo, aunque no sea muy brillante. El sol es el sílex (¡lo cual es incomprensible para vosotros !), y vosotros tenéis un trozo de hierro. Cada mañana golpeáis el hierro con el sílex y, de pronto, surge la chispa. El sílex es fiel a la cita. Por lo tanto, debéis presentaros cada día con este hierro y golpear, es decir, trabajar con la voluntad, para que salte la chispa; os corresponde a vosotros golpear. No es el sol quien tiene que arreglarnos las cosas, sino que debemos hacerlo nosotros. El sol ya lo hizo hace mucho tiempo. Nosotros somos quienes debemos acudir a su encuentro, quienes tenemos que realizar nuestro trabajo encendiendo nuestro cirio gracias al gran cirio del Sol... ¿Está claro? ¿No es cierto que interpreto correctamente las imágenes y símbolos del gran libro de la naturaleza viviente?

VII CONTEMPLAR LA VERDAD DESNUDA

Hace algunos años, unas personas que dirigían un campo nudista me propusieron visitarlo para que viese de qué se trataba. Lo visité; naturalmente yo parecía un bicho raro al ser el único que estaba vestido entre tantas personas. Poco a poco se me fueron acercando chicas jóvenes, mujeres, hombres, y lo extraordinario es que cuando uno se encuentra ante tantas personas desnudas, no le produce ninguna impresión. Yo mismo estaba sorprendido. Miraba y me decía: «¡Verdaderamente, no hay de qué escandalizarse!» Todo parecía muy simple y natural: las personas, su actitud, su expresión. Después nos sentamos y todos me interrogaban sobre distintos temas y escuchaban con gran atención.

Os estaréis preguntando si estoy a favor o en contra del nudismo. No estoy ni a favor ni en contra, sin embargo noté ciertas cosas que no eran correctas. Me habían dicho que los nudistas, al haberse liberado de ciertos complejos, podían encontrar más fácilmente la santidad, el equilibrio, y también la pureza, y me interesaba ver si era cierto. Por desgracia esto no era totalmente cierto. En primer lugar se aburrían, pues no hacían casi nada; pero sobre todo, al no tener ningún conocimiento iniciático acerca de la naturaleza y poder de los elementos - la tierra, el agua, el aire, la luz - no recibían muchas de sus ventajas. También noté que no se habían liberado de toda clase de deseos y necesidades que el hecho de vivir desnudos les permitía satisfacer. Por consiguiente, la desnudez no los conducía a la pureza.

La pureza es algo más que la capacidad de desnudarse sin sentir vergüenza. Por otra parte, la pureza no se limita al campo de la sexualidad, sino que abarca todas las regiones y campos de la existencia. El hombre comprende cuando introduce la pureza en su intelecto; se vuelve activo y poderoso cuando la introduce en su voluntad; goza de buena salud cuando entra en su cuerpo físico, y se vuelve clarividente cuando entra en su corazón y en su alma. «Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios», decía Jesús. Así pues, la pureza limitada a la cuestión sexual no es suficiente.

En estos momentos el nudismo se practica en todo el mundo; se editan revistas y se escriben artículos, pero los conocimientos esenciales sobre este tema son insuficientes. Mientras los seres humanos no posean ciertos conocimientos espirituales, el nudismo no les aportará nada de lo que imaginan; sólo e trata de algunos ensayos que no llegarán muy lejos.

Está bien comulgar con las fuerzas de la naturaleza, con el aire o con el sol, pero en tanto el ser humano no tenga conocimientos más vastos acerca de la naturaleza y de él mismo, todo ello servirá de muy poco. Quizás estén abiertos sus poros físicos, pero los espirituales están taponados, porque en realidad no sabe lo que es exponerse a las corrientes cósmicas. Por consiguiente se beneficia muy poco de todo ello, a pesar de vivir desnudo en plena naturaleza.

No hay nada malo en permanecer desnudo puesto que todo el mundo se desnuda en su casa, se baña, etc... Se admite que uno esté desnudo en su casa, pero delante de los demás está mal visto... ¿Por qué? Como quiera que los seres humanos no tienen suficiente pureza y fuerza para dominarse, se han visto obligados a inventar reglas para protegerse los unos de los otros. Pero, en realidad, no hay nada malo en estar desnudo. Por otra parte, si preguntamos a la naturaleza si está furiosa porque las personas se paseen desnudas por los bosques y por las playas, contestará que le da igual, que si ellos se encuentran cómodos pueden ir desnudos. También añadirá que cuando los envió sobre la tierra no estaban vestidos. Si por alguna razón han decidido vestirse, es su problema, pero que ella los creó desnudos.

El cuerpo de los hombres y de las mujeres posee ciertas antenas etéricas gracias a las cuales pueden comunicarse con la naturaleza y recibir su fuerza y sus mensajes. Pues bien, si pueden exponerse a ella en el bosque o al borde del mar para realizar un trabajo espiritual con la tierra, el aire, el sol y el agua, tienen muchas más posibilidades de emitir corrientes y de captarlas y, por consiguiente, de obtener resultados positivos. Los brujos, y sobre todo las brujas, utilizaron siempre la desnudez en sus prácticas, ya que conocían su gran poder; la literatura ocultista relata numerosos casos en los que las brujas se desnudaban para hacer sus conjuros, sus hechizos, lanzar sus maldiciones... La desnudez atrae tanto al bien como al mal, por esto es peligroso exponerse desnudo si no se es bastante consciente y dueño de sí mismo como para cerrarse a todo lo negativo, tenebroso, y abrirse a lo luminoso.

Realmente los hombres y las mujeres no tienen la misma actitud ante la desnudez. En conjunto las mujeres se exhiben más fácilmente desnudas que los hombres. Estos sienten más bien vergüenza al desvestirse delante de los demás, pero les gusta ver a las mujeres sin ropa y a éstas les gusta exhibirse. La naturaleza los ha hecho de este modo. Desde hace siglos, por más que se intente inculcar les que la desnudez es contraria al pudor y a la pureza, vemos que muchas mujeres aún no han llegado a aceptar esta idea. Aunque obedezcan poniéndose vestidos, en su fuero interno no han admitido esta regla, pues no corresponde a su naturaleza profunda. No es por vicio o desvergüenza que les guste desnudarse, sino que obedecen a su idiosincrasia y no ven en ello ningún mal.

La mujer puede ser reprendida por el uso que hace de su desnudez, pero no por su natural necesidad de mostrarse así. Cuando ha comprobado cuán débiles son los hombres y lo fácilmente que pierden la serenidad ante su cuerpo, la mujer ha pensado que podía aprovecharse de ello, y ahora utiliza su belleza para dominarlos, explotarlos o vengarse de ellos. Hoy en día esto es tan corriente que casi no se encuentran mujeres que ignoren el poder de su encanto físico y no intenten utilizarlo sobre los hombres para manejados a su antojo. De esto sí que son culpables. Que sean hermosas y tengan encanto está muy bien, nadie se lo puede reprochar, pero en vez de utilizar los poderes que la naturaleza les ha dado para tentar al hombre y hacer que se enfangue en la suciedad, deben aprender a utilizarlos para ennoblecerlo, inspirarlo y unirlo al Cielo.

En los Misterios se menciona que el Iniciado debe llegar a contemplar a Isis sin ningún velo. Gracias a su pureza y sabiduría, el Iniciado hace caer uno a uno los velos de Isis, la Naturaleza, para poder contemplarla en todas sus manifestaciones, conocerla en todos sus secretos, en toda su belleza. Por este motivo, simbólicamente, idealmente, una mujer desnuda delante de su amado representa a Isis sin velo ante los ojos del Iniciado. Los seres humanos no lo han comprendido, pero durante toda su vida no hacen más que repetir los misterios de la Iniciación, los misterios de Isis. ¿Por qué aparece la novia envuelta en velos y en su noche de bodas se desnuda delante de su amante para ser contemplada? Casi todo el mundo desconoce el profundo significado de estas costumbres, y sólo retienen el aspecto más grosero, inferior y material, en lugar de prepararse para comprender uno de los más grandes misterios de la naturaleza. Por esto surgen después tantas anomalías, porque no se está preparado.

Los recién casados van en viaje de novios: a esto lo llamamos «luna de miel», y se tiene la idea de que es un período en el que hay que revolcarse en los placeres sexuales hasta la náusea. ¡Qué manera tan triste de vivir el símbolo eterno del Iniciado que se presenta ante su novia, Isis, para celebrar la boda! Por esto no encuentran ni el amor, ni la felicidad, sino todo lo contrario. Mientras se obstinen en comprender las cosas de manera errónea, ¡que no esperen encontrar lo que buscan! Preguntamos a una madre «¿Dónde está su hija? Ha salido con su marido a pasar su luna de miel en Venecia». Otra vez la expresión «luna de miel». y verdaderamente, ¿qué van a elaborar este par de mentecatos si no poseen ningún conocimiento? Abusarán del placer hasta

hastiarse mutuamente. Al estar ciegos, ninguno de los dos verá la verdadera belleza del otro, no percibirán el espíritu ni el alma, ese esplendor que se encierra en su interior; sólo verán la piel, las piernas, la materia, nada más. ¡Pobre humanidad!

El Iniciado, por su parte, no piensa en revolcarse en los placeres, sino que se prepara para su novia, para Isis, y también para una clase de éxtasis que desconocemos. El sabe que la belleza y perfección divinas se reflejan por todas partes en la naturaleza, pero en ninguna otra parte esta belleza y perfección están mejor representadas que en el cuerpo humano. En nuestro entorno, todo está diseminado; los océanos son una parte del cuerpo cósmico, los ríos, las montañas o el cielo también lo son. Sólo el hombre y la mujer reflejan el cuerpo cósmico en su totalidad. Por este motivo, cuando el Iniciado ve a una criatura que refleja mejor que las demás los esplendores del universo, la contempla con placer a fin de unirse a la belleza divina. Enseguida se da cuenta de que es una criatura que le habla de las virtudes de Dios, y al contemplarla reencuentra esta belleza divina. Mientras que los hombres y las mujeres ordinarios, en lugar de maravillarse del modo cómo reflejan el cielo los seres queridos, lo que hacen es abalanzarse sobre ellos y los echan a perder. Se parecen a esos caballos que se lanzan al galope a través de un prado lleno de flores: todas quedan destrozadas. Hombres y mujeres se maravillarían mucho más ante este esplendor celestial si estuvieran instruidos en la Ciencia Iniciática, y además sacarían de él inspiración, fuerza, energía y voluntad para continuar con su trabajo.

Y aún añadiría algo muy interesante sobre este tema. Ya sabéis que todos los miembros y órganos del cuerpo humano corresponden a fuerzas que circulan por el cosmos. Los diferentes órganos del cuerpo físico han sido formados en relación a estas fuerzas. Hace varios años os revelé a qué regiones del cosmos estaban vinculados los senos de la mujer, y algunos os sorprendísteis. Todo el mundo piensa que sólo sirven para alimentar al bebé. Está claro que sirvan para esto, pero también puede suceder que tengan otra función que desconocemos. Yo dije que el seno izquierdo está relacionado con las corrientes de la Luna, y el derecho con la Vía Láctea, y que si la mujer fuera consciente de ello le podría ser muy beneficioso para su evolución espiritual. La mayor parte del tiempo ella ignora que está en comunicación con toda la naturaleza y también con los seres humanos. Pero aunque ella ignore esta comunicación etérica, magnética, ésta tiene lugar y sus dos senos dan y reciben algo. Poco tiempo después de revelar esto, visité en España un museo en donde vi el cuadro de un pintor casi desconocido que representaba a una mujer desnuda con la luna sobre su seno izquierdo y la Vía Láctea surgiendo de su seno derecho. Quedé estupefacto al verlo y me sentí feliz porque era la confirmación de una verdad iniciática. Ciertamente este pintor poseía conocimientos iniciáticos.

El cuerpo del hombre y de la mujer constituyen en sí mismo un resumen del universo. El discípulo tiene que saber cómo contemplarlo, respetarlo, maravillarse ante él y, por encima de todo, tomarlo como un punto de partida para unirse al mundo divino, allá en lo alto, para glorificar al Señor y avanzar por el camino de la evolución. Entonces podrá descubrir todos los secretos de la naturaleza, pues al no tener que sufrir más violaciones y vejaciones por parte de él, Isis se le desvelará, y dirá: «Este ser está atento, me ama, me respeta, me admira, me mostrará a él». La verdad se revelará así, porque Isis es esto: la verdad. Esta se revelará a su espíritu en toda su desnudez, es decir ,tal cual es allá en lo alto, y no aquí abajo, escondida tras los velos, las ilusiones, «maya». Porque la verdad se revela sólo a aquél que sabe comportarse correctamente frente a los misterios del amor.

Contemplar a Isis sin velo es contemplar la verdad. Por esto los Iniciados hablan de conocer la «verdad desnuda», desprovista de sus velos. ¿En qué consisten estos velos? Son siete y corresponden a los siete planos: físico, etérico, astral, mental, causal, búdico y átmico. Cuando se

levanta el séptimo velo se contempla a la Madre Divina, la Madre Naturaleza, desnuda, es decir, en su materia más pura, más sutil, completamente fusionada con el espíritu.

Si durante vuestra vida queréis conocer a alguien, intentad conocedo por él mismo y no sólo por sus vestidos, por sus velos. Para conseguido debéis elevaros hasta la región en donde se encuentra verdaderamente su espíritu, su Yo superior, pues allí es donde lo conoceréis. En tanto os detengáis en uno de los velos de su aspecto exterior, os cansaréis inútilmente, mientras que si encontráis a aquél que está detrás de las apariencias, nunca os sentiréis cansados y descubriréis una fuente de alegría inagotable. Por lo demás, esto es lo que yo hago con vosotros. Si no pensara así, hace tiempo que me habría cansado de vosotros. Habría dicho: «Nada me interesa de ellos. ¡Siempre las mismas caras!» Por suerte no pienso así, y desde hace mucho tiempo os he «desnudado» como hacen los hombres cuando encuentran a una mujer. De todos modos, no me comprendáis mal...

Nunca se ha sabido interpretar esta tendencia que tiene el hombre de querer desnudar a la mujer para contemplarla. La naturaleza le ha dado este instinto para incitado a que no se quede estancado en el aspecto externo, sino que vaya más lejos, más arriba, allí donde está realmente desnuda, es decir, en su mayor pureza, esplendor y luz. Allá arriba no hay nada vergonzoso, pues no se contempla su cuerpo físico - sus cabellos, pecho, etc... -, sino su alma, la Divinidad. Los seres humanos no saben interpretar el lenguaje de la Naturaleza: sienten en ellos ciertos instintos, y se entretienen con sus manifestaciones más groseras; por ello capitulan, se vienen abajo y ése es su final.

Cuando os digo que os he desvestido quiero decir que no quiero conoceros sólo en el plano físico, sino que busco en otra parte, en el plano divino, y cuando os miro veo a hijos e hijas de Dios. En ese momento todo resulta fantástico, siento una gran alegría en mí, y entonces la vida fluye. ¿Por qué razón no aprenderíais vosotros a actuar de la misma manera? Naturalmente que la forma es necesaria, pero no puede satisfaceros por mucho tiempo, es sólo un punto de partida. Es como un frasco que únicamente es indispensable para proteger el perfume, esta quintaesencia que es la vida. Tenéis que fijaros en el espíritu que propaga la vida, la luz, que vibra, que crea mundos,.. Si lo hacéis nunca sufriréis decepciones, de lo contrario, tarde o temprano, os sentiréis defraudados.

De momento sólo tenéis una ligera idea de toda la ciencia que encierra la palabra «desnudez». Estar desnudo es haberse despojado de todas las concepciones erróneas y de cualquier deseo. Sólo la verdad está desnuda; por consiguiente, para alcanzar la verdadera desnudez hay que liberarse de todo lo que es opaco, grosero e impermeable al mundo divino. Cuando se ha alcanzado esta desnudez, uno puede elevarse muy alto a fin de recibir los mensajes del Cielo, su sabiduría y su amor.

Si las personas no consiguen gran cosa con sus meditaciones, es porque intentan elevarse sin haberse desembarazado antes de sus viejos vestidos sucios y agujereados, simbólicamente hablando. ¿Cómo pueden recibir algo sus antenas actuando de esta forma? Hay que enfrentarse al Cielo completamente desnudos, es decir, despojados de deseos, conjeturas y prejuicios. Así pues, uno se quita sus vestidos y asciende. Cuanto más se desnuda, más asciende... A continuación, cuando desciende de nuevo, se viste otra vez para reemprender su trabajo en la materia. En la Tierra es necesario estar vestido, pero en el Cielo, no; el Cielo sólo ama a los seres «desnudos».

Ahora podéis comprobar la magnífica imagen que nos han dado los Iniciados cuando hablan de la verdad completamente desnuda, de Isis sin velo.

VIII LA CONSTRUCCIÓN DE LA CASA

Ya os he comentado que los gestos que repetimos en la vida cotidiana encierran una serie de enseñanzas que hay que saber descifrar. En estos momentos vosotros estáis participando en la construcción de nuestra nueva sala, pero nunca habéis reflexionado acerca de las lecciones que se desprenden de este trabajo.

¿Qué pasos hay que dar para construir una casa? Se empieza por hacer un proyecto, un plano. En un principio, éste existe como una idea en el mundo invisible, más tarde se proyecta sobre un papel, es decir, en el plano físico. Una vez terminado el plano se buscan los materiales, y finalmente se contrata a los obreros que se encargarán de plasmar el plano. Así pues, hay tres etapas: el plano, la búsqueda de los materiales y la construcción.

Cuando se inicia la construcción no se instala en primer lugar el techo, sino que se empieza por los cimientos, por la base. Aunque penséis que esto es evidente, para algunos no lo es en absoluto. En realidad, muy pocos lo han comprendido. Después de los cimientos se construyen las paredes y, por último, el techo. Por consiguiente, para construir el exterior se va de abajo arriba. En cuanto al interior, ¿cómo se procede? ¿Acaso se instala primero el pavimento? No; se empieza por el techo, a continuación siguen los muros y, por fin, el suelo. Por tanto, para el interior se procede de arriba abajo. Cuando todo está terminado nos ocupamos del aspecto estético, de la decoración, la colocación de cuadros en las paredes, cortinas en las ventanas, etc...

Para el exterior se trabaja de abajo arriba, y para el interior de arriba abajo. Por lo tanto la casa nos enseña cómo trabajar con las dos corrientes de la evolución y de la involución. Todo este trabajo de construcción y acondicionamiento de la casa se resume y simboliza en los dos triángulos que se interpenetran formando el sello de Salomón, el cual encierra una profunda ciencia, que nos revela cómo Dios ha creado el mundo, y también cómo debemos trabajar nosotros. En primer lugar nos enseña que no debemos aplicar los mismos métodos para nuestra vida exterior e interior, sino que en el plano físico hay que trabajar de abajo arriba, mientras que en el ámbito de la vida interior hay que empezar por la parte de arriba y terminar abajo. ¿Os extraña? ...

Si queréis triunfar en el plano físico debéis trabajar de acuerdo con las leyes de la evolución y empezar por el lado sólido, material, para llegar, poco a poco, a cosas más sutiles. Por el contrario, cuando tenéis que trabajar en el plano psíquico, interno, hay que empezar por lo alto, es decir, con lo más sutil, luminoso y divino, y terminar con lo visible, tangible y concreto. Pero, ¿quién sabe trabajar así? Evidentemente cuando se trata de construir una casa sí que lo sabemos hacer, pero el aplicar las mismas reglas en la vida no es tan seguro que podamos hacerlo.

Para obtener resultados en el plano material tenéis que empezar por edificar una base sólida y resistente, mientras que para conseguirlos en el plano espiritual, ante todo tenéis que aseguraros el techo, de lo contrario aún la base se hundiría. Porque en el terreno espiritual todo está invertido; es como si la base se encontrara arriba yel techo abajo. Por consiguiente, tenéis que edificar las cosas en vuestra cabeza antes de intentar que desciendan estas construcciones espirituales al plano físico, tenéis que trabajar en ello durante muchos años para que un día se puedan materializar.

Este movimiento de arriba abajo nos enseña cómo creó Dios el mundo. Para crear, Dios tuvo que manifestarse, es decir, salir de SÍ mismo para «descender» a la materia. Pero a este primer movimiento de descenso, llamado involución, le sigue un movimiento de ascenso en el curso del cual Dios vuelve de nuevo a Sí mismo; eso es la evolución.

En un primer movimiento Dios sale para crear los mundos, después se repliega en Sí mismo y

lo absorbe todo de nuevo en El. Estos dos movimientos han tenido lugar a lo largo de miles de millones de años.

El movimiento involutivo va de arriba hacia abajo - o del centro a la periferia -, mientras que el evolutivo va de abajo hacia arriba - o de la periferia al centro -. La involución ha precedido a la evolución. La primera es un proceso de materialización, y la segunda, por el contrario, es un proceso de desmaterialización. En la naturaleza estos dos movimientos continuamente aparecen juntos; ambos se encuentran y sus interferencias dan origen a la vida bajo todas sus formas. Continuamente se crean nuevas formas en el espacio por medio del encuentro de estos dos movimientos, que son los movimientos de Dios mismo. No existe el espíritu ni la materia, sino solamente la vida que va del centro a la periferia y de la periferia al centro. Las formas se vuelven cada vez más sutiles a medida que se acercan al centro, y se materializan a medida que se alejan hasta alcanzar la periferia. Pues bien, todas estas formas circulan, volviéndose unas más sutiles, otras más materiales... Esto constituye el gran circuito de la vida.

¿En qué otro lugar podemos observar estos dos movimientos de la evolución y la involución? Cuando nace el niño se produce la involución, por que él desciende a la materia; pero cuando el anciano muere se manifiesta la evolución, pues se separa de la materia para volver al espíritu. Igualmente cuando nos desnudamos, se produce la evolución y cuando nos vestimos, la involución. Aún más, consideremos ahora el hecho de vestimos: ciertos vestidos nos los colocamos de abajo arriba, y otros de arriba abajo. Incluso en los gestos que hacemos para vestimos encontramos los dos movimientos evolutivo e involutivo. Pero como no reflexionamos, no nos damos cuenta.

Según la tradición Iniciática, son también estas dos corrientes involutiva y evolutiva las que han formado al hombre. En un principio, el hombre no era más que una cabeza. Después de mucho tiempo se han ido añadiendo progresivamente el corazón, los pulmones, el estómago y los miembros. Pero, en este momento, el hombre todavía era invisible; su cabeza aún no se había materializado, era una especie de bola de fuego que flotaba en el espacio etérico. Sólo cuando sus pies estuvieron formados el hombre comenzó a materializarse. Precisamente los pies han sido los primeros en materializarse, después las piernas, los muslos, los órganos genitales, el plexo solar, el estómago,.. y así sucesivamente hasta llegar a la cabeza. Aunque ésta fue la primera en formarse, fue la última en materializarse; y los pies, que fueron los últimos en formarse, fueron los primeros en materializarse.

En Astrología también encontramos las dos corrientes evolutiva e involutiva. Cuando enumeráis los signos del Zodíaco empezando por este orden: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, etc.., estáis siguiendo el movimiento involutivo, ya que el hombre se formó de este modo: empezando por la cabeza, y Aries, precisamente, es la cabeza, pues cada signo del Zodíaco corresponde a una parte del cuerpo humano. Sin embargo, el punto vernal asciende por el Zodíaco en sentido inverso, es decir, en el siguiente orden: Piscis, Acuario, Capricornio, Sagitario, Escorpio, etc... Su trayecto corresponde al movimiento evolutivo: sigue el orden en que se han materializado los órganos. Ahora bien, si consideramos el movimiento del Zodíaco en relación al de los planetas, encontramos la misma oposición. Las constelaciones del Zodíaco ascienden por el cielo siguiendo el orden Aries, Tauro, Géminis, mientras que los planetas van en sentido inverso. El curso de los planetas es, pues, involutivo, mientras que el del Zodíaco es evolutivo.

Pero no nos detengamos demasiado en la Astrología. Sobre todo, recordad que si queréis triunfar en el mundo espiritual debéis empezar por construir el techo, luego las paredes y

finalmente los cimientos. Porque en el mundo invisible el techo es la base; los cimientos, la tierra sobre la que hay que edificar; pero para no confundirnos continuaremos llamándole techo. Así pues, cuando decía que en el mundo invisible hay que empezar por construir el techo, entre otras cosas significa que antes de presentarse ante los demás como un erudito, un profeta, un clarividente o un curandero, primero hay que estudiar durante mucho tiempo y unirse al Señor, a fin de echar raíces en lo divino. Antes de poder manifestar los verdaderos dones espirituales, son necesarios años de paciencia, estudio y trabajo.

Por desgracia, la mayoría de las personas que entran en la vida espiritual quieren que todo el mundo lo sepa y lo vea inmediatemente: se las dan de seres superiores e inspirados, se creen capaces de instruir y guiar a los demás, pero en realidad son ridículos e incluso a veces peligrosos. Es preciso saber que no se pueden manifestar los verdaderos dones espirituales hasta que hayan transcurrido varios años de trabajo, meditación y oración. ¡Trabajad, orad y dejad que las cosas se manifiesten por sí solas! Lo que sois se pondrá de manifiesto sin que habléis de ello, incluso a pesar de vosotros mismos.

Dejad que el mundo invisible se manifieste de manera visible en vuestras caras, en vuestros ojos, en vuestra voz, en vuestros gestos. Algunas personas nos cuentan que son enviados del cielo, que tienen tal o cual misión, que les escuchemos y les sigamos... Pues bien, esto sencillamente demuestra que no conocen las leyes del mundo espiritual. ¡Aunque fuerais el Cristo no tendríais que decirlo! No os impongáis nunca a los demás, esperad que sean vuestras cualidades y dones los que, poco a poco, se impongan, hasta que llegue el día en que sean los demás quienes no puedan hacer otra cosa que vedos y dar testimonio de ello. Los auténticos espiritualistas trabajan de esta manera. Durante años, sin decir nada, construyen en el mundo invisible, y un día, de pronto, incluso los más ciegos exclaman: «¡Oh, aquí hay algo sólido! » Pero si queréis convencedos diciéndoles que sois el Mesías o la Virgen María, ¡os encerrarán!, igual que encerrarían a un loco que quisiera poner el techo sin haber colocado previamente los cimientos. Si decís a los demás que sois rico y capaz no os creerán, sino que querrán verificarlo, y en tanto no les mostréis vuestras riquezas y capacidades no os creerán; tampoco os creáis que basta con presentar una obra recién empezada. Nada conseguiréis. Lo mismo sucede en la vida espiritual, sólo que en este terreno, a pesar de que las personas sepan apreciar perfectamente las realizaciones en el plano físico, no tienen las mismas posibilidades de percepción en el mundo espiritual. Por esto hay que trabajar en este aspecto mucho más tiempo.

Veamos qué otras cosas puede enseñarnos la casa. Ya os he dicho que al rehacer el interior de una habitación hay que seguir un orden: el techo, las paredes - con las puertas y ventanas - y finalmente el suelo. Sucede exactamente lo mismo en la vida psíquica. Es necesario empezar por reflexionar lo cual corresponde al techo -; de una manera simbólica se cuelgan las lámparas y se encienden las luces. Luego nos damos cuenta de que lo que vamos a hacer es positivo. Y, por último, actuamos.

Para actuar no andamos por las paredes, ni por el techo, sino por el suelo. El techo, las paredes y el suelo corresponden a los tres ámbitos del pensamiento, el sentimiento y la acción. La luz, o sea, la sabiduría, la inteligencia, el conocimiento, viene de arriba. El ámbito del sentimiento son las paredes, donde se cuelgan los cuadros, los espejos y toda clase de cosas bonitas. Y la acción es el suelo por donde nos desplazamos y trabajamos. «¿Y las ventanas?» diréis. Son los ojos; y por esto hay que limpiarlas, para que todo resulte claro. Este es el libro de la naturaleza viviente y a este libro nunca se le conoce completamente.

Muchas personas empiezan por el suelo, la acción. En primer lugar actúan, y por eso tropiezan con los seres y con las cosas; entonces sufren, se dan cuenta de que la cosa no marcha y, finalmente, se ponen a pensar y a sacar conclusiones. ¡Tendrían que haber empezado por

reflexionar! A menudo se dice que haciendo varios ensayos, se pueden sacar excelentes conclusiones. No; es preferible reflexionar al principio y sacar luego conclusiones verídicas. Es así de simple y claro.

Así pues, en el plano físico hay que actuar, con los métodos de la evolución, mientras que en el plano psíquico se debe actuar con los métodos de la involución, los métodos del espíritu. Cuando un hombre exhibe ante una mujer sus coches, sus casas, y sus diplomas, es evidente que ella automáticamente confía en que él le asegurará el bienestar. Cuando un cliente compra algo en una tienda, al comerciante no le preocupa si es inteligente o no, sino si sacará su billetero y si éste contendrá dinero. Con respecto al Cielo es completamente diferente. Aunque tengáis casa, tierras, bancos, os dirá que no os conoce, porque todavía no habéis empezado vuestro techo en él. Las personas todopoderosas, ricas y respetadas en el plano físico, no pueden hacerse respetar, amar y solicitar arriba, mientras no hayan empezado a formar en su interior virtudes y pensamientos puros y nobles.

Algunos se imaginan que al haber triunfado en el mundo material, visible, también triunfarán en el plano espiritual; se equivocan. Son dos campos distintos. Y aquéllos que han conseguido desarrollar virtudes y cualidades, se imaginan que esto les proporcionará el éxito en el plano material: también ésos se equivocan. Sus virtudes no se ven y, además, los materialistas no las aprecian. Para que les comprendan en el plano material hay que trabajar con los métodos de la corriente evolutiva, es decir, poner sólidas bases aquí en la tierra. Mientras que para triunfar en el plano invisible, para ser recibido y protegido por los espíritus superiores, para tener revelaciones, éxtasis, para alcanzar la plenitud, hay que trabajar cón los métodos de la corriente involutiva, es decir, empezar por echar raíces en el Cielo. Evidentemente la mejor solución es trabajar con las dos corrientes para ser recibido en el Cielo y en la tierra. Entonces el Cielo reconocerá al Iniciado, y los hombres reconocerán al ser capaz de realizar en la tierra.

Desgraciadamente esto no abunda, y lo único que vemos actualmente son personas cualificadas en el plano físico e ignorantes en el plano espiritual, o bien espiritualistas que andan con el techo colgado en el aire, incapaces de realizar nada. Por este motivo, los auténticos discípulos de una Escuela Iniciática deben aprender las leyes del mundo espiritual, construyendo primero una casa en lo alto, sobre bases sólidas. Al mismo tiempo deben saber manifestarse en el plano físico mediante su trabajo y comportamiento sensato. De esta manera serán seres equilibrados y perfectos en ambos mundos. Todo esto es lo que nos enseña la casa.

IX EL ROJO Y EL BLANCO

En el primer día de primavera de cada año, es costumbre en casi todos los países eslavos, y particularmente en Bulgaria, llevar en el ojar dos borlas, una roja y otra blanca. Es una costumbre muy antigua, cuyo origen nadie conoce. Pero las bolas rojas y blancas son símbolos alquímicos muy profundos.

En ciertos libros de alquimia encontraréis alusiones al hombre rojo y a la mujer blanca, los cuales también aparecen representados por el sol (el hombre) y la luna (la mujer). Entre los metales, el oro corresponde al sol y la plata a la luna. En los tratados de los alquimistas siempre hay dos puntos que éstos nunca precisaban: la materia a partir de la cual debe realizarse la Gran Obra y el grado de calor. De esta materia, a la que llaman con nombres muy diferentes y a menudo raros - latón, oropimente, hierro, magnesio, escupitajo de la luna, leche virginal, mineral -, sólo nos dicen que se compone de dos elementos y que en el momento en que empiezan a cocer - tampoco dicen a qué grado de temperatura - es cuando hay que comenzar el trabajo.

El inicio de este trabajo de alquimia debe tener lugar en una época bien determinada: cuando el sol entre en la constelación de Aries, es decir, en los primeros días de primavera, y la luna en la constelación de Tauro. Este es el momento propicio para empezar el trabajo alquímico... ¿Por qué? Porque el sol está exaltado en Aries y la luna lo está en Tauro. El sol es masculino y activo, y la luna femenina y pasiva. Al hombre le corresponde el color rojo y a la mujer el blanco. En este caso las borlas roja y blanca son el símbolo de los dos principios masculino y femenino que trabajan en la naturaleza.

Según los alquimistas, este trabajo que hay que empezar al principio de la primavera permite obtener el polvo rojo que trasmuta los metales en oro, y el polvo blanco que los trasmuta en plata. ¿En qué otro lugar encontramos también estas dos borlas? En la sangre: los glóbulos rojos y los glóbulos blancos, y también en el huevo, con una tonalidad ligeramente diferente: el blanco y al amarillo. Ya lo veis, al llevar estas borlas rojas y blancas, vosotros también os convertís en alquimistas, aunque de forma inconsciente, porque todavía no sabéis transformar los metales innobles, que están en vuestro interior, en oro y plata. Sólo mediante el amor y la sabiduría puede hacerse esta transformación. La transmutación de los metales en oro y plata es un proceso de alquimia que tiene que realizarse en los tres mundos, y no sólo en el plano físico. Para transformar los pensamientos en plata hay que utilizar la luz de la sabiduría; y para transformar los sentimientos en oro hay que utilizar el calor de la amistad.

Para los alquimistas, la entrada del sol en la constelación de Aries tiene una importancia capital, porque es la época en que el sol, principio masculino, trabaja sobre el principio femenino, la tierra, que recibe sus rayos, los absorbe y empieza a producir hojas, flores, y frutos. La primavera es, pues, la piedra filosofal, la vida que rejuvenece a toda la naturaleza. El fuego del sol actúa sobre la materia prima - la tierra -, para insuflarle la vida. Este es el símbolo alquímico de la primavera. Durante el invierno la tierra está fría y desierta, pero después de cierto tiempo de «cocción» de la materia, aparecen todos sus tesoros.

Los alquimistas han observado y comprendido cómo trabaja la naturaleza transformando y transfigurando todo lo que estaba muerto; y así lo que era mate y oscuro se convierte en algo vivo, hermoso y coloreado. ¿Por qué se celebra precisamente en primavera la fiesta de la Resurrección? Porque la Pascua también es un símbolo alquímico... En primavera la naturaleza posee una vitalidad acrecentada, todo revive; los eruditos, que han estudiado estas leyes, han descubierto que en el hombre se produce el mismo fenómeno. Porque en el hombre también encontramos el sol, la luna, la vegetación, etc... y todo en él también puede transformarse y revivir como en la Naturaleza, y a veces incluso mucho más rápidamente.

Vuestro propio organismo transforma cada día cantidad de materiales en oro y plata, es decir, en glóbulos rojos y glóbulos blancos. Y, ¿cuál es la materia prima? La encontramos en la naturaleza bajo cuatro formas diferentes: fuego, aire, agua y tierra. Al introducir en vuestro organismo la luz, el aire, el agua y el alimento, fabricáis oro en vuestro interior. La prueba de que eso es así está en que llegáis a moveros, a actuar, a hablar; en cierta manera también sois unos alquimistas, porque sois capaces de mantener y prolongar vuestra vida continuamente.

Al principio el oro existe en estado ígneo. Hermes Trismegisto dijo: «El sol es su padre, la luna es su madre, el viento lo ha llevado en su vientre y la tierra es su alimento». El sol es quien produce el oro, cada uno de sus rayos es de oro, y la luna es un reflejo de este oro. A través del aire los rayos del sol llegan hasta el interior de la tierra y allí se condensan, convirtiéndose en este metal llamado oro. Así pues, el sol produce oro etéreo y la tierra lo condensa. El oro es demasiado volátil para que se fije sobre el sol, sólo puede hacerlo en las entrañas de la tierra. Esta es la que proporciona los materiales que le permiten su fijación. Por este motivo tenéis que acostumbraros a contemplar el sol y pensar: «Es oro », y poco a poco este oro se depositará en vuestro interior.

De vosotros depende que el sol se expanda para distribuimos todos sus tesoros. Cuento más amor manifestéis al contemplar el sol, más partículas de oro recogeréis bajo la forma de luz, de admiración, de alegría, de paz, de salud, de actividad, de fuerza. Si a veces los alquimistas llaman «hierro» a esta materia prima, es para demostrar que puede proporcionar mucha fuerza y dinamismo.

Antes de llegar al color blanco y rojo, los alquimistas dicen que la materia debe pasar por el negro. Este color es como un túnel antes de regresar al día, es como el invierno, un período de preparación. Lo que sucede es que los alquimistas representan este estado de la materia por medio de un hombre muerto al que llaman «el cadáver tenebroso» ; esta materia debe morir y pudrirse, y de este estado de putrefacción y negrura sale el blanco y después el rojo, Jesús dijo: «Si el grano no muere al ser depositado en la tierra permanecerá solo; si muere, dará muchos frutos». Al negro por el que debe pasar la materia prima también se le llama «cuervo»; cuando esta materia se vuelva blanca se la llama la paloma de Diana, y cuando se vuelve roja, se le llama el fénix. El fénix representa el estado definitivo de la materia prima. Entre el blanco y el rojo pasa por otros colores: el verde, el violeta, etc... y el conjunto de estos colores intermedios es conocido como la cola del pavo real. Pero no nos detengamos en el estudio de los colores, de lo contrario entraríamos en demasiados detalles, los cuales no os serían de ninguna utilidad.

La vida de los Iniciados, de los grandes Maestros y de los salvadores de la humanidad también debe pasar por las mismas fases de la materia que utilizan los alquimistas en sus trabajos. Estos seres deben morir para resucitar. Por este motivo, Jesús, que fue crucificado y resucitó, es el símbolo de la piedra filosofal. Por otra parte, los alquimistas consideran que en las Escrituras todo es alquimia, para ellos todos los relatos que contienen corresponden a las fases de la Gran Obra. Por ejemplo, la masacre de los Santos Inocentes por parte de Herodes : Nicolás Flamel considera que la manera cómo arrancan los soldados a los niños del seno de sus madres para derramar su sangre, es simbólico; dice que esta sangre está depositada en una copa donde se bañan el sol y la luna. Cada alquimista escogía un pasaje de las Escrituras para simbolizar las fases de la Gran Obra. Algunos escogieron el sueño en el que Daniel ve cuatro bestias salir del mar; otros, la estatua hecha de oro, plata, bronce, hierro y tierra cocida que Nabucodonosor vio en sueños; otros, el pasaje en el que Eliseo cura a Naamon de la lepra, ordenándole sumergirse siete veces en el Jordán.

En toda la Biblia encontramos fragmentos que pueden ser interpretados como símbolos de la

Gran Obra alquímica, e incluso ciertos acontecimientos vitales pueden interpretarse de esta manera. Cuando os calumnian, por ejemplo, os volvéis negros, pero luego los acontecimientos cambian y sois lavados de estas calumnias, - es el color blanco -, y más tarde resucitáis y empezáis a comer los frutos maduros de vuestro trabajo, - es el color rojo -.

No os hablo de alquimia para empujaros a fabricar oro, porque esto no debería importaros, sino para que os maravilléis del trabajo de la naturaleza. Estudiadla, observad todos los fenómenos que se producen en ella y veréis cómo se enciende la luz en vuestro interior. Vosotros bebéis el elixir de la vida inmortal si contempláis cada mañana la salida del sol; también lo podéis encontrar en el aire, en las plantas, en las piedras...

Todavía querría añadir algunas palabras en relación con el significado de las dos bolas rojas y blancas, pero no sé cómo me interpretaréis.

En el trabajo alquímico, la materia, que primero es blanca, se vuelve roja; la mujer es blanca, mientras que el hombre es rojo. Para esta demostración los alquimistas invertían las cosas, pues en el plano físico el hombre corresponde al blanco y la mujer al rojo; el blanco incandescente corresponde al sol y el rojo a la tierra. Antaño, en ciertos países existía una costumbre que quizás alguno de vosotros conozca. El día siguiente a la boda, el recién casado tenía que asomarse a la ventana mostrando a todos sus parientes y amigos un lienzo que probara que su joven esposa era virgen. Entonces todos aplaudían y cantaban. En la unión de los dos esposos aparecían los colores rojo y blanco: para el hombre, el blanco, y para la mujer, el rojo. Pensad lo que queráis, yo no tengo nada que ver en esto, es la naturaleza la que hace que las cosas sean de esta manera.. .

Por consiguiente, cuando los alquimistas hablan del hombre rojo y de la mujer blanca, invierten voluntariamente los símbolos y yo os diré por qué. En otro tiempo, los Iniciados escondían de esta manera las verdades más profundas. El encuentro del hombre y la mujer señala el principio. ¿No os parece algo maravilloso? El nacimiento de un niño es uno de los acontecimientos más extraordinarios que puedan existir.

La primavera es la unión del sol y la tierra, el inicio del trabajo. En primavera la naturaleza da a luz muchos niños. Sin el padre, el sol, la madre no puede producir frutos. Todos estos fenómenos que se manifiestan en el cosmos, los encontramos también en la vida interior del hombre. Ahí el alma es la esposa, y el espíritu el esposo. El primer día de primavera el alma debe decir: «Me abandono al Espíritu Divino », y entonces ella será fertilizada. Pero si rechaza abandonarse a él no sucederá nada, y seguirá siendo estéril.

En primavera la tierra se abre a los rayos del sol, pero este proceso cósmico de fertilización se repite en todas partes. El Espíritu también os dice: «Abrete », a fin de que podáis recibir su sabiduría y su amor, pues el Espíritu de Dios puede fertilizar vuestra alma como los rayos del sol fertilizan la tierra. Sin embargo, no es fácil atraer al Espíritu. En los Evangelios se dice: «El viento sopla donde quiere, tú oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene ni adónde va». El Espíritu se detiene en aquella alma que está preparada para recibirle con más respeto, amor y devoción. Cuando el Espíritu desciende sobre esta alma, nace el Niño-Cristo; es la piedra filosofal con la cual los Iniciados hacen maravillas. Para recibir al Espíritu, el alma tiene que ser como una joven que ha aprendido cuáles son los gustos del príncipe al que quiere atraer con su actitud, sus miradas, su sonrisa. Para recibido, el ser humano tiene que convertirse en. una mujer... y ¿qué es una mujer? Es el arpa eólica que vibra al más ligero soplo del viento. La mujer, el alma, es un arpa; el hombre, el espíritu, es la mano que acaricia las cuerdas.

Los Apóstoles recibieron al Espíritu Santo porque, en su alma, se habían convertido en mujeres que trabajaban con respeto y devoción. Además, esto que os digo también es válido para

el plano físico. Las mujeres sólo tienen éxito con los hombres cuando actúan como verdaderas mujeres. Los atraen porque ellos son positivos y ellas son receptivas. Un hombre nunca querrá un marimacho... A no ser que se trate de algún sabio, como Sócrates, que busca una Jantipa para ejercitarse. Para trabajar, para ejercitarse, ciertos sabios aceptan este tipo de mujer. Pero los espíritus de lo alto no las aceptan, sino que se dirigen hacia las verdaderas mujeres, es decir, hacia las almas llenas de confianza, de amor y de adoración. Aquél que no sepa polarizarse y convertirse en mujer con relación al Espíritu, seguirá siendo estéril.

Durante siglos, milenios, la esterilidad de una mujer ha estado considerada como un signo de maldición. Esta forma de comprender la esterilidad proviene en realidad del conocimiento de cuestiones mucho más profundas. Si la tierra es estéril, se convierte en un desierto... Si el alma es estéril, el ser humano ya no se sentirá inspirado. Por lo tanto si la mujer, nuestro principio femenino, es estéril, si el alma es estéril, no habría creación alguna bajo ninguna forma. En el Génesis se dice: «Creced y multiplicaos», y casi siempre se ha interpretado esta fórmula como un consejo concerniente sólo al plano físico, a la procreación de niños. No; este consejo atañe igualmente al alma humana, que debe ser fértil para dar a luz espléndidos anhelos y estupendas inspiraciones.

Lo esencial es comprender la lección de la naturaleza. La tierra se abre al sol durante los primeros días de la primavera. El hombre también debe abrir su alma y sentirá una alegría que no había experimentado hasta ahora. Si no siente esta alegría cuando la naturaleza está completamente abierta y trepidante, si no se siente penetrado por los rayos del sol espiritual como la tierra es penetrada por los rayos del sol físico, entonces no ha comprendido el significado de la primavera.

Todo lo que os explico pertenece a las grandes verdades eternas, pero lo expreso con la ayuda de los medios de que dispongo. Los conservo porque son claros, simples y evidentes. Más tarde, cuando leáis libros que tratan de los mismos temas, quizás os preguntéis cómo he podido explicar de una manera tan sencilla cuestiones que son presentadas por otros autores de una manera realmente complicada y abstracta...

X EL RÍO DE LA VIDA

Todo el mundo ha contemplado un río, pero pocos son los que han reflexionado sobre la correspondencia que hay entre el río y nuestra existencia. La sola imagen de un río puede bastar para encontrar la solución a todos nuestros problemas. Sí, pero para ello hay que ser capaz de observar todas las manifestaciones de la naturaleza uniéndolas, vivificándolas y considerándolas como un sistema organizado en el que todos los detalles tienen su significado.

El río es un símbolo de la vida. Nace en las montañas, y su manantial se halla siempre en las alturas. El río une la montaña con el mar, con un océano o con un lago, une lo que se encuentra más alto con lo que está abajo. Es el intermediario entre las montañas y los mares. Donde fluye un río, encontramos una cultura aposentada, porque los ríos hacen circular la vida. Allá donde el agua fluye, circula la vida. Si estudiáis la historia, constataréis que en todas partes donde han fluido grandes ríos, han florecido también grandes civilizaciones. Por el contrario, allá donde los ríos se secan, las civilizaciones desparecen.

Si interpretamos esta imagen del río, veréis cuántas cosas podemos descubrir. El río tiene su fuente en la montaña y después desciende al llano. Cuando la fuente nace, su agua es todavía pura y cristalina, pero poco a poco, al descender, cruza varias regiones, y como los habitantes de estas regiones no son muy escrupulosos, tienen por costumbre tirar todos los desechos al río sin pensar en los habitantes de las regiones inferiores, estos se verán obligados a beber un agua contaminada. Por lo demás, éstos hacen lo mismo. Por ello, cuando el agua llega al llano, incluso podemos morimos si la bebemos.

¿Qué representa un río? Es uno de los símbolos más profundos. Es el río cósmico mencionado en el Apocalipsis, el río de la vida que da de beber a todos los seres. Este río desciende hasta nosotros a través de todas las jerarquías angélicas -los Serafines, los Querubines, los Tronos, las Dominaciones, los Potestades, las Virtudes, los Principados, los Arcángeles, los Angeles -, y cada una de ellas le aporta sus cualidades y sus virtudes. El río atraviesa la región de las almas gloriosas, de los profetas, de los grandes Maestros, de los Iniciados, de todos aquellos que han alcanzado la sabiduría, la pureza, la santidad, nutriéndoles, dándoles de beber y vivificándoles. Pero cuando el río desciende hasta las regiones de los hombres vulgares, le ocurre lo mismo que al río que desciende de la montaña, al cual no cesan de tirar desechos.

Desde la fuente hasta el mar, el río representa una jerarquía, y esta jerarquía podemos ser nosotros mismos, desde la cima, nuestro Yo divino, hasta los planos inferiores: los cuerpos mental, astral y físico. Los seres humanos, a través de sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos, sin saberlo, no cesan de proyectar suciedades en este río que es la vida, con lo cual se ven obligados a absorber los desechos unos de otros. La imagen del mundo es la de un río contaminado, en donde todos echan sus rencores, sus maldades, su cólera.

Al igual que el agua, la vida se colorea, se contamina o se purifica según las regiones por las que pasa. Pero ya sea pura o contaminada, la vida es siempre vida. Pero posee sus grados, y según las regiones por las que pasa y las seres que las habitan, adquiere talo cual propiedad. No todo el mundo recibe la misma vida del río. A menudo se oye decir a la gente: «¿Qué quieres? ¡No se puede hacer nada, es la vida!» Sí, claro, es la vida, pero, ¿a qué vida se refieren? ¿A la vida del sapo, del jabalí, del cocodrilo? ... ¿O a la vida de los ángeles?

Esta vida que proviene de Dios tiene diferentes grados, y desciende hasta las regiones subterráneas para alimentar a los seres inferiores. Sí, alimenta incluso a los diablos, de lo contrario, ¿de dónde creéis que habrían recibido la vida? De no haber sido así, hubiera sido necesario que otro Dios creara otra vida, es decir, que hubiera un rival de Dios, tan poderoso o incluso más poderoso que El. Sólo hay un Dios, el cual alimenta incluso a los diablos. Aunque

los diablos no reciben el alimento más puro, deben conformarse con lo que queda, y lo que queda está sucio, contaminado, viciado. Es el destino de todos los seres subterráneos: deben conformarse con roer algunos de los residuos que rechaza la vida divina.

Para comprender todo esto, basta con ver lo que ocurre en la tierra con los vagabundos. Los vagabundos se alimentan de lo que encuentran en los cubos de la basura, y esos pobres seres están aquí para darnos una lección. Nos dicen: «Observadnos, no hemos querido aprender a trabajar y ahora nos vemos reducidos a ir de cubo en cubo buscando los residuos abandonados por la gente, por seres más afortunados que nosotros. Somos una imagen de los seres subterráneos que deben contentarse con los residuos de la vida celestial.» De esta manera los vagabundos dan una lección al mundo entero, pero, ¿quién comprende su lenguaje? Diréis: «Pero, ¡cómo! ¿Dios alimenta a los seres que están en el Infierno?» Evidentemente, ya sé que esta idea sorprenderá a algunos, pero hay que reflexionar: estos seres inferiores, estos demonios que vienen a atormentar a los seres humanos, ¿de dónde habrían conseguido la vida? Sólo Dios crea la vida y la distribuye. Si otros seres pudiesen fabricar la vida, serían tan poderosos como Dios. En realidad Dios no tiene rival alguno, nadie puede enfrentársele. Y, sobre todo, no necesita la ayuda de los hombres para luchar contra los espíritus del mal. Sólo El mantiene la vida con su poder, y su generosidad le impide dejar morir a cualquier ser, incluídos los más inferiores. ¿Por qué? Porque están a su servicio.

Sí, los diablos están al servicio de Dios. Cuando alguien debe recibir una lección, no es el propio Dios el que la da, sino que pide a sus servidores justicieros, los diablos: «Id a ver a tal o a cual, sacudirle un poco para hacerle reflexionar». Y- si el Señor quiere que sus servidores trabajen, hay que alimentarles. Evidentemente, no son las mejores tajadas, ni las más grandes las que les caerán del Cielo, pero recibirán alimento. Y así es como puedo explicaros que la generosidad de Dios contiene la extraordinaria esperanza de que aún estos seres desposeídos, si se purifican y se arrepienten, volverán un día a El. No me creéis, pero es la verdad. La gente es tan cruel que no quiere que los diablos mejoren; piensan que deben quemarse en el Infierno eternamente. No; el Señor cree que sentarán la cabeza y volverán a El. Y como tiene una paciencia infinita, no tiene prisa, y es por ello que todavía existen diablos que atormentan a los seres humanos. Llegará el día en que no podrán atormentar a nadie porque estarán maniatados: y este tiempo se acerca.

Os prenguntáis cómo sé todo esto... Sencillamente, lo sé porque lo he leído. ¿Dónde? Ciertamente no lo he leído en los libros de los seres humanos. No confío en los libros de los seres humanos, me han decepcionado demasiadas veces los errores y las incoherencias que encuentro en ellos, y ya no pierdo más el tiempo leyéndolos. Ahora sólo leo en el libro de la naturaleza viva, y en él he descubierto que el amor de Dios, la vida de Dios desciende hasta las profundidades de la tierra y de los abismos. Incluso ahí hay algunas partículas de vida, ya que, en caso contrario, ningún ser podría subsistir en estas regiones. Diréis: «¡Sin embargo, los hombres crean la vida!» No, la vida proviene de Dios, el hombre no hace otra cosa que transmitida. El hombre no puede crear la vida: si supieran creada, no morirían. El hombre sólo transmite la vida para un tiempo determinado, pero por sí mismo no es capaz de crear la vida.

Pero volvamos a la imagen del río. Os decía que el río de la vida divina desciende hasta las profundidades de la tierra... y allá abajo se purifica de todos los desechos que ha acumulado en el camino - ya que existen fábricas bajo tierra con toda clase de tamices y de transformadores - y de nuevo, bajo otra forma, esta vida retorna hacia arriba. Lo mismo le sucede al agua que desciende de las montañas; llega al mar sucia, turbia y contaminada, pero bajo los rayos del sol se evapora,

asciende, se convierte en una nube y después vuelve a bajar bajo forma de lluvia, de nieve o de rocío. El mismo fenómeno ocurre en la circulación de la sangre: la sangre sale pura de los pulmones, pasa por el corazón, el cual la envía a todos los órganos, en los que se carga de desechos, y después vuelve a los pulmones para purificarse. La circulación de la sangre en el cuerpo, la circulación del agua en la tierra: éste es el libro de la naturaleza que leemos. La naturaleza es el libro en el que Dios ha escrito todas sus leyes. Dios se expresa a través de los fenómenos de la naturaleza, pero no estudiáis la naturaleza, ¡preferís leer libros escritos por seres débiles, enfermos y deformes!

Os hablaba antes de los vagabundos, y sobre este tema os puedo mostrar más detalladamente las correpondencias que pueden descubrirse entre la vida externa y la vida interna. Cuando la gente es muy rica, puede ir a los restaurantes, donde les sirven los alimentos frescos, y de la mejor calidad, mientras que los pobres van a aquellos restaurantes de segunda clase donde les preparan potajes y guisos baratos, a menudo cocinados con los residuos provenientes de los grandes restaurantes. También están los que no pueden ir a los pequeñas restaurantes, los vagabundos, por ejemplo, que no tienen otra comida que los mendrugos de pan duro o algunos residuos que han conseguido recoger de los cubos de la basura. Ya veis, pues, que los primeros, los ricos, tienen mucho dinero y pueden pagar la comida más fresca, mientras que los que no lo tienen se ven obligados a comer lo que los demás desechan. Pues bien, en el plano psíquico, espiritual, ocurre exactamente el mismo fenómeno. Aunque en estos planos quizás sea a los ricos a los que veáis comer en los cubos de la basura.

En la vida interna encontramos la misma jerarquía que en la vida externa. Cuando un ser únicamente tiene pensamientos y sentimientos hermosos, su alma sólo come alimentos celestes. Mientras que aquél que desciende a los grados más bajos de la vida, preocupándose únicamente de sus rencores, de su ambición, de sus deseos más groseros, se empobrece paulatinamente: no puede por tanto comer en los mejores «restaurantes» del mundo espiritual. Se ve obligado a comer todo aquello que los demás desechan, y no puede formarse un cuerpo espiritual puro y luminoso, porque los elementos que va recogiendo no tienen brillo y están mancillados. Hay que ser rico en virtudes para alimentarse y beber en los restaurantes celestiales. Por lo tanto, si no queréis alimentaros con los desechos de los demás, en lugar de quedaros en las regiones inferiores, debéis subir muy alto. He aquí el secreto de la vida espiritual. De la misma manera que hay que subir muy alto en las montañas para encontrar agua pura, así también debéis ir hasta el Manantial para beber el agua cristalina del amor divino.

La vida es una corriente, un río que viene de lo alto, del Manantial... Y este río, es el mismo Cristo. Es por ello que Jesús decía: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Leyendo estas palabras, un Iniciado ve inmediatamente la imagen del río que desciende de la montaña, y desemboca en el mar. ¿Por qué? El camino, la verdad, la vida... ¿Qué significan estas tres palabras? El camino es el lecho del río, el curso que sigue. La vida es el agua que fluye en el lecho de este río. Y la verdad es la fuente de la que fluye la vida, de donde brotan todas las creaciones. El lecho del río con sus meandros, es el camino de la sabiduría que sube hasta la fuente: la verdad. Y el agua es el amor, la vida, ya que la vida no es otra cosa que el amor: la vida nace del amor. El agua es el símbolo de la vida, del amor. Todas las energías, todas las fuerzas que circulan en la naturaleza, en el cosmos, están representadas por el agua, un fluido que riega, que da de beber, que mantiene la vida.

He aquí lo que Jesús quería decir: «Yo soy el camino de la sabiduría, yo soy el amor que hace nacer la vida divina, y yo soy la fuente de la verdad por donde fluye la vida que desciende para dar de beber a las criaturas». Ejercitaos, pues, todos los días en beber con el pensamiento el agua

que viene de las cimas, a beber en las fuentes puras y cristalinas. Quedaos junto a ellas el mayor tiempo posible y comprenderéis los secretos de la vida.

XI LA NUEVA JERUSALÉN Y EL HOMBRE PERFECTO

I

Las puertas de la nueva Jerusalén: la perla

Está escrito en el Apocalipsis: «y vi la Ciudad santa, la nueva Jesusalén que bajaba del Cielo, de la casa de Dios... Provista de una muralla de gran altura, con doce puertas, cerca de las cuales habían Angeles y nombres inscritos, el de las doce tribus de los hijos de Israel; al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al mediodía tres puertas, al occidente, tres puertas... Y las doce puertas son doce perlas, y cada puerta está formada de una sola perla»

Estas frases fueron escritas hace casi dos mil años y nunca se ha visto que ninguna ciudad descienda del cielo a la tierra... ni nunca se verá ¡De nada sirve mirar al cielo para ver si desciende! ¿Por qué razón una ciudad debería bajar a la tierra? Una ciudad para más de cuatro mil millones de habitantes, no es una ciudad pequeña. Y, ¿cómo hacerla bajar para que no aplaste a los pobres seres humanos? ¿Con qué cables? Sin duda trabajarían en esta empresa los mejores técnicos celestes. Ved que interpretar los textos sagrados en el sentido literal, resulta ridículo. En realidad la nueva Jerusalén es un símbolo. Es el símbolo del hombre nuevo que debe venir. Por lo tanto, no esperéis que la nueva Jerusalén baje del Cielo; trabajad más bien vosotros mismos para convertiros en esta nueva Jerusalén con sus doce puertas.

Diréis: «¿Por qué doce puertas?» Porque esta Ciudad que es la imagen del universo, es igualmente la imagen del ser humano. Sí, puesto que el ser humano posee también doce puertas. ¿Qué son nuestros ojos? Dos puertas. ¿Y las orejas? Dos puertas más. ¿Y las fosas nasales? Otras dos puertas por donde pasan las dos corrientes, Ida y Pingala. Ya suman seis. Con la boca tenemos siete. Dos más corresponden al pecho. Son distintas de las otras, pero son puertas, a pesar de que en el hombre tengan otra función. La décima puerta se encuentra a la altura del plexo solar: es el ombligo, al que está unido el cordón umbilical; por esta puerta la madre nutre a su hijo enviándole sangre, y también aquellos elementos que necesite para la vida. En cuanto a las dos últimas puertas, os dejo para que las encontraréis vosotros mismos. Son, pues, doce. ¿No es extraordinario ver cómo la Naturaleza ha trabajado en el cuerpo humano para abrir las doce puertas?

La función de una puerta es la de permitir el paso de un lugar a otro, y si no sirve para las personas, puede utilizarse para determinadas corrientes, fuerzas o entidades. El tema de las puertas del ser humano es esencial. En la mayoría de los seres estas puertas no funcionan, de momento, más que en el plano físico. Sin embargo, ahora hay que desarrollar en el plano espiritual las orejas, los ojos, la nariz, la boca... Cuando uno se vuelve clarividente, clariaudiente, cuando empieza a respirar los efluvios, a saborear el mundo divino, a volverse creador mediante la palabra, ello significa que ha empezado a abrir sus puertas. Y esta apertura de las puertas es sólo posible purificándose.

Juan dice que cada una de estas puertas de la nueva Jerusalén está formada por una sola perla... esto también es simbólico, ya que, ¿dónde es posible encontrar ostras capaces de fabricar perlas tan grandes? En la Ciencia esotérica, la perla significa pureza, y debido a sus emanaciones está relacionada con la luna, y es por ello que le ha sido consagrada. Hay mucho que decir sobre la perla; ¿Qué hace la ostra para fabricarla? ... Es de lo más interesante; la perla no existe en la naturaleza, sino que es el resultado de la voluntad de la ostra. Al principio no es más que un grano de arena que ha caído en su concha, y este grano de arena representa una dificultad para la

ostra, la irrita. ¿Qué hacer? No tiene ningún medio para deshacerse de ella. Y he aquí que empieza a reflexionar, se concentra, medita y acaba por descubrir que si segrega una sustancia que envuelva suavemente el granito de arena, éste se convertirá en algo soportable. Se pone pues a trabajar respetando las fases de la luna, y de esta manera este grano de arena duro, rugoso, irritante, termina por volverse liso, pulido, satinado. He aquí cómo la ostra ha aprendido a vencer las dificultades...

Desde hace millones de años, la ostra da una lección a la humanidad, pero los seres humanos son tan limitados que no la han aprendido. Y, ¿cuál es esa lección? Nosotros mismos podemos fabricar perlas o piedras preciosas gracias a las dificultades y a los obstáculos que encontremos. Si no los podemos vencer o alejarlos, debemos trabajar para transformarlos: debemos proyectar partículas de nosotros mismos, de nuestra inteligencia, de nuestro corazón sobre cada una de las dificultades que encontremos, envolviéndolas con materia luminosa y pura. ¡Cuántas riquezas pueden obtenerse con todas estas perlas que cada uno habrá fabricado con su inteligencia, su paciencia, su voluntad, su tenacidad, y sobre todo gracias a un ideal inamovible! ¿Por qué no os acostumbráis a envolver todas vuestras dificultades, todo lo que os molesta con un material luminoso, radiante? Tendréis riquezas insospechadas dentro de vosotros mismos. He aquí lo que debéis comprender: tenéis que trabajar con vuestras dificultades e incluso sobre vuestros enemigos, para convertirlos en perlas preciosas. Quizás esto os parezca un cuento de las mil y una noches, pero es la verdad. Cesad de lamentaros, de rebelaros, ya que de lo contrario no conseguiréis segregar esta materia especial para envolver vuestras dificultades.

Ahora lo más importante es mejorar vuestra comprensión para empezar un trabajo que no habéis realizado hasta el presente. Para hacerlo debéis abriros en las cuatro direcciones del mundo; estas cuatro direcciones forman una cruz, y para cada una de ellas hay tres puertas. A través de estas doce puertas entráis en relación con las fuerzas luminosas del universo, gracias a las cuales podréis transformar la naturaleza de vuestro ser, y una vez regenerada, purificada, santificada e iluminada, os convertís en la nueva Jesuralén en la que brilla el sol. Poneos a trabajar y con los medios y los métodos de esta Enseñanza, conseguiréis transformar completamente vuestra propia materia, volverla flexible, expresiva, brillante. En eso consiste precisamente el abrir las puertas para dejar entrar la luz, y que Dios mismo viva en vosotros.

Por ahora sólo conocemos las puertas del hombre y de la mujer en relación a sus funciones físicas: quedan aún por descubir sus funciones espirituales. Consideremos, por ejemplo, una de estas puertas en el hombre. Todo el mundo sabe que sirve para la eliminación y para la procreación. Pero si se estudia la cuestión desde el punto de vista iniciático, descubriremos cinco funciones todavía desconocidas; esto hace que sean siete en total, y veremos que se pueden utilizar estos órganos para resolver ciertos problemas y realizar otro tipo de trabajo. Diréis: «¿Cinco funciones desconocidas? Háblenos de ellas, esto nos interesa». Es aún difícil hablar de este tema. La mayor parte de los seres humanos han sido educados desde su tierna infancia con conceptos tan equivocados, tan deformados, quesería peligroso en estos momentos revelarles algunas verdades sagradas.

Sólo os diré que tanto el hombre como la mujer pueden hacer un trabajo gigantesco con estas puertas, ya que la naturaleza, al crearlas, tenía grandes proyectos para ellas; la naturaleza espera el momento en que consigan la suficiente madurez para revelarles estas nuevas posibilidades. Los hombres y las mujeres no saben que poseen en estas puertas llaves gracias a las cuales podrán desentrañar todos los misterios, medios que les permitirán realizar creaciones fantásticas. No saben todavía cómo deben proceder, pero como están preparados para comprenderlo, recibirán estas revelaciones. La humanidad está predestinada a conocer profundamente estas doce puertas,

a explorarlas y a encontrar las riquezas que esconden.

El hablar de una puerta implica siempre un paso, un acceso hacia otra cosa. No se hacen puertas sin motivo, sin nada delante ni nada detrás... excepto en el teatro. En principio una puerta permite entrar a otro lugar, a una ciudad, a un palacio, a un templo, en donde puede ocurrir que descubramos riquezas, tesoros ocultos o, por el contrario, espectáculos terroríficos. En numerosos cuentos se mencionan puertas que debían abrirse o, por el contrario, que debían permanecer cerradas para no ser asaltados por toda clase de monstruos que ponían en peligro la vida del héroe. Y es verdad, existen realmente puertas que no deben ser abiertas antes de tiempo.

Cuando la humanidad conozca las cinco otras funciones de los órganos sexuales, podrá realizar creaciones fantánticas, pero actualmente me veo obligado a guardar silencio sobre este tema. Por otro lado, desde siempre, los Iniciados han velado estas verdades, e incluso si se preconiza el cubrir esta parte del cuerpo, no se debe a razones de pudor o de higiene, sino para demostrar que es preferible dejarlas en la oscuridad, porque encierran demasiado significado, un poder formidable.

Las puertas representan, pues, un símbolo extremadamente significativo. A menudo os habréis sorprendido por mi insistencia en la necesidad de saber abrir, y sobre todo saber cerrar las puertas de una casa. Sí, os extrañaba que insistiera en detalles materiales tan insignificantes. Muchos accidentes ocurren por no saber cuándo hay que cerrar o abrir, e incluso qué es lo que hay que cerrar o abrir. Si sólo se tratara de puertas físicas no sería tan grave, pero existen otras puertas que no son físicas, y es de estas últimas de las que os quiero hablar. Detrás del mundo físico veo otro mundo, y cuando constato, por ejemplo, que algunos de vosotros dejan, inconscientemente, las puertas abiertas, sé con antelación que otras puertas están abiertas para todos los visitantes y espíritus indeseables, Y entonces éstos entran a su antojo. Por lo tanto, no saben guardar las riquezas espirituales que les han sido dadas: todo está abierto y entonces es fácil despojarlos.

Muchos se me quejan de que al volver a sus casas, después de una estancia en Izgrev o en el Bonfin, pierden enseguida su entusiasmo, su ímpetu. Pero se debe, sencillamente, a que no saben guardar durante mucho tiempo la luz y el calor espiritual que han recibido aquí. Diréis: «Sí, pero, ¿cómo conservarlos más tiempo?» Cerrando las puertas. Si su inspiración se ha perdido tan pronto, es porque han sido ignorantes y no han sabido cerrar las puertas; estaban abiertas y los ladrones entraron para desvalijaros.

¡Cuántas cosas sobre las que no pensáis! Sin embargo, cuando hay ruido en una habitación, vais a cerrar la puerta; con lo cual el ruido disminuye. Sabemos pues lo que hay que hacer en el plano físico, pero en el plano astral lo dejáis todo abierto y después os preguntáis porqué os sentis turbados y enfermos. Es muy extenso el tema de las puertas. Vuestro corazón y vuestro intelecto son también puertas, pero no sabéis cómo abrirlas y para quién cerrarlas: dejáis pasar los mequetrefes y los golfos y dejáis fuera al Señor.

Toda la vida se basa en estos dos mecanismos, cierre y apertura. Es lo que nos enseñan las conchas, las ostras... Hay que saber observar y comprender. Las conchas que se abren y se cierran nos enseñan que la vida es una alternativa de apertura y cierre. Es, pues, esencial para el hombre el saber en qué momento debe abrirse y en qué momento cerrarse; de lo contrario no podrá conseguir jamás la pureza de la perla.

Sobre las puertas de la Nueva Jerusalén, san Juan dice además que en cada una de ellas había un ángel. Sí, todo ser humano, hombre o mujer, lo suficientemente puro como para convertirse en la nueva Jeresulén, tiene un ángel detrás de cada puerta. Cada ángel tiene la función particular de recibir todo lo que viene y transformarlo. Todo lo que oís, miráis, respiráis, coméis, etc., lo recibe y lo transforma un ángel. Por lo tanto, cuando una mujer realmente purificada concibe un hijo,

hay un ángel que trabaja sobre el germen que ha recibido, y luego el niño que nace es un genio, una divinidad. Pero cuando la mujer es impura, detrás de la puerta hay un demonio, y entonces ella trae al mundo un bruto o un monstruo.

¡Cuántas cosas hay que revelaros! Pero todo llegará, tened paciencia. Todavía no sabéis lo que es un hombre y una mujer: su estructura, las fuerzas que trabajan en ellos y cómo deben vivir para ser verdaderos tabernáculos del Dios vivo, de las nuevas Jesusalén. Precisamente os estoy llevando en esta dirección desde hace años, para que cada cual se convierta en la nueva Jerusalén.

II

Los cimientos de la nueva Jerusalén: las piedras preciosas

Desde la antigüedad, se ha considerado que las piedras preciosas están dotadas de poderes maravillosos, y que son símbolos de virtudes divinas.

Se lee en el Antiguo Testamento que Aarón, hermano de Moisés, después de haber sido elegido Sumo Sacerdote, recibió las ropas sacerdotales entre los que se hallaba el pectoral, pedazo de tela adornada de cuatro hileras de pedrería. La primera hilera estaba formada por una sardónica, un topacio, y una esmeralda; la segunda por un carbundo, un zafiro, y un diamante; la tercera por un ópalo, un jacinto, y una amatista; la cuarta, por una crisólita, un coral, y un jade. Doce piedras en total.

Cuando en el Apocalipsis san Juan describe la Jerusalén celestial, la presenta como una ciudad en forma de cuadrado asentada sobre doce cimientos de piedras preciosas: la primera de jaspe, la segunda de zafiro, la tercera de calcedonia, la cuarta de esmeralda, la quinta de sardónica, la sexta de cornalina, la séptima de crisólita, la octava de berilo, la novena de topacio, la décima de crisoprasa, la onceava de jacinto y la doceava de amatista.

Si las piedras preciosas tienen tanto valor se debe a que son la quintaesencia más pura de la tierra. Son el resultado de todo un trabajo de transformación que realiza la tierra sobre la materia bruta que lleva en su seno. Con su ciencia, con su paciencia, la tierra llega a transformar esta materia, a hacerla madurar, a convertirla en piedras preciosas, rubíes, turquesas, esmeraldas, zafiros, diamantes... ¿Qué sabemos de la tierra? Sólo saBemos que es un ser vivo, inteligente, que tiene un alma, un espíritu y que realiza un inmenso trabajo.

La tierra prepara todos sus tesoros en sus talleres, porque tiene un deseo: quiere conseguir materializar las cualidades y las virtudes del mundo celestial; quiere reflejarlas, presentarlas aquí abajo, de forma concreta y tangible. Son los seres humanos quienes tienen después que imitarla para realizar ellos mismos este trabajo, transformando su materia bruta en piedras preciosas, es decir, en virtudes. La costumbre de colocar piedras preciosas en los adornos sacerdotales o en las coronas de los reyes proviene del conocimiento de que las piedras preciosas representan las cualidades y las virtudes de los seres más evolucionados. Cada piedra representa una virtud diferente: el topacio, la sabiduría; el zafiro, la verdad; el rubí, el amor. Si se colocan piedras preciosas en las coronas de los reyes de la tierra es porque la corona del Creador ya las tiene. Sí, el Creador está adornado con una corona, en la que brillan piedras preciosas: las virtudes de todas las jerarquías angélicas.

Los seres humanos se sienten atraídos por las piedras preciosas y desean poseerlas, debido a que saben, intuitivamente, que representan las virtudes y las cualidades del cielo. Sí, pero las piedras preciosas no son más que una manifestación externa de las riquezas celestiales; los seres humanos deben extraer estas riquezas de las piedras para que penetren en su alma y en su corazón. Las piedras son símbolos materiales que deben convertirse en algo vivo, es decir, transformarse en virtudes en las almas de los seres humanos. Cuando éstos consigan dar vida a las piedras preciosas, se convertirán en divinidades.

No es malo amar a las piedras preciosas y desear poseerlas. Al contrario: ¿por qué menospreciar o subestimar elementos que la tierra y las estrellas han modelado y en los que el mismo Dios ha depositado una ciencia y unas virtudes inmensas? Es normal quererlas y admirarlas, aunque ello no nos permite tratar de conseguidas a cualquier precio... Hay que estudiar, comprender y poner cada cosa en su sitio con el fin de que todo lo utilicemos para la evolución, para un trabajo benéfico con vistas al Reino de Dios en la tierra. En este momento

recibimos un impulso, una alegría, un anhelo que nos ayudan a comprender la belleza, la sabiduría divina, así como el trabajo de Dios en todo el universo. El que se lanza sin miramientos sobre las piedras preciosas para enriquecerse, por vanidad o para seducir a pobres criaturas, será privado de esta ciencia y sobre todo de la extraordinaria alegría de hacer un trabajo espiritual.

El trabajo de un discípulo es el de convertirse en una piedra preciosa, tan pura, tan bella, tan transparente que sorprenda incluso a Dios haciéndole que se incline y mande a sus servidores, diciendo: «Id a buscar esta piedra y traédmela para que la ponga en mi corona». Claro está que para este trabajo no le está prohibido al discípulo utilizar piedras; porque el trabajo espiritual puede tener un punto de partida, un soporte material y una piedra. Por ejemplo, puede convertirse en un lazo de unión con la realidad invisible que le corresponde. No hay que decir: «¡Oh, sólo me interesa el espíritu, todo lo material, físico, no cuenta para mí!» Es un error, y así no iréis muy lejos. La naturaleza trabaja con la materia, el hombre no tienen ningún derecho a olvidarla: está ahí para instruirle, para mostrarle el camino.

Una piedra preciosa, por pequeña que sea, es una partícula de materia capaz de fijar y retener una fuerza cósmica. Hay que aprender pues a utilizar esta propiedad, aunque ello no sea motivo para detenerse delante de una piedra y decir: «Es ella la que va a transformarme, a darme virtudes, a curarme...» No; si no hacéis un trabajo espiritual, no contéis con ella, no os servirá de nada. La piedra es como una antena, hay que darle órdenes y mensajes para transmitir; en este momento será fiel, trabajará, realizará, ya que detrás de ella hay fuerzas que dan vueltas, que vibran.

Sólo podéis hacer un buen trabajo si tenéis conocimientos exactos de cada cosa; pero si no lo comprendéis, será sólo superstición. La gente confía en los talismanes, en los pentáculos, en las pulseras, en los anillos de metal, y también en las raíces de las plantas... Es por ello que no faltan engañabobos y tramposos para hacer les toda clase de proposiciones: «Por tal cantidad de dinero, os mandaremos este ejemplar único, la mandrágora. Ante ella, todas las cajas de caudales, todas las puertas de los palacios, todas las mujeres caerán a vuestros brazos». Ya podéis imaginaros la efervescencia de gente estúpida ante esas proposiones. ¡Tendremos la mandrágora y por consiguiente tendremos riquezas, libertad, amor! Y, ¿sabéis lo que se les envía a los que piden esta maravilla? Una muñeca de madera en miniatura con la imagen de una raíz de mandrágora. Verdaderamente, la credulidad de la gente... Pero dejemos esto, pues no es interesante.

Así pues, ¿de qué forma hay que considerar las cosas? Está claro que la piedra preciosa no hará el trabajo en vuestro lugar. Estamos de acuerdo, la naturaleza la ha preparado para captar ciertas energías del cosmos y difundidas, propagadas... Pero no es suficiente confiar en una piedra preciosa y dormirse tranquilamente. Hay que utilizarla para un trabajo determinado. Si tenéis una piedra, os podéis unir a las virtudes que representa, pero es preciso que esta piedra llegue a vosotros, debe nacer y cultivarse en vosotros. Está bien adornarse con piedras preciosas, pero si no comprendéis el espíritu de la nueva Enseñanza para formarlas en vosotros mismos, todo resulta inútil. La piedra física sólo debe ser un modelo que os inspire y que os enseñe cómo reproducida en vuestro interior, a semejanza del modelo con el que trabaja un pintor o un escultor. Mirad esas piedras, admiradas, pero sobre todo tratad de crearlas en vuestro interior... como si estuvieran vivas. En este sentido es positivo tener piedras; lo contrario es vanidad o superstición.

¿Sabéis porqué se aprecian y se quieren tanto a las piedras preciosas? Por su luz. Sí, vibran tan al unísono con las fuerzas de la naturaleza que se han vuelto transparentes, dejan pasar la luz y ésta se manifiesta con todas sus tonalidades. El discípulo de la nueva vida también es una piedra preciosa: ha comprendido que para estar radiante y bello debe dejar que el Señor, la luz, habiten en él, pasen a través de él, hasta que su cuerpo físico se convierta en luz.

Pues el cuerpo físico puede convertirse en luz; Jesús nos lo enseñó cuando se transfiguró en el monte Tabor. Se dice en los Evangelios que en ese momento su rostro se volvió más brillante que el sol y sus vestiduras blancas como la luz. Ahora bien, ¿es posible esta transfiguración para todos los hombres? Sí, es posible para todos. Es posible para todos aquellos que han llegado a purificar y a sublimar su cuerpo físico. Cuando el hombre trabaja durante mucho tiempo, conscientemente, con fe, esperanza y amor, su cuerpo físico está tan sublimado, tan purificado, todas sus partículas vibran con tal intensidad que en ese momento es posible la transfiguración, como fue posible para Jesús. Y esto es, precisamente, la Nueva Jerusalén.

La nueva Jerusalén se prepara para venir al mundo, desciende del cielo, es decir, que los ángeles trabajan sobre los seres humanos decididos a hacer este trabajo de transformación, de purificación. Cada día, cada noche, las partículas oscuras que no vibran en armonía se van, siendo reemplazadas por otras más ligeras, flexibles y luminosas.. Son miles de Jerusalenes nuevas que se preparan y que formarán juntas esta nueva Jerusalén en la que Dios vendrá a habitar.

XII LEER Y ESCRIBIR

Cuando paseáis y encontráis piedras, rocas, por el camino... ¿se os ha ocurrido alguna vez pararos para cogerlas con la mano, hablarles?.. No, porque os dejáis engañar por las apariencias: creéis que las piedras están muertas, que no tienen alma. ¡No os podéis imaginar la cantidad de anécdotas extraordinarias que os contarían si supierais escucharlas! Pues todo está vivo y la historia del universo está inscrita en las piedras, en las rocas y en toda la naturaleza. Sí, todo queda grabado. Los seres humanos siempre tan presuntuosos, se imaginan que son los primeros, los únicos que han descubierto la técnica de la grabación. Es cierto que han realizado maravillas en el campo de la fotografía, cine, discos, cintas magnetofónicas... Pero no se dan cuenta de que si han realizado todo esto, se debe a que el fenómeno de la grabación ya existe en la naturaleza: toda la naturaleza es sensible, reacciona.

Ciertos experimentos hechos por investigadores en EE.UU. con la ayuda de aparatos, han puesto de manifiesto que las plantas tienen una especie de sensibilidad que las hace reaccionar ante la presencia de agentes benéficos o maléficos: han constatado que si alguien que las había maltratado entraba donde estaban, mostraban su temor moviéndose. Así pues, también poseen memoria. Las plantas son sensibles y las piedras también lo son a su manera. Si las queréis, si las tocáis con amor, os pueden responder y revelaros muchas cosas.

El amor es el lenguaje universal que toda la creación, todas las criaturas pueden comprender. Tocad una piedra con amor y vibrará inmediatamente de otra manera, e incluso puede responderos con amor; sin embargo hay que ser muy sensible para constatarlo, hay que aprender a descifrar su lenguaje. Pero, ¿quién quiere aprender el lenguaje de las piedras, de las plantas, de los animales? Los seres humanos aprenderán a leer y a escribir en todas las lenguas del mundo, pero el lenguaje de la naturaleza, el único que vale la pena conocer, éste no lo aprenderán.

En el mundo civilizado la lectura y la escritura se han convertido en actividades indispensables, pero ello no signfica que el hombre no puede progresar sin ellas. Saber leer y escribir ofrece sin duda ciertas ventajas, pero la importancia que se le ha dado al papel también trae consigo muchos inconvenientes. Se da toda laiinportancia a los papeles, se confía sólo en ellos. Cuando un papel dice que sois culpable, aunque seáis inocente, se es incapaz de leer la inocencia en vosotros; entonces se lee el papel y os meten en la cárcel. El hombre no es nada, el papel lo es todo.

Vivimos en una civilización que nos exige saber leer y escribir, - lo cual está muy bien -, pero quiero insistir en las otras formas de lectura y de escritura. Siempre habrá que saber leer y escribir, pero son dos actividades que hay que ejercerlas en otros planos. Para un Iniciado leer significa ser capaz de descifrar el lado sutil y oculto de los objetos y de las criaturas, ser capaz de interpretar los símbolos y los signos que la Inteligencia cósmica ha colocado por todas partes, en el gran libro del Universo. y escribir es marcar este gran libro con la propia huella, actuar sobre las piedras, las plantas, los animales y los hombres con la fuerza mágica de su espírutu. No sólo hay que saber leer y escribir sobre el papel, sino también en todas las regiones del universo.

He llegado a decir a personas que tienen diplomas, que son profesores, sabios: Pero, ¿todavía no habéis empezado? - ¿Cómo que no hemos empezado? - Sí, no sabéis ni leer ni escribir ¿Qué dice? ¿que no sabemos leer ni escribir? - No, todo lo que leéis y escribís no tiene nihgún valor. Lo que hay que hacer es leer en el libro de la naturaleza viva. ¿Sabéis leer y escribir en él? ¿Sabéis escribir sobre las almas, los corazones, los espírtus, las cosas divinas? ¿Sabéis hacerlo?

Consideremos únicamente el ejemplo de un hombre: con su estilográfica escribe sobre cierto libro que posee a una mujer, y he ahí que nace un hijo... un niño enfermo, un futuro gamberro. Eso prueba que el hombre no sabía escribir.

La segunda carta del Tarot representa a la Papisa: una mujer sentada con una expresión de poder y de autoridad, sosteniendo un libro abierto en sus rodillas. En realidad este libro es el símbolo del sexo de la mujer. Y el hombre con su pluma escribe en este libro. Está claro que el libro es pasivo. Y, sin embargo, lo que permanecerá será lo que esté escrito en él. El que escriba tiene que ser un poco inteligente, debe saber lo que escribe. Si es estúpido, débil o está borracho, ¿cómo queréis que la letra sea bonita, sensible, profunda, inteligente? El hijo, puesto que la escritura es el hijo, será minusválido, enfermizo, desquilibrado.

Antiguamente era muy difícil instruir a todo el mundo. Los padres se oponían a que sus hijos fueran a la escuela: ¿de qué les podía servir aprender a leer y a escribir si tenían que ocuparse del rebaño, del gallinero, del campo? En cambio ved que ahora los niños de todo el mundo van a la escuela, incluso los de los pueblos más primitivos, porque han comprendido que reporta ciertas ventajas. Del mismo modo que ha sido difícil que los seres humanos admitan en el pasado la necesidad de instruirse, también será difícil enseñar les ahora lo que representa la verdadera lectura, la verdadera escritura, y estimularles a ejecutarlas.

Los seres humanos no saben leer... No saben leer el gran libro de la naturaleza para encontrar la solución de los problemas que les preocupan. Consultarán libros de autores famosos en los que encontrarán respuestas contradictorias, pero no consultarán a la naturaleza, en donde, desde hace tiempo, están resueltos todos los problemas de la vida. Sí, las soluciones están ahí, por todas partes, en el mundo mineral, en el vegetal, en el animal y hasta en el hombre, en su estructura y en las diferentes funciones del organismo.

Los seres humanos no saben leer, pero tampoco saben escribir. ¡Oh, evidentemente escriben! Cada pensamiento, cada sentimiento es una escritura que se graba en cualquier parte, en los objetos, o en la cabeza y en el corazón de los hombres y de las mujeres, pero nadie lo puede aprovechar porque es un garabato.

Escribir es un acto de voluntad y de desprendimiento. Escribir es remover y exponer algo de símismo, sacarlo y darlo a los demás. Escribir también es dejar una huella, y ciertos filósofos, determinados artistas han dejado huellas que aún se estudian, después de miles de años. Pero, por encima de los filósofos y de los artistas, han habido grandes Iniciados, los cuales son los verdaderos creadores, porque trabajan con la magia divina. La magia divina consiste en ser capaz de trazar en el espacio únicamente algunas palabras, unas letras de fuego que se inscribirán por todas partes en los cerebros, en los corazones.

También cada ser humano es un libro, un libro que él mismo está tratando de escribir. Pero a menudo ¡qué galimatias, qué cacofonía! En él aparecen todo tipo de anomalías y aberraciones. Y cuando dos de estos libros se encuentran y se encapricha uno del otro, día y noche se ocupan de leerse mutualemente, y entonces, ¿qué aprenden? A menudo cosas infernales. Pues los seres humanos no han empezado aún a escribir conscientemente su propio libro; desde siempre se les ha instruido para trabajar con lo externo, y entonces lo interno queda como un terreno sin cultivar. Y eso es cierto incluso para los artistas.

Los artistas crean belleza, pero ésta permanece fuera de ellos mismos, porque no trabajan sobre su propia materia. Por ser externas a ellos, estas obras que han creado desaparecerán un día, y ellos mismos, cuando vuelvan de nuevo a la tierra, tendrán que comenzar de nuevo. Mientras que un verdadero pintor, un verdadero escultor, un verdadero poeta, un verdadero músico trabaja

sobre sí mismo, y así nunca se separará de sus cuadros, de sus estatuas, de sus libros, de sus sinfonías; se las llevará con él al otro lado y las traerá de nuevo cuando vuelva en una próxima vida. Esta es la verdadera evolución.

No niego que los artistas hayan dejado obras maestras, inmortales, que inspiran y ayudan a evolucionar a toda la humanidad, pero según la Ciencia iniciática, según la Inteligencia Cósmica que me ha revelado el fin de la creación, creo que no hay que detenerse aquí, pues en el arte aún hay que alcanzar grados superiores. Admiro las catedrales, las sinfonías y las estatuas, pero el verdadero ideal consiste en realizar todos estos esplendores en sí mismo, que los cuadros sean uno mismo, que las estatuas, la poesía, la música, la danza sean uno mismo. Diréis: «¡Pero no se beneficiará nadie de estas obras maestras!» Os equivocáis. Los verdaderos instructores de la humanidad se creaban, se escribían y se esculpían a sí mismos, conmoviendo a toda la tierra con su sola presencia, porque a través suyo se veían y se escuchaban todos los colores, todas la formas, todos los poemas y todas la músicas del mundo. Un ser que se crea a sí mismo, que se forma a sí mismo como una obra de arte, hace mucho más por la humanidad que todas las bibliotecas, todos los museos y todas las obras maestras, porque todo esto está muerto mientras qu él está vivo.

II

Por todas partes adonde vais, en todos los objetos que tocáis, dejáis rastros, huellas benéficas o maléficas. Se dice que hay gente que donde pone el pie no crece la hierba, y no exageran. Por el contrario, hay otros seres que sólo piensan en iluminar, vivificar, dar calor, ayudar, y liberar a todas las criaturas, y por donde pasan dejan huellas tan marcadas que los que vienen después a este lugar son influídos favorablemente, beneficiándose de ello.

Yo conozco la realidad de estos fenómenos, y no os podéis imaginar la cantidad de experiencias que he vivido. Por cualquier parte por donde viajo, hasta por mares y océanos, entro en comunicación con las entidades que dirigen estas regiones, y les pido que todos los barcos que navegan por esas aguas, todos los hombres que se bañan en ellas reciban algo fraternal, luminoso, divino. Incluso he escrito ciertas fórmulas y he lanzado el mensaje al mar. Como estas regiones están habitadas por criaturas muy evolucionadas, conscientes, sensibles, este mensaje les llegaba y se ponían a trabajar.

Todos nosotros podemos aportar cambios al mundo. Es preciso conocer el lado sutil de la materia para comprender cómo es posible. Hace tiempo que en varios países, sobre todo en Estados Unidos .y en la Unión Soviética, tratan de hacerlo, y han empezado por estudiar las emanaciones sutiles de los hombres, de los animales, de las plantas y hasta de los objetos, fenómenos que se denominan «parapsicológicos». Por desgracia, estos conocimientos tan extraordinarios pueden llevar a la humanidad, una vez más, hacia la catástrofe, pues la naturaleza humana tiende a utilizar los nuevos descubrimientos para satisfacer su propio interés, sus caprichos, su deseo de dominación o de venganza.

Así pues, todos estos conocimientos corren el peligro de ser utilizados para perjudicar a los demás. Por otra parte, eso ya está ocurriendo: se han enviado objetos impregnados de influencias nocivas bajo la apariencia de regalos a ciertos dirigentes para perjudicarles. Claro que es un medio eficaz, pero es magia negra, y todos los que emplean estos medios deben saber que algún día serán castigados. Pues las leyes son terribles, todo lo que se envía a los demás, tanto si es bueno como si es malo, acaba por volver al que lo ha enviado, pero con más intensidad. Así que, ¡cuidado si es algo malo! Sólo hay que utilizar estos conocimientos mágicos para ayudar a los seres humanos, para propagar la luz y la paz en el mundo; entonces os inscriben arriba como un mago blanco y las bendiciones del Cielo empiezan a descender sobre vosotros.

Vayáis donde vayáis pensad en hacer un trabajo positivo con el pensamiento, pues miles de criaturas inteligentes que viven en todas partes sienten este trabajo. Diréis: «¡Pero a estas criaturas no las vemos!». No es ningún argumento, y de cualquier forma existen. Y si aprendéis a trabajar con el lado invisible, sutil, podréis producir cambios formidables en el mundo entero. Eso es tan cierto como la existencia de las leyes de la física y de la química. En la habitación donde vivís dejáis huellas fluídicas en las paredes, en los muebles, en los objetos, y si os viene a ver alguien que esté dotado de grandes cualidades mediúmnicas y toca un objeto, podrá revivir los sucesos que han ocurrido en esta habitación y describir los con todo detalle.

Y hasta con un solo cabello, sí, con un solo cabello vuestro, un clarividente puede describir con todo detalle vuestro carácter, enfermedades, defectos y cualidades. ¿Cómo puede ser que todo esté registrado en un cabello? Pues así es. Quizás hayáis oído hablar de Vanga, esta extaordinaria clarividente búlgara, ¿sabéis cómo actúa? A la persona que le viene a consultar le pide que coja un pedazo de azúcar con la mano durante unos minutos.

Incluso otra persona desde Francia o desde otro país puede llevarle un trozo de azúcar tocado por vosotros, y Vanga - que además es ciega, como otros clarividentes importantes - lo coge y

descifra vuestro carácter, vuestro presente, vuestro pasado y vuestro futuro. La huella que habéis dejado en el pedazo de azúcar es absolutamente imponderable, pero es suficiente para que se pueda leer en ella todo respecto a vosotros.

Con el paso de los siglos los humanos han ido perdiendo el contacto con el mundo invisible, y en nuestra época es difícil encontrar seres que posean estas cualidades mediúmnicas. En el pasado, los magos preparaban talismanes muy poderosos gracias al conocimiento de estas influencias.

Una vez que se conoce la realidad de esta ley - que todo se graba -, hay que pensar en orar y desear lo mejor allá por donde paséis: «Que la luz, la bondad, la fraternidad, impregnen a los que vengan aquí, que su vida sea transformada». ¿Por qué no os acostumbráis a pronunciar bendiciones? Todo el mundo está dispuesto a maldecir, pero a bendecir... Si vais al bosque, ¿por qué no rezáis pidiendo que todos los que pasen por ese bosque mejoren, se conviertan en hijos de Dios, que trabajen por la paz?

Diréis que no os han hablado nunca de estas prácticas. Pero, ¿por qué es necesario que os hablen de ello? Cuando tenéis un hijo o alguien a quien queréis mucho, ¿os tienen que sugerir que le deseéis lo mejor? No, lo hacéis espontáneamente, ya que vuestros sentimientos os llevan a formular ciertos votos, a pronunciar ciertas palabras. Entonces, ¿ por qué no pensáis también espontáneamente en formular deseos para todo el mundo? Observad a la gente que viaja: lo hace para divertirse o para matar el tiempo porque se aburre. ¿No podrían aprender a trabajar con el pensamiento para ayudar a los habitantes de las regiones por donde pasan, así como a aquellos que visitarán estas regiones?

Y ahora quizás alguien diga: «¿Tenemos derecho a influir sobre la naturaleza, dejando huellas?» ¡Qué pregunta! La mayoría de los seres humanos se ocupan de ensuciar y de maltratar a la naturaleza, incluso haciendo magia negra con sus pensamientos y sentimientos abominables, y nosotros, ¿no tenemos derecho a trabajar por la luz, la paz y la fraternidad? ¡Qué razonamiento! ¿Nos preguntamos si la rosa tiene derecho a impregnar la atmósfera? Claro que tenéis derecho a actuar e influir sobre toda la natureleza, pero con una sola condición: la de no dejar más que huellas benéficas, luminosas, para que todos los que pasen por ahí reciban partículas que les ayuden a pensar mejor, a sentir mejor, a actuar mejor.

Del mismo modo, cuando viajéis en barco, ya sea por lago, por mar o por río, podéis escribir algunas palabras dirigidas al que gobierna en el reino de las aguas. Vuestro deseo será considerado y miles de criaturas se pondrán a trabajar para realizarlo. Cualquiera puede pedirlo, pero para obtener resultados positivos es preciso que la persona que se dirija a ellos esté muy evolucionada. Se le concede el deseo gracias a su luz, a su pureza, a su dignidad. Todo lo que hagáis en el mundo invisible es ineficaz si no poseéis las cualidades y las virtudes para sostener vuestra acción. Lo mismo ocurre con los talismanes. Muchos se compran talismanes en una tienda y se imaginan que sólo con llevarlos ya tendrán suerte. Aunque un gran mago os prepare un talismán, para que siga siendo eficaz y poderoso es necesario que vosotros lo animéis, lo alimentéis con vuestros pensamientos, vuestros sentimientos, con una vida pura, de lo contrario al cabo de un tiempo pierde su fuerza y muere. No se ha preparado ningún talismán para que dure eternamente; su vida depende de la persona que lo lleva.

Es necesario, pues, acostumbrarse a pensar y a decir palabras benéficas; e incluso escribirlas. Durante nuestras reuniones me veis siempre escribiendo algo en una hoja de papel. Por primera vez os diré lo que escribo. Es una oración: «Señor, bendito sea tu Nombre y eternamente santificado». Pero lo escribo en búlgaro: «Da bendé blagosloveno i svéto Iméto ti v'veka, Gospodi », pues así es como lo pronunciaba en Bulgaria cuando era joven.

¿Por qué lo hago? ¡Porque me hace sentir bien! ...y vosotros pensad también en santificar el Nombre de Dios a lo largo del día, pronunciándolo, escribiéndolo. Claro está que el nombre de Dios ya lo santifican en lo alto los Angeles, no seréis vosotros quienes añadáis gran cosa a la santidad del nombre de Dios. Pero os ayudará a vosotros y también a los demás a estar bien, pues estas palabras sagradas purificarán la atmósfera del entorno. Diréis: «Sí, pero, ¿ son duraderas las huellas que dejan?». Todo depende de la intensidad del pensamiento y de la voluntad.

Cuántas verdades acabáis de aprender hoy! Si las tenéis en cuenta, toda vuestra vida mejorará, pues sólo estas verdades esenciales pueden iluminar, vivificar y resucitar todo en vosotros.